



Jesús Ruiz Mantilla
Preludio





© Vera Zátoková

Jesús Ruiz Mantilla

(Santander, 1965) es escritor y periodista. Ha ejercido su oficio en el diario *El País*, desde 1992. Allí es cronista musical desde mediados de los noventa y ha pertenecido a los equipos de la sección de Cultura, el suplemento de cine *El Espectador*; *El País Semanal* o *Babelia*, publicaciones donde escribe asiduamente. En 1997 apareció su primera novela *Los ojos no ven*, una intriga con el mundo de Salvador Dalí de fondo, seguida de *Preludio*, la historia del pianista León de Vega, obsesionado con la obra de Chopin. Con *Gordo* consiguió el premio Sent Sovi, de literatura gastronómica, una novela a la que siguieron *Yo, Farinelli, el capón* (reeditada por Galaxia Gutenebrg en 2017), el ensayo *Placer contra placer* y la trilogía sobre el siglo xx radicada en Santander y Cantabria compuesta por *Ahogada en llamas*, *La cáscara amarga* y *Hotel Transición*. En 2015 Galaxia Gutenberg publicó *Contar la música*, libro que recoge su experiencia como cronista musical en el diario *El País*, y en 2018 el diario *Al día*, en el mismo sello.

Jesús Ruiz Mantilla

Preludio

León de Vega, pianista ambidiestro y ambisiniestro, lleva un tiempo peleándose con los *Preludios* de Chopin. Sobre esa obra y al ritmo de sus veinticuatro movimientos, va tejiendo los claroscuros de una vida en la que se siente presa de paradojas imposibles de superar y sobre las que cabalga en una desmedida ambigüedad que lo transporta a una constante y desesperada bipolarización. Bisexual, tradicional y ultramoderno, delicado y excesivo, unísono y desarmonizado, salvaje y tierno, encara cada pulsión existencial absolutamente solo y desnudo en sus contrapuntos. La música lo acompaña en sus diatribas, sus traumas y sus excesos dentro de una comunión que lo engancha al compositor romántico, le ata a sus amores imposibles, le empuja a la imposible redención, le convierte en voyeur de su público y pesadilla de sus críticos, le hace transitar con devoción de Bach a Shostakóvich al tiempo que vomita sobre sus contemporáneos, saca el látigo y acaricia su país, no disimula una terrible anglofobia, reniega de raíces, identidades y familia, vapulea santones, blasfema como un demonio sin posible exorcismo metido en el cuerpo de los estertores del siglo xx... Y marcha sobre la vida y la muerte como una figura fantasmagórica contagiada de sida en un paralelismo marcado con la tragedia de Chopin, pero absolutamente rebelde e irredento en la defensa de su propia e insobornable idea de la libertad.

«Leí el libro de un tirón en 2004, fascinado por su protagonista. Desde entonces no me ha dejado en paz, tampoco el Chopin de los 24 preludios. Ruiz Mantilla es un novelista prodigioso.»

Ian Gibson

«Me identifico hasta extremos alarmantes con este volcánico y conmovedor *Preludio*.»

Carlos Boyero

«Jesús Ruiz Mantilla hace literatura con la música y música con la literatura para retratar a un pianista que tiene alma de novela gótica.»

Antonio Muñoz Molina

Galaxia Gutenberg

JESÚS RUIZ MANTILLA

PRELUDIO

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero de 2019

© Jesús Ruiz Mantilla, 2019
c/o DOS PASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada: *Pianista*, Reginald Wilson. Óleo sobre lienzo, 90,2 × 74,9 cm,
c. 1930. (c) Christie's Images, Londres / Scala, Florencia, 2019
Conversión a formato digital: Fotoletra
ISBN: 978-84-17747-33-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si
necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Paula y Cristina, mi constante inspiración.
A Vera, por cada día.
A Daniel Ortiz, que me presentó un día en carne
a León de Vega.*

Ésta es la historia de León de Vega,
pianista español obsesionado por la perfección,
ambidiestro y ambisiniestro,
que cayó preso de su arte al ritmo
de los 24 Preludios de Chopin.

AGITATO

Tengo las manos anquilosadas esta mañana sucia, negra, casi negra, gris oscura, gris como el lomo de ese libro que se enfrenta a mí y que no he sido capaz de engullir, como esa sartén en la que ya se pegan los huevos y debería cambiar mi interina. Calla ya y estudia. Calla ya y pon tus manos al piano. Mete tus dedos en lo que te da de comer aunque vaya a volverte loco, aunque vaya a volverte más loco. Agarra esa pieza de Chopin que quiere acabar con tu paciencia de genio, con tu aureola del santo niño prodigio que fuiste antes de convertirte en un monstruo del piano. Calla ya... Deja de pensar en las musarañas y métete con ese coño preludio de Chopin que te va a proporcionar un dinerito para comprar vicios después de que mañana demuestres en Barcelona que puedes con esa pieza de mierda, este *Presto con fuoco* que ahora no me entra ni me sale. Tengo las manos como inmovilizadas por un cemento fresco a punto de secarse que detesta a Chopin. Por eso no hay quien me traspase a los cartílagos el preludio. No hay quien engañe al hormigón armado. Debo saltar por encima, hacer que ocupe mi mente primero y luego baje a mis manos. Ser más cerebral, menos temperamental. Me lo echan en cara algunos críticos. Una parte de mí es cerebral y otra, temperamental. ¿Cuál de las dos quiere dar por el culo a este preludio? Ambas. ¡No! La cerebral. Sí, la cerebral, porque esta música, por el contrario, es temperamental: carne roja. Llanto. ¿Y si fuese Bach? Pues si fuese Bach, le traería al fresco la parte temperamental. Porque su música sale del puro cálculo, busca la exacta arquitectura. Pero no estoy con Bach, estoy con Chopin y mi parte cerebral desea conflicto, quiere guerra. Necesito una tregua. ¿Me levanto? ¿Me levanto del piano y me frío un par de huevos? No, por Dios. Aguanta. Aguanta ese pulso infernal con el preludio de los cojones y véncelo. Do, do, fa, mi, re, do, do, fa, re, mi, sol. No compongas ahora. Métesela doblada a Chopin y somételo a tu repertorio. Sigo teniendo las manos anquilosadas. Hace frío y no han encendido la calefacción todavía con este día negro, gris, gris oscuro, que hace. No había caído hasta ahora en la temperatura. Eso es que ya he perdido la concentración. ¿Me levanto? Me levanto. Voy para la cocina a fisgar. A servirme un café, un café con leche caliente, calientito, que me ponga otra vez

en guardia. Presto, como nuevo para enseñarle a ese preludio quién soy yo y no al revés. Porque no me dejaré vencer, anularme, hacer que me minusvalore más en este día aciago, malhumorado, nostálgico, mientras acompaño las notas tristes y sulfuradas que estoy a punto de tirar por la ventana. He entrado en una mala racha. Ves, ese preludio inmisericorde te está llevando a su terreno. Maldita la hora en que lo escribió. Puto Chopin. Maldita la coño hora en que se le vino a la mente. Si Ivo Pogorelich y Marta Argerich, con sus rarezas, han podido, ¿por qué yo no? Porque te dan cien vueltas, te dan mil vueltas, un millón de vueltas. Tú eres español, tú eres una mierda de pianista español. ¿Acaso haber alternado con las mejores orquestas del mundo y los directores de referencia en las grandes salas no te vale de nada? Sí, tiene que valer. Puede que hoy no asimile las notas de un preludio de Chopin que apenas sobrepasa los dos minutos. Pero guardo críticas insuperables de los más prestigiosos periódicos, aunque luego vaya por ahí diciendo que las reseñas ni las leo, así, en plan despectivo, con mi punto soberbio. Yo soy León de Vega, pianista español de fama internacional, caballero de la Legión de Honor, Premio Nacional de Música, cuarenta y tres años. Soltero. Todavía joven y ya triunfante, pero incapaz de asimilar un preludio porque tengo las manos en coma y parecen esas nueces que se niegan a salir de la cáscara, enjauladas en un resquicio de piel marrón y a punto de partirse para no asomar enteras. Temo que vaya a ser algo peor que la falta de concentración, que se deba a la ausencia de sol, por efecto de este día de perros, con el cielo como una moqueta de sucursal bancaria. Ando por irme ya a Barcelona, porque necesito un poco de humedad con la que engrasar mi ánimo y hacer correr mis manos por el teclado. Llamaré al Palau para decir que llego esta tarde en el primer avión y así pruebo el piano para sacar allí esta mierda de preludio que me va a matar. Hace tres años que no toco en el Palau. Deberían contratarme más. ¿Qué digo? Por ellos aparecería temporada tras temporada. Me adoran porque les cuento que soy del Barça. Y es verdad, lo soy. Lo debo a un resquicio de mi progresismo. Pero debería pensar que les gusto por mi manera de interpretar. Si hace tres años que no piso el Palau es porque yo me he empeñado en no hacerlo hasta que fuese capaz de tocar allí esta obra de corrido. Los 24 *Preludios* de Chopin. Y así estamos. Con estas notas revueltas en tu cabeza, aprisionando mis manos y con la garantía de hacer el ridículo si no superas la situación. Hacer el ridículo en Barcelona me va a costar muy caro, así que no te acuestas si no cae este maldito preludio. Ahora parece que estoy más tranquilo. Realmente el café caliente ha logrado su efecto. Te ha calmado los nervios. Te ha aclarado la mente. Ya sólo tienes miedo.

LENTO

En Barcelona el mar está en calma, como un plato, como una bañera de asilo, como él mismo. El Mediterráneo descansa en azul, como se le supone tras ver las postales. El agua, esta mañana clara, me acompaña como un tópico del que no puede escapar. Miro al Mediterráneo y tarareo en la mente los tres carriles del *Presto con fuoco* que casi me quita la vida y ayer rematé en el ensayo. Tres carriles, uno encima de otro. Una discusión a tres bandas, una gresca de teclas, un guirigay tabernario de cuerdas. Tuviste que recurrir a Bach, no puedes dejar de volver a Bach para vencer a los *Preludios*. Lo mismo que Chopin. Para él, Bach era una tarea diaria y un placer cotidiano, como un trabajo con nómina o como un buen desayuno. Los *Preludios* son un homenaje a las obras del alemán, maman de él. Y por ese camino, por ahí, se les vence. Yo siempre he querido atajar y no darle importancia a su maternidad/paternidad. He deseado hablar directamente con Chopin sobre ellos, sin intermediarios, sin intérpretes, porque creo que son obras únicas, que valen por sí solas. Sin embargo, cada vez que he tenido alguna traba, he acudido a Bach para que me socorriera. ¿A lo mejor te crees más válido que Chopin? ¿A lo mejor piensas que vas a enmendarle la plana? Es ya muy tarde para dar ese paso. Me he quedado tranquilo y hoy voy a triunfar en el Palau, como de costumbre. No estoy preparado para fracasar. Vivo un momento de paz, pero no debo bajar la guardia, no voy a abrir los ojos hasta que no pasen una a una las notas de mi cabeza a las manos. Ya. Abre los ojos. El Mediterráneo cuesta sacárselo de la mente, de los recuerdos. Hacia ese símbolo ha mirado Chopin más de una vez y de dos y de tres. Por eso, quizás, suena tan bien en las ciudades que baña este mar del imperio: agua culta, sabia, condescendiente, caritativa, luminosa y cruenta con sus hijos. El salitre me regala paz, sosiego, contacto con Chopin, porque lo rodeó durante una de las etapas más extrañas de su vida. La que pasó junto George Sand y dos hijos suyos, Solange y Maurice, en Mallorca, aquel invierno de 1838. Precisamente en la isla retocó algunos de estos preludios. Algunos entre sueños, pesadillas, confusiones entre la realidad y la ficción, con lágrimas inesperadas, necesitado de calma, de compañía. Le entiendo. Eres un pianista único, un intérprete

reconocido. Aunque estás solo como una piedra. Yo controlo mi vida, dirijo la orquesta de mis sensaciones, pero no las muestro a nadie más que a los pianos, íntimamente. También en público las he podido disfrutar dentro de algunos auditorios, pero creo que no es lo mismo. Carga con tu soledad dignamente, sin un ápice de rencor hacia las circunstancias que te han dejado exiliado entre las teclas de tu instrumento, sin reproches hacia las partes de ti que te hacen odioso e incapaz de saber compartir tu vida con alguien, ya sea hombre o mujer, ya sean cualquiera de los hombres y mujeres que has amado apasionadamente. Lento, así, lento, delicadamente, rehago en mi mente los *Preludios* que van a conseguir que muchos se rindan ante mis pies esta velada. Le voy a dar un poco más de gloria al polaco histérico, al polaco paranoico y enfermo, al polaco genial que me da un poco de comer, al polaco único e insoportable, como yo, a aquel artista niño. No conozco nada más generoso que escribir música. Nada más grande. La música se concibe para los demás, para los que la escuchan después y para los que la interpretamos y vivimos de ella. Por eso debemos tocar con respeto y teniendo presente a quien ha parido las notas porque, sin ellas, el mundo sería todavía peor. Por eso hay que saber perdonarlos y soportarlos a veces. Decía George Sand de Chopin que era un ser, cito, «incapaz de comprender nada que no fuera idéntico a sí mismo». Pobre mujer. Tuvo que tragar mucho. Pero seguro que lo hizo para pasar a la historia: ella y sus obras. ¿Qué hubiese sido de su nombre sin él? A lo mejor estoy siendo injusto, puede que yo también me vea incapaz de comprender nada que no resulte idéntico a mí mismo, a mi manera de entender las cosas, a lo que me place. ¿Pero conoces a alguien que no viva de esa forma? Ni el mayor de los tolerantes es capaz de soportar la intolerancia. Ni la más abierta de las mentes está preparada para tragar un ápice de primitivismo intelectual. Somos muy especiales. Lento, así, lentamente, caen las olas sobre la costa, de esa manera delicada. Las olas del Mediterráneo hoy se convierten en una caricia para esta playa y para tus ojos. Lento, artesanalmente, lo mismo que Baltasar me cuida el piano. Con sus manos firmes, sin tembleques, con esa aspereza que hace huir a la artrosis. Baltasar, mi afinador, es mi más severo crítico. Sólo me reserva a mí sus opiniones sobre lo que ocurre en el escenario. Me sigue fiel como nadie y guarda sus objeciones entre los bolsillos de su bata blanca, digna de médico de mis cuerdas, de veterinario comprensivo pero determinante. Lleva afinándome en todos los sentidos quince años. Se ocupa de trasladarme el piano que más me conviene. Mantenerlo a su temperatura ideal. Ni frío ni caliente. Sin sobresaltos. Él también, ahora que lo veo, no suda ni tiembla. Nunca le he oído quejarse del frío o del calor. Su fortaleza espiritual le

resguarda de los elementos. Ha querido convertirme más de una vez. Me ha regalado una *Biblia*, pero yo me limito a admirarle la fe cuando me predica. A él le metió la doctrina en la cabeza Franz Mohr, el más grande afinador de pianos que ha pisado la Tierra. Un técnico de Steinway que viajó con Horowitz, con Rubinstein, con Glenn Gould, con Benedetti Michelangeli. Mohr era un alemán emigrado a Estados Unidos que cuenta su existencia de meapilas predicador en *Mi vida con los grandes pianistas*, sus memorias. Las he leído por indicación de Baltasar. Él le convirtió durante un curso que dio él en Nueva York para afinadores de todo el mundo. A veces creo que, sobre ciertas cosas, más vale ahorrarse rebeldías y entregarse a la sumisión de la búsqueda del perfeccionismo técnico. Los manitas deben tener mucha fe en algo, si no lo dejarían todo manga por hombro, como haces tú. Así que Baltasar representa un colchón en el que te arrojas sin miedo y de espaldas al vacío. Porque sabes que te lo ha dejado todo a punto con su fe y sus instrumentos perfectamente engrasados y envueltos en paños blancos, como su bata, tras la que esconde impecables camisas y corbatas discretas, sin una mancha. Las gafas que le cuelgan sobre el pecho son el indicativo de los estados de ánimo que se atreve a mostrar. Cuando afina las cuerdas, se las coloca a media altura. Así deja campo de visión por encima, para poder ver de lejos quién entra a la sala mientras trabaja. También se las quita cuando decide regañarme con un juicio severo después de una actuación importante. Nunca son sentencias artísticas. Él sabe que lo tolero mal. Pero si entra al camerino y me dice que la cuerda no hace falta revisarla, que está más desafinada de lo normal, yo me hundo en la miseria porque sé que todo ha resultado una catástrofe. Que la culpa es mía, no del piano. Si me anuncia que se va y que ya ha mandado trasladar el instrumento, significa que ha ido bien, que no siente necesidad de intervenir después de un maltrato, que me he mostrado delicado, sutil, preciso... Baltasar ha llegado antes que yo a Barcelona y lo ha dejado todo a punto. Cuando he entrado a ensayar, ya se había ido. Volverá esta noche para verte sufrir. Ahora estará leyendo la Biblia frente al Mediterráneo, acompañado de su asqueroso dios. Tú, en cambio te revuelves aquí solo, en su brisa fresca, ésa que espabila los recuerdos más gozosos y más terribles de tu vida solitaria e irreconciliable con los episodios de su propia felicidad.

VIVACE

Miro por la rejilla de la puerta cómo entra el público. Lleno. Me excitan los llenos. No es lo mismo tocar ante cien que ante dos mil. Calla, hombre. Date la vuelta y atiende lo que te dicen. Te preguntan que si está bien colocado el piano. Saben que sí. No es la primera vez que toco aquí. Hemos medio llenado la sala y quedan diez minutos escasos para que Chopin y tú les deis la noche. Entrecruza las manos, que las tienes bloqueadas, como tontas, como lelas. Chasquea los dedos y muévelos para que se vaya la tensión, para que se alivie la presión que sientes. Recuerda que prometiste no volver al Palau hasta que no dominases los *Preludios*. Quítate de la mente ese *Presto con fuoco*. No vuelvas a pensar en él hasta que lo ataques. Concéntrate en el primero y después los demás fluirán como ríos de sangre, como ríos de placer, de dolor, de alegría, de melancolía. Melancolía es una de las mejores palabras que uno encuentra para definir a Chopin. Ponte melancólico, que ruja tu melancolía, que el llanto la preñe. Eso, concéntrate en Chopin y en esas mujeres jóvenes que has conquistado cuando entres al *cuarto*, que es el que entusiasmaba a más de una, el que quitaba el habla para transformarlo en un llanto callado y sonriente. Era entonces cuando mejor te las follabas, como a la bella Helena. Sí, a la hermana pequeña de uno de tus mejores amigos, Pierre Breton, a la que primero enseñaste a jugar con muñecas para que luego se convirtiera en tu muñeca hinchable más dulce, tu puta predilecta, nata bien ligada para esa boca de sátiro. Ahora no es el momento. Menos mal que la esquizofrenia me ayuda a concentrarme, a estar a lo que celebro, porque si anduviera cuerdo me largaría con mis pensamientos a otra parte, con mis ensimismamientos por ahí. Menos mal que el psiquiatra me ha enseñado a ver el lado positivo de esta dualidad y aprovecharla para convertirme todavía en alguien más grande. No hay mal que por bien no venga. No tires de tópico, imbécil. Mediocre. No te consueles con lugares comunes. Tampoco te fustigues... Es normal que en tu cabeza las palabras ahora se abaraten. Debes dejar brillo para las notas. Las palabras no cuentan en este momento. No importan. Calma. Distráete. Ahí entra ése, que seguro que lleva escondido un teléfono móvil del demonio, el último invento para destrozarnos nuestra

concentración y que sonará cuando menos me lo espere, en el *cuarto*, cuando me haya excitado pensando cómo nos comíamos Helena y yo no hace más de tres, de cuatro años o en el *Presto con fuoco*, para dejarme en ridículo. Ése no viene a escucharme, ése viene a que le vean y a que oigan sonar su aparato de los cojones. Ese patán, con su gabardina color caca carísima, su traje azul impoluto y su corbata de colorines naranja, no, rosa chillón, no, no se distingue muy bien desde aquí, seguro que con animalitos o con planchas o con motos vespa o con cualquier chorrada, vete a saber, ¿con quién viene? ¿Con su madre? Bah. Otro, otro. En el que me estoy fijando ahora tiene pinta de fan, tiene pinta de estar en quinto de piano, ya casi al final de la carrera y de no haberse apareado como Dios manda en su vida, más bien de salir de clase de lo que sea y meterse al piano en un conservatorio escuchar música clásica y no saber lo que significa perderse de farra con unos amigos, ni de haber tocado en la vida un buen par de tetas, el pobre. Ése, sí, llega con su madre o con su tía soltera y sesentona ya, seguramente la que le descubrió el buen oído o el sentido musical y aconsejó a los padres que llegaría a convertirse en un monstruo de la tecla. Pero para eso hay que conocer, experimentar, sentir, y haber vivido. Sólo así se transmite. Si no, mira Richter. Sí, mucha técnica; sí, mucho virtuosismo, pero nada de chicha, nada de nada. A Richter le podías ver mover las manos y dominar a Prokófiev como nadie, pero quedarte helado. Ya sé que atento contra un Dios. Me la refanfinfla. ¿Para eso tanto estudio y tantas horas al piano y tanta monserga? Al chaval no se le van a caer las gafas en ninguna pieza, no se le va a mover la caspa del jersey gris de cuello en pico que lleva, tan sobrio, tan hijo de la caverna rancia, del orden, de las buenas costumbres, seguidor de esas revistas especializadas malolientes, que me odian, que me detestan. Ése no es de aquí, ha colado su beatería de meseta entre la burguesía nacionalista catalana, piedra angular del Palau y del Liceu. Ojo, son lo mismo, pero en otro idioma. Ése ha venido a verme tocar expresamente, seguro que me lo encuentro más tarde, al final, en la parte del camerino para que le firme el programa, para que le dé algún consejo. Ya sé qué le voy a decir: que viva, que disfrute de la vida. Quedan cinco minutos, cinco minutos escasos. Han venido todos. Se llena. Las entradas, agotadas. Fíjate en lo que te están diciendo: que si quieres agua al lado del piano, que si te ponen un vaso y una botella de agua mineral. Ya saben que no. Ya saben que detesto las situaciones indecorosas y beber en público me lo parece. Sorber un vaso con dos mil personas alrededor fijándose en si se te cae una gota al suelo es darles ventaja, mostrar síntomas de debilidad. Que me lleven whisky al camerino, eso sí. Que me lleven whisky y una cubitera, ya saben cuál, ya

saben qué whisky. Ahí entra la vieja con abrigo de visón, ahí llega la bruja con su hermana menor. Las ancianitas sí me hace ilusión que vengan; ahí es nada, con sus noventa años que tendrá. El visón no le luce apenas porque lo lleva arrebuñado y encogido, pero ella entra como una reina. Se quedará dormida, o, quién sabe, a lo mejor la traslado a otras épocas, cuando era niña y se sentaba al piano a tocar cualquiera de estos preludios, uno facilito –¿cuál de ellos?, ¿cuál es facilito?–, o algún vals, de esos que el polaco escribía a medida para los salones parisinos y que tanta fama le dieron. Aquella niñez dorada con lacitos y vestidillos de modista en la que un piano en casa era una televisión de ahora o una radio de hace cincuenta años. El caso es inventar cosas para que la gente no pueda hablar, no pueda comunicarse. El caso es jodernos, lo digo tanto por el piano como por la radio y la televisión. Da lo mismo. Lo único que el piano era más real. Es más real. Te podías acercar luego al que amenizaba la velada y discutir con él, hablar con él, acostarte con él. Lo que parece una redundancia es un concierto de piano o un recital de piano por la radio y por la televisión. Eso sí que me parece perder la magia, tirar el encanto por los suelos. ¡Qué mierda, la televisión! ¿No habíamos quedado en que resulta lo mismo que el piano? No. No tiene nada que ver. Me acabo de dar cuenta. Llega el nenito repipi, llega el pimpollo al que por obligación hay que aficionar a la música. Le han plantado corbatita azul marino y pantalón bombacho. Y es que aquí, en Cataluña, cuando se ponen pedantes, no hay quién supere el listón. Seguro que ha llegado con su mamá en un Mercedes y se encontrarán dentro con papá, que se retrasará por culpa de una reunión, en otro Mercedes, o en el Jaguar, o en el Audi. Ya se sienta el nenito repipi de unos diez u once años pero con gesto de mayor, con gesto de marisabidillo, con gesto de haber recibido más de siete guantazos a lo largo de la semana en el recreo, propinados por un compañero espabilado, de buena familia, pero con genes de antepasados delincuentes o piratas. No me extraña que se le haya soltado la mano porque el infante en cuestión tiene cara de bofetada, tiene cara de torta, de sabelotodo, de metomentodo, de jaimito. Se sienta el niño repipi, cruza las manos y se las lleva a la boca para taparse la corbatita azul debajo de la chaqueta con el escudo de la familia bordado en el bolsillo. Me dan ganas de salir y darle un meneo. Pero no puedo. No estaría bien. Un poco de ironía para conmigo mismo, un poco de ironía antes de cada recital calma, relaja la cosa, aplaca los nervios, te dibuja una leve, una ínfima sonrisa blanca en los labios. Qué crueldad vestirle así, a imagen y semejanza de su padre, sin caer en la cuenta de que un niño con atuendo de cuarentón es un esperpento, faltarle el respeto al chiquillo y colocarle de diana para que le arreen, porque los chavales

son muy crueles. Tienen muy mala intención y aprovechan para soltar en pocos años la adrenalina o las coces que van a tener que tragarse después, hasta que se mueran. Por eso, quizá yo he decidido no tener hijos: para ahuyentar la tentación de educarlos y repetirlos como si fueran mi estampa, mi fotocopia. Por eso y por no meterme en camisas de once varas, también. Ya es hora, ya toca. Me voy a dar una vuelta al camerino para acicalarme, a quitarme el sudor de la frente antes de salir al ruedo. Entro. Me miro. Perfecto. Vamos para allá. Salgo ya. Aplauden.

LARGO

Irrumpo con una relajación extraña. Con una calma que desconoces. Una paz que no sé hacia dónde nos va a llevar. Puede que a la gloria. Puede que directamente a una cima imposible de remontar. Ahora, cuando vas a entrar en la plenitud de tu carrera, en la madurez, que es la etapa más grande del pianista. Saludo. Aplauden. Aplauden mucho, aplauden con ganas, con expectativas. Aplauden las viejas con visión, aplaude el niño repipi, aplaude el gilipollas del teléfono móvil y el estudiante de piano meapilas. Su generosidad no me inquieta. Al contrario: tranquiliza. Me aportan más seguridad en mí mismo, justo lo que he echado de menos las últimas semanas. El Palau resplandece entre sus virguerías modernistas. La madera brilla y las flores del escenario, siempre las justas, no atosigan con pestes que puedan distraerme. Como aquel día en Moscú, cuando despedían un mareo de tanatorio y me vi incapaz de disimular los estornudos hasta contagiar al público, que tampoco dejó de toser, carraspear y sonarse. Aquellas flores perfumadas no pudieron hundir mi naciente buen nombre en la entonces Unión Soviética, pero sí acabaron con la carrera del director del Bolshoi, que por aquel entonces era, ni me acuerdo del nombre, Alexei algo, da igual. Yo recuerdo que intercedí porque en aquellos años, principios de los ochenta, teníamos la impresión de que lo iban a mandar a Siberia hasta que se pudiera. Esas cosas que se decían. Pocas veces el público ha entendido tan bien el esfuerzo de un artista. Cuando abrí la veda de los estornudos en medio de aquella sonata de Mozart, la gente comenzó a desfogarse de forma liberadora y a aplaudir al tiempo. Las flores apestaban. Llevaban veneno. Quizás alguien quiso gastar una broma pesada, porque en aquellos tiempos se imponían ciertas formas de joder al sistema y, ya que no veían manera de cambiar, se entretenían con esas sorpresas, pequeñas cosas, memeces con las que endulzar los recuerdos que en el futuro iban a guardar del pasado y así aliviar el rencor. Cada vez que caigo por Rusia ahora no hay periódico que se ahorre la anécdota. Pero, mira, eso te ha dado fama, te ha hecho simpático. Siguen aplaudiendo... Habían pasado cinco años ya sin pisar este escenario, uno de los que más me gustan del mundo. El público aquí tose lo justo. Si tosen

mucho, malo. La última vez no pararon, por eso nos hemos castigado mutuamente. Yo, por soberbia, por no reconocer que estuve flojo, flojísimo y ellos, ellos también por soberbia, por chulería, porque les sobran primeras figuras. En Madrid tosen más; en Madrid se aburren más. La tos es síntoma de amodorramiento. Un arma de doble filo. Algunos se abstraen porque no les interesa y vienen con la entrada regalada. Otros tosen como forma de protesta y luego quedan algunos que les sale porque andan acatarrados o porque padecen alergia. Me siento y hago volar la cola del chaqué por fuera de la silla. Adapto el banquillo y amenazas al piano con las dos manos. Espero a que llegue el silencio, lentamente, con algún que otro chisteo solidario y colaborador. El chisteo de los impacientes. Schhh, Schhh... La calma y el silencio son totales. Empiezo. *Preludio uno, Preludio dos, Preludio tres, Preludio cuatro... Largo*. Detente. Regodéate en el *cuarto*, que te trae a la memoria la piel sofisticada y fresca de Helena, el torso de Rafael, dos de tus últimos grandes amores. Este *Largo*, lento, romántico, triste, pleno, trágico, pausadamente trágico, determinadamente trágico, es tu himno en los días negros, en los días sin vuelta atrás ni marchas hacia adelante, en los días perdidos, tenebrosos y aciagos. Me lo regalo, no para consolarme, porque en ese estado los brazos cálidos del teclado no pueden protegerte de nada. Lo interpreto para acompañar la borrosa angustia de mi predestinación. Me lo inyecto en tardes de lluvia y soledad, sin estas dos mil personas a mi alrededor y sin un duro del dinero al que asciende mi caché. Me lo entrego con alma, lejos de la profesionalidad que se interpone con el público algunas tardes. No es el caso de esta velada limpia de abril, porque el *Largo*, hoy, va saliendo con esa elegancia nostálgica que debo transmitir. Ese encaje con el que acepté que Rafael agarrara sus cosas y se marchara de casa un domingo frío del febrero anterior a este año. Fue la última vez que me regalé este *Preludio*, la última vez que lo toqué para mí. Las demás han sido después por dinero, para ganarte la vida. Si estos que han pagado la entrada hoy te hubiesen visto y oído por una rejilla, te tirarían con algo al finalizar ahora, porque va saliendo bien, pero no igual que entonces. Los que no han pagado me inspiran otra cosa. Los periodistas, los críticos, los cargos, las mujeres de los cargos, los hijos de los cargos que no han soltado la pasta, no deben protestar igual; la hermana del banquero patrocinador que ha conseguido una entrada por la cara no tiene derecho a decir ni mu. Los del gallinero sí, a los del gallinero sí que les tengo respeto, para éstos sí que le echo profesionalidad, pero no me pidan que les meta personalidad. Bueno, hoy, un poco. Un poco, sí. Se trata de mi reaparición en el Palau. La mañana invisible de aquel domingo infernal en que me dejé

Rafael yo aguanté el gesto, soporté la compostura como pude mientras planeaba, mezclando mi mente y mi corazón martilleado, los siguientes años de mi vida en soledad. Juraste que no te volverías a enamorar. Lo juraste aunque tu existencia fluye como una sucesión de traiciones a ti mismo y sabes que lanzas un órdago que no podrás cumplir. Lo sé y lo temo porque aquel día me convencí a mí mismo de que soy incapaz para el amor eterno. A esa sinfonía de certezas sobre mi forma de ser la acompañé con este *Largo* que disfrutaban ellos y yo no porque estoy más pendiente del próximo que del que me ocupa las manos ahora. De la izquierda, en este instante, fluye la confirmación de que todo es negro, de la queja que va marcando tu mano derecha. Tus dos manos, cosa rara, en este preludio se hacen coherentes, te vuelven coherente. Es la única vez en tu vida que ejecutas un acto con sentido, con armonía, sin enrevesarte. Pasa sólo con esta pieza. Todo resulta sencillo, todo se explica, todo se alza con claridad. Casi absolutamente. *Largo*, larga se me hizo aquella tarde. Rafael dijo, simplemente: «Me voy». No pedí explicaciones, ya lo he contado. Encajé una condena a muerte por dentro. Pero no busqué argumentos, ni excusas, no demandé segundas oportunidades. Yo entiendo en el fondo a quienes se alejan de mí. Un buen día pasa. Un buen día se van. Tu bella Helena, esa pasión pecaminosa, tierna, adolescente, de jugo fresco, se fue porque era puro fuego: joven, enérgica. No podías pretender que dejara pasar sus mejores años pudriéndose con tus altibajos, con tus caprichos. Rafael huyó de mí. Él era demasiado bueno, demasiado tierno, y yo no puedo aparcarme mi crueldad ni mis celos. Eso acaba arrasando una relación. Ellos no aguantan a un egocéntrico y no puedo soportar desconsideraciones. Noto un llanto. Noto silencio. Debo estar fingiendo bien este preludio. Es señal de que los intérpretes somos eso, intérpretes. Interpretamos en todos los sentidos. Manipulamos, actuamos. A veces nos mostramos sinceros. ¿Te sientes hoy de esa manera? ¿Extraes verdad de estas teclas? Si no es así y alguien lo siente, da lo mismo. Alguno debe andar engañándose a sí mismo porque tú impostas este preludio, este *Largo*, estas notas que aprendiste poco después de morir tu padre, a los doce años. Desde aquella edad edulcoro mis días negros con este preludio infinito, sosegador y no con otro. Nada más que junto a este *Preludio* nana, compañero del llanto. Debo estar fingiendo porque no se me saltan las lágrimas, pero en cambio sí consigo recordar los episodios trágicos de mi vida. ¿Una incoherencia más? No y sí... Debo haberme transformado en un iceberg, en una roca. Un muñeco de hielo. Un patético muñeco de hielo. No lloro. Soy incapaz de llorar. Buena señal, porque así diferencio cuando toco para mí y cuando trabajo por dinero. Eres un frío

profesional del piano, un gélido pianista. Está bien, así podré decirle a mi agente que me organice una gira mundial con los *Preludios* y una grabación memorable. Nunca me he atrevido con estas criaturas de Chopin por miedo a derrumbarme precisamente en el cuarto, en este *Largo*, en esta pieza sencilla, conmovedora, humilde; esta poca cosa que te ha salvado tantas tardes; este pequeño dios tuyo; este momento de poco más de dos minutos en los que cabe un repaso a la vida y el encuentro con la esperanza, cuando no un sufrimiento placentero o también alguna que otra declaración de amor. Sigo sin soltar una lágrima y el silencio es total. Algunos esperarán que me trastoque, que me confunda. Es difícil. Otros habrán llorado ya. Muchos tendrán la cabeza en otro sitio, varios andarán ocupados pensando en los recados que deben hacer mañana o con quién se deben reunir, quizás en el lío que les han organizado para después del recital: cenas, compromisos... Una porción se estará lamentando de no haber dejado programado el vídeo, porque justo a las nueve y media emiten cualquier tontería que les tiene enganchados. Gran parte se estará cagando en tus muertos porque no te muestras fiel a la versión que ellos creen la mejor. Todas esas impresiones se pasean entre los asientos, entre los pasillos de la sala, pero el silencio sigue siendo total, lo que viene a decirme que la gran mayoría se traga este *Largo* profesional, tu *Largo* distante, que algún crítico encumbrará o denostará mañana. La gran mayoría acepta esta visión de Chopin, esta oferta, y es seguro que, si ya hubiera grabado la obra, mañana se agotarían en las tiendas de discos. Pero hasta hace poco no he sido un pianista calculador y era incapaz de lograr visión del negocio. Ahora ya lo sé. Primero voy a grabar el disco y después saldré de gira. Con el dinero me reservaré un año sabático. Acabo de marcar la última nota del *Cuarto* y me meto ya en el *Quinto*, luego en el *Sexto*, *Séptimo*, *Octavo*... Veo el momento del *Presto con fuoco*... Llega ese *Presto con fuoco* y pasa como uno más, como el *Primero*, el *Segundo*, el *Tercero*, el *Cuarto*: no, como el *Cuarto*, no. Como en el *Cuarto* no ha ocurrido nada que se pueda equiparar. He afrontado el trance riguroso pero, aun así, he sentido un pellizco especial, una frialdad en la que no he despachado las tragedias de mi vida como si nada, en la que se han colado todos mis fracasos. Llorarás en el camerino y después firmarás autógrafos en los programas y en las entradas o en los discos que te traigan. Después discutiré lo de la gira con Daniel, mi agente, mi secretario, mi mano derecha. Vive de mí, de mi arte, y siempre ha tenido el buen gusto de no tirarme los tejos. He pensado que se convierta en mi heredero. Pero quizá es un poco pronto para plantear esas cosas. Los dos estamos condenados a pasar la vida el uno junto al otro. Pero solos. Nos resultamos rentables. Una gran sociedad, un

buen dúo, un equipo imbatible, etc. Cuando salgas de estos *Preludios*, ya triunfante, lo notas, te estará esperando Daniel con una toalla a la puerta del escenario. Una toalla y un whisky para afrontar las propinas, los aplausos, el sudor y a la gente que no se marcha porque pretende que te desgañites regalándoles besos, cuando uno acaba muerto, cuando a uno le revienta el cansancio de golpe al recuperar su mano tras la última nota. Eso la gente no lo sabe. Eso a la gente la trae sin cuidado. Se creen que resulta tan fácil como elaborar un triste informe. Voy por el *Veinte*. *Veinte*, *Veintiuno*, *Veintidós*, *Veintitrés*, *Veinticuatro*: *Allegro appassionato*. Todo ha salido a las mil maravillas. Nadie parece haberse aburrido y los que se han aburrido se han comportado. Pocas toses en las pausas largas, entre pieza y pieza. Ya he dicho que aquí se tose menos que en Madrid, pero es que esta vez apenas lo han hecho. Creo que me van a ovacionar, que voy a tener que darles lo menos tres propinas para que queden contentos. Fin. Esto se cae. Antes de aplaudir, se oyen bravos. En vez de tres van a tener que ser cuatro propinas. Me retiro. Daniel te espera con la toalla. Ciertamente. Te sonrío. Me felicita. «Bravísimo maestro», dice. Le doy las gracias. He sudado mucho, como un pollo. Chorros. Salgo. Más bravos, más aplausos, alguno ha salido en espantada. Entro, salgo; entro y salgo. Un bis. Bach, precedente de los *Preludios*, inspiración de Chopin para construir su obra. Más bravos, más aplausos, más besos (Schubert, por ejemplo), otra toalla: la primera pringa, la primera está empapada. No puedo más.

ALLEGRO MOLTO

Cuatro bises. Al final han sido cuatro bises, unos veinticinco minutos de aplausos. Estoy contento. En el camerino, Daniel me tiene preparado ese whisky que me he ganado a conciencia y a pulso. Voy a firmar algún autógrafo. No. Bueno, sí. Un baño de multitudes: «A Pep, con cariño», «A Montse, atentamente». Me siento machacado, me caigo, pero voy a animarme a meter algún garabato. Aunque primero me daré una ducha y me cambiaré de ropa. Estás hecho un guarro. ¿Dónde anda ese whisky? Daniel lo tiene a punto. Dos cubitos de hielo, vaso bajo, ancho. Brindamos. Él también aprecia el licor: menos que yo, pero sin hacer ascos. Lo malo en estas ocasiones es que no respetan ni diez minutos un poco de soledad. Un sorbo para imprimir más sustancia palpable al éxito con whisky de malta escocés. No me verás nunca con esas bazofias ásperas y burdas de Irlanda o esa mierda del Bourbon, esa edulcoración, ese *kétchup* de patata. Whisky escocés puro de malta es lo único que puedo tragar. No hay cosa mejor para conmemorar los triunfos. Admito el vino, admito el buen vino, cómo no. Pero para de contar. Me sabe a gloria este trago, entro en la ducha para firmar después presentable y bienoliente. Oyes murmullos tras la puerta. Ya se acercan. Le indico a Daniel que los entretenga y que les avise de que en quince minutos ando listo. La mayoría aguantará, pero algunos abandonarán el barco. Entre chorro y chorro, echo mano del vaso que me hace feliz. No debo ser un alcohólico porque disfruto mucho de estos vicios. El día que no lo goce, lo dejaré. Cuando me sienta prisionero, lo mando al carajo. No creo que ese momento llegue nunca. Eres un adicto a la tecla. Al alcohol no. ¿Lo eres? No te lo planteas mucho: te trae al fresco. Yo disfruto con esto. Lo saboreo hasta caerme redondo. La última borrachera que agarré caí al suelo. Perdiste el conocimiento tras pegarle unos cuantos sorbos a un brebaje compuesto de ginebra con champán. Lo hice a conciencia: deseaba desaparecer. Borrarme de mí mismo. Hoy vivo otra borrachera, pero de éxito. Éstas también te arrojan fuera de ti. Te vuelves un poco imbécil, la verdad. Me seco y ventilo el whisky. Pese a llevar disueltos ya los hielos, sabe a gloria. Me visto, me peino. Estoy como nuevo. Le indico a Daniel que voy a salir y que en media hora o así,

cuando él vea que se agotan los fans, me tenga preparado otro copazo y que nos disculpe a todo el mundo, que estoy muy cansado, rendido, muerto, que no se comprometa para esta noche con nadie, ni con los íntimos, porque me urge hablar con él. Salgo del camerino. Doy las buenas noches. La cola ya está organizada, son varios. Empiezo. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. «A Lluís, con cariño esta noche especial, León de Vega». Cambio el mensaje. Los nombres son predominantemente catalanes. «A Mariona, afectuosamente y con gratitud, esta noche que no olvidaré, León de Vega». Siete, ocho, nueve, diez... Algunos traen los discos, la mayoría me pide que marque el programa. Se acerca una niña como de diez u once años, con acento dulce pero cerrado, y me espeta: «Gracias, maestro, lo pasé muy bien». Seguro que su madre le ha apuntado bien lo que tiene que decir, pero suena sincera. Le hago carantoñas y me cuentan que está estudiando piano. Típico. Pero te quedas con su cara iluminada y una sonrisa de dientes mal formados, su melena negra recogida por un pasador aterciopelado en rojo y su expresión de estar ante alguien que la impresiona, que le impone, aunque no hasta el punto de quedarse sin habla, como lo pueden hacer esas locas de la música pop enlatada que atiborran los aeropuertos. Cuando veo niñas así, confío en el futuro de la música y, por tanto, en el de la civilización. No me considero nada apocalíptico. No me rasgo las vestiduras. No me pongo nunca en lo peor. Lo peor ya ha pasado. En estos momentos, tratas de mostrarte humano porque los niños y los jóvenes suelen pensar que somos inaccesibles y de carácter insoportable. Puede ser cierto, en gran parte, pero disfrutas desmitificándote a ti mismo. Es curioso, llega el estudiante de piano meapilas. Lo sabía desde que le vi. Así me lo confirmó, lo de que estudiara piano no, lo de ser un meapilas: eso viene de mi cosecha. Pero no hay más que verle. Ahora que le tengo cerca, lleva el manual del melifluo grabado en la cara. Tiene gracia. No me trae el programa, ni un disco. Me pasa una partitura de los *Preludios* para que le estampe la firma. «A Alfonso, con aprecio, para que llegue a ser un gran intérprete, atentamente, León de Vega». Tiene el pelo sucio, casposo, grasiento, gafas de montura metálica pasadas de moda, lleva jersey de cuello verde oscuro en pico y pantalón azul, seguramente heredado de algún hermano mayor que se ha pasado cinco años estudiando oposiciones a notario. Se va sonriente y sin acordarse de que probablemente es sólo un superdotado infeliz e inadaptado al que nunca ha besado nadie en la boca. Me alegro de haberle ahorrado un momento de desgracia. Parecía sentir el instante. Pobre chaval: has olvidado aconsejarle que experimente, que viva, que disfrute de la vida, algo imprescindible para un artista. No sólo basta con el sufrimiento. Quedan pocos,

has perdido la cuenta. El último es un melómano impenitente de esos que recitan todas y cada una de las veces que ha escuchado los *Preludios* en el Palau. Lleva a su mujer al lado, que no deja de sonreír. Tensa, eso sí, como rogando al pobre interlocutor de su joya que no se tome a mal sus monsergas, sus clases, sus sentencias, aunque, en este momento, son lo último que necesitas. En este momento y en cualquiera. No puedo soportar al catedrático de todo lo habido y por haber, al experto en Bach y en Offenbach, en la tortilla de patata, el bacalao al pilpil, la papiroflexia y la cría de caballos. Me superan, me desbordan. Escribes: «A Llätzer, con aprecio, León de Vega». Hago la seña a Daniel, que está en la puerta del camerino. Me sueno los mocos con un pañuelo, lo que, según nuestro código, viene a ser: «Líbrame de éste». Si me sueno porque me quiero sonar, Daniel acude presto y yo le contesto: «Di que no estoy». En ese momento, mi fiel Sancho interviene. «León, perdona, pero te llaman por teléfono». Lo voy a coger. No falla. Me despido y entro en el camerino. Me derrumbo en el sofá y prosigo con el segundo whisky. Pregunto a Daniel si ya ha cobrado.

LENTO ASSAI

Llevo una semana durmiendo a pierna suelta: ocho, nueve horas, ocho horas y media... Sin interrupción, sin sueños extraños, con erecciones matutinas de vejiga cargada, llenecita. No sabe uno el gusto que da reencontrarse con las erecciones matutinas cuando se llevan años sin experimentar por el insomnio constante, cuya única manera de matar era levantándose mucho al baño sin que a la hora de ponerse en pie de mañana hubiese lugar, ni motivo, ni fiesta para una buena erección, pronta, madrugadora, una de éstas que te quitan veinte años de encima. Recuerdo que, cuando era niño, cuando era jovencito, todos los días, miembro en alto, se antojaba difícil acertar a clavar diana en la baza. Va para una semana larga que duermo como un lirón, como una marmota, como un bebé pacífico, y lo celebro a diario con una enorme empalmada como las de antes, que me da ánimos, que me inyecta una energía peligrosa, una fuerza juvenil ya olvidada. Es el éxito del Palau. La emoción de la gira en ciernes y del disco ahí, a la vuelta de la esquina. Daniel ya ha tratado con los negreros de la compañía, que nada más leer la crítica de Joan Creta y las de otros siete llamaron para darme la enhorabuena. «Para ponerme las pilas», dijeron, los hijos de puta. No puedes hacer nada más que aguantar y tirar para adelante, aunque algún día de éstos lo mejor va a ser que les mandes a tomar por el culo aunque pierdas dinero, porque lo ganarás en salud. Un buen día de éstos que me coja con el empalme matutino torcido, no para arriba, sino para un lado, a la derecha o a la izquierda, agarro y me despido. No, no digas chorradas, que sabes que no vas a cumplir. No te propongas mamonadas que, está claro, no te vas a atrever a resolver. Ya cargo bastantes frustraciones como para crearme alguna más. Mi psiquiatra no iba a poder conmigo. El bueno de Beltrán me aumentaría la tarifa. Y ya me saca los duros que es una bendición; para él, claro. Además, los de las compañías de discos, hoy en día, tienen cosas que saben organizar como nadie. Es de justicia reconocerlo. Las promociones, todo eso, lo bordan. Acabamos hasta la higa los unos de los otros, pero ahí siempre anda Daniel, con sus trajes entalladísimos y sin una arruga ni en las chaquetas, ni en los pantalones, ni en la cara, para poner orden y no echarlo todo a perder. Las únicas curvas que se le aciertan a ver son

las ondulaciones perfectamente encarriladas de su pelo castaño, que parecen más bien decorativas y no rompen su armonía de caballero con fortaleza y fuste, sobrado para tratar con estos gañanes, con estos sacaduros. Yo me puedo pasar, pero sé dónde está el límite. El día que me agotó la paciencia aquel gacetillero de Madrid, ni me acuerdo de qué periódico o de qué revista... Sí, era de una revista... Especializada. Venga a repetirme el tío que si imitaba a Rubinstein, que si tenía no sé qué de Pollini, no sé cuál de Achúcarro. ¿De Achúcarro? ¿Qué hostias tengo yo de Achúcarro? Me levanté y amagué con largarme. No llevábamos ni diez minutos de entrevista y le solté: «Le doy una, solamente una oportunidad más para que deje de hacerme preguntas y comparaciones memas». Se quedó blanco y balbuceó: «Pero si yo no estoy comparando». Ahí se acabó. «Buenos días», dije, y santas pascuas. Fue mi mano izquierda, la más insolente, la más diva, la intratable: la que se interpuso en mi mano derecha, en tu parte derecha, la de sonrisita fingida, la del decoro a cualquier precio, de la paciencia comprada por un contrato que te permite vivir desahogadamente, tener abiertas tres casas y pasarlo bomba. A veces se cruza un conflicto de intereses. Gracias a Dios que Daniel lo arregla todo, menos mal que él es un experto en apagar los incendios de tu talante desahogado, rebelde, chulesco, tocapelotas, barriobajero. Aunque también resulta cierto que conviene labrarse una leyenda. A partir de entonces no admito comparaciones subnormales en las entrevistas que todavía se atreven a hacerme. Pocas. Muy pocas. No entiendo por qué. Yo me considero amigable. Me repatean algunas bobadas, pero me veo un tipo tratable para tres cuartos de hora o media hora que dura una entrevista. Sinceramente, prefiero los que no se traen aprendido al personaje. El mío, quiero decir. Les puedes contar lo que se te ocurra, inventar tu vida. Pasa en Japón, en Corea, en algunos países del Este europeo: se lo tragan todo. Da gusto. Ahora, el que te estudia... Con ése hay que andar cuidadoso, prudente. No valen pamplinas. Quizás, precisamente por tener que cuidarse con cien ojos, llegó un momento en que me rebelé y me puse en las últimas con aquel pobre diablo. Pudo ser eso. Aunque cualquiera acierta a esclarecer los misterios que arrancan la marcha incontrolable de los mecanismos más negros de mi mano izquierda. Aquello me costó una mala crítica en su revista. Pero, la verdad, recuerdo que a costa de su venganza hicieron el más espantoso de los ridículos publicando ese libelo porque en aquel recital estuve sublime. No hay más que leer el resto de las reseñas, las que me hacen justicia. Otra de las cosas que no lleva bien mi compañía de discos es mi negativa a presentarme en público con orquestas y a grabar más discos con directores. Tomé la decisión después de aquel encononazo con el pobre Solti.

Le admiro, le admiraba y le admiraré, pero una cosa es su trabajo y otra, que me impusiera lecturas edulcoradas de Rachmaninov, concretamente del *Concierto número tres para piano y orquesta*. Aquélla fue más gorda, porque una cosa es dejar con la palabra en la boca a cualquier reportero mamón y otra es tocarle las narices y llevarle la contraria a uno de los grandes. Bien distinto. Más cuando también pones en solfa a la London Symphony, una de las orquestas más sobrevaloradas del universo musical. Dirán que les cogiste manía y que este episodio de tu vida te ha llevado a quedar proscrito en esa isla inmunda que llaman Gran Bretaña. Con Solti seguí manteniendo trato. Es más, siempre le he agradecido que me hiciera darme cuenta de algo primordial: que mi terrible individualismo me llevara a tomar una decisión importante. Algo que a la larga me ha sido más beneficioso que perjudicial. Desde aquel episodio en el Royal Albert Hall de Londres, en plenos Proms, no he vuelto a colaborar con ninguna orquesta ni con ningún director. Soy exclusivamente solista. Salí escaldado. Solti sostenía que aquel concierto era un río de angustias, enrevesado, atormentado, rebelde, extasiante. No. No. No y no. Ese concierto Rachmaninov lo escribió en una de sus etapas más estables y plenas como hombre y, aunque proyectara en él aspectos ineludibles de su personalidad sufriente, merece una interpretación positiva, esperanzadora, con luz. Solti cerrado: que me equivocaba y que debía arrinconar la alegría en casa, en el hotel, donde estuviera. Esta concepción del maestro la corroboraba el domador de la orquesta, un tal Lawrence Cremer, un pelota, rubio con coloretos típicos anglosajones, un cantamañanas de sonrisa amplia para los solistas y los directores que transformaba en bramidos para el resto del personal, así, en orden piramidal. Es decir, escasos para los intérpretes fijos y veteranos. Humillantes para los utileros o el personal de servicio, digamos. Yo discutía de corazón, como siempre, con el viejo Solti. Pero por aquellos días, el maestro no andaba en uno de sus mejores momentos e hizo valer el precio de su batuta. Él, embravecido sin duda por el respaldo que le daba una orquesta de enanos mentales, impuso su visión por encima de la del intérprete, en este caso, yo. Me arrinconó contra las cuerdas y, en privado, dudó de mi capacidad psíquica y emocional para desarrollar una carrera al más alto nivel. Tuvo que oír de todo. Le canté las cuarenta: le llamé insensible, le sugerí que no le reconocía a él, que se había ido y que en su lugar había comprado su alma algún saqueador de talentos, cualquier impostor o quizás una reencarnación maldita del Karajan más perverso y oportunista. Sabía que el precio a pagar por mi parte podría ser privarme del placer de que me volviera a dirigir con las cejas, como él sabía: inigualable, genial, único. Digo bien, con las cejas. En esos

pequeños arbustos, vecinos de sus ojos penetrantes, guardaba su mejor batuta, la esencia mayor de su perspicacia y talento de judío húngaro errante. No me importó en aquel momento. Mi mano izquierda podía más que mi arrepentimiento. Pero éste llegó y tuve la suficiente lucidez como para agarrar el teléfono y pedirle disculpas. Fueron recíprocas, porque él, en su grandeza, sabía ser humilde y solicitar perdón. Resultó su última gran lección para mí. No hace mucho despedimos al viejo en Budapest, adonde han ido a parar sus cenizas después de tanto trotar por el mundo como ciudadano universal, hombre ejemplo, huella sabia. De ese episodio saqué dos ventajas. Una, puede que la salvación de mi carrera. Dos, el placer inmenso de no tener que volver a pisar aquella isla de detritus, aquel pantano de bárbaros por la que el paso de los romanos no significó nada: quedaron tal cual, sin sentir la huella moral del imperio. Ese lugar clasista, estirado, insolidario, egocéntrico, nacionalista y cerrado. No sé de dónde te viene todo ese desprecio por lo anglosajón. Es una manera de ser, sin duda, pero también, producto de la observación, del sufrimiento que te hicieron tragar allí cuando no parecías nadie, cuando sólo te las dabas de aventurero con ganas de explorar mundo y gentes. Lo dices con buen conocimiento de causa porque también has saboreado sus halagos hipócritas y esos torrentes de buenas fingidas palabras. También los has visto comportarse como personas normales cuando te conviertes en alguien y arrancas una noche de gloria en conciertos a los que, para más inri, ha acudido algún miembro de su decadente y podrida familia real. No todos me merecen la misma opinión. He conocido ingleses inolvidables, pero siempre fuera de la isla. La tomo con los ingleses, no con los galeses, ni con los escoceses, ni con los irlandeses, pobres víctimas de su invasiva mala baba, de su violencia, de la sangre que los enloquece, que los trastorna. No conozco pueblo que mejor simule su buen nombre en todo el mundo. Tienen fama de finísimas maneras, de exquisitos. La fama que se han labrado las clases altas, pero ocasión hemos tenido de conocer cómo son verdaderamente con la cultura de masas, con el turismo, cuando todos han podido salir de la jaula y hacer viajes en plan bárbaro para ver partidos de fútbol por el continente o a ponerse hasta el culo de cerveza en Benidorm, menudo gusto, menudo toque, menuda exquisitez. Es entonces cuando se muestran tal y como son: salvajes. No hay trato posible con ellos, salvo, ya he dicho, con los autoexiliados. Pero siguen creando la fama. Los odio, los detesto, constituyen uno de mis delirios, de mis obsesiones. Beltrán, mi psiquiatra, ya me ha advertido que cuando vuelva a Inglaterra a trabajar habré logrado un gran progreso mental, andaré por el buen camino entonces. Pero te

niegas, prefieres seguir gastando en él la fortuna que le pagas al año antes que volver a pisar aquellas tierras contaminadas de enrevesamiento diabólico, de piruetas para las malas intenciones. Con un inglés sí es cierto que hay que pensar siempre mal porque se acierta. Cerveza, coloretos, sirimiri, rebajas, coches en dirección contraria, facturas por vasos de agua en los bares: 20 peniques un vaso de agua, no se me olvidará nunca. «¿Tienes fuego?», pregunté una vez en el metro. «Te lo doy si me lo cambias por un cigarro». Me fui sin lumbre y sin respuestas a tamaña avidez de intercambio de mercancías. Son una mierda, son una panda de mercaderes que sólo disfrutaban peleándose a sangre los fines de semana en los pubs, en plan *western*, como en la selva. Te juegas la vida por las calles de Londres, es una ciudad inhóspita, antipática, una ciudad autosuficiente, un gran asilo de solitarios, de frustraciones. Ahí se puede quedar. Que se pudra aún más con los mitos de su pasado, con el cambio de guardia, con las joyas de la corona, con los lunáticos de la *speaker's corner*, las putas del Soho, sus horarios de pub, sus restricciones, sus represiones y los gorros de colorines para las viejas. Ahí se ahoguen con la mercadotecnia y los efluvios de sus cadáveres, sus musicales imperecederos e insufribles, su comida de mierda, los zapatos de suelas sonoras con las que desangran el mundo a base de estafadores desde la *city* y los vaqueros grasientos de sus peones de aliento apestoso a licores y pintas. No tienen remedio. Esa sordidez que les hace sacar dinero de los itinerarios turísticos por donde Jack el Destripador despedazaba a sus víctimas. Imparables. Y les reconozco algunas cosas: uno, su sentido del humor, sobre todo, que yo tanto he tratado de imitar; dos, esa ironía de sangre, cruel, rebuscada, perfil de su visión del mundo o su nulo sentido del ridículo, también; tres, en ocasiones algún rasgo de altivez; cuatro, su teatro, sus letras, su Shakespeare, auténtico inventario del alma universal en todo el corolario de la maldad, en lo retorcido. Y vale con lo dicho, porque en cuanto a músicos y pintores no se puede decir que hayan dado grandes nombres, salvo Purcell, quizás Britten y Turner. En España hemos sufrido la anglofilia, otro freno más, que en ocasiones los más retrógrados, los babosos del seminario y de la reacción, han utilizado para edulcorar su primitivismo. Vendrán algunos que me dirán que peor era la germanofilia en tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Lo admito, pero es que, en ese estado de memez, ni me entretengo. ¡Qué oportunidad perdimos no dejándonos invadir unos años más por Napoleón! Imitar a Francia en los dos últimos siglos ha sido la opción más progresista que hemos tenido. No busques más: imitar, copiar todo lo que se pueda. Para que andar con cosas nuevas que no se sabe si van a dar resultado o no. Experimentos, con gaseosa.

Aun así, nuestra desgracia recae sobre la frase: «España es diferente», que dicen los palurdos. Esa obsesión por dar la nota nos ha acarreado cincuenta años de retraso. Siempre hemos llegado tarde. Ahora toca aguantar la nueva ola de liberales en versión anglosajona, no latina, no española de las Cortes de Cádiz, porque la nuestra lleva aparejado un sentido solidario en el término. Estos vendidos nos dan clase y repiten como loros recetas ultramodernas, inventadas hace doscientos años, por lo menos, sin haber pasado filtros, que dicen tener para salvar España. Mi mano izquierda les mandaba al cuerno; mi mano derecha, la recta, la racional, la francesa, los invita al contraste de pareceres. Uno para ser progresista debe reprimirse mucho todos los días. Se escuchan infinidad de chorradas y a veces entran ganas de resucitar los autos de fe. Pero no. No podemos caer en la barbarie, me repito constantemente, incesantemente. Estamos condenados a ese soniquete, a esa copla terrible, a tamaña sonata fúnebre, triste y patética: «España es diferente». Y para nuestra tragedia, en algunos aspectos, demasiado diferente. Se te ha disparado la cabeza. Con estas pinceladas queda claro por qué sales ganando al no volver a pisar la isla. Estos desahogos te sirven para muchas cosas. Para quitar la mente de tantos sitios. Desde que saliste triunfante del Palau y has vuelto a disfrutar de estas erecciones de temprana hora, no te has vuelto ni a acordar de los *Preludios*. Será que ya has conseguido domarlos. Podríamos enmarcarlos en una de tus grandes victorias sobre las partituras que en el mundo se han escrito. Ahora, veo posible que empiece a disfrutarlos de verdad y no a padecerlos como ese suplicio que me ha perseguido durante tanto tiempo. Me lo merezco. He trabajado duro. Ahora, ojalá pueda disfrutar de un poco de felicidad, aunque sea comprándola para que alguien me la finja.

ANDANTINO

Me dejo caer por el Toni, el Toni Bar, un templo de la noche cincuenta, sesenta, septuagenaria y tirada. Te viene grande, te viene mayor, te viene demasiado solitario, quizás tú parezcas tan abandonado como toda esa fauna, como cada uno y cada una de sus clientes. Una vez anterior vi en el Toni a un cuarentón morreándose con una veinteañera de ésas a las que les va atar maduritos. Quizás te caiga esa breva hoy, ahora, esta noche en la que andas dispuesto a darlo todo. Entro al Toni: que me pongan un McCallan. Para entonces ya he tenido que soportar los primeros efluvios de ambientador, como en cualquier cine durante la sesión de las cinco entre semana, con acomodador uniformado, de los que ha respetado la reconversión y que, pese a trabajar en una sala a la que no va ni Dios y no se vende jamás el aforo, le tienes que dar propina. Ya te has hecho íntimo del ambientador y lanzas un vistazo para examinar la concurrencia. Mis ojos, en una primera inspección, se han llenado de menopausia y lágrimas ajenas. Mis oídos se han empachado con un cuplé entonado por alguna loba no resignada, con voz rota por la cazalla de las rupturas y la nicotina. En el camino, a mi vista, le ha agredido el metacrilato de los marcos con cuadros que evocan paisajes de *Semana fantástica* en el Corte Inglés y el forro verde de las paredes. Te sirven ese whisky de mierda pero fino, que seguro te dejará dolor de cabeza por la mañana, pero al que no vas a renunciar y te diriges al piano. Alrededor del instrumento muere cada madrugada un mundo en el bar. El piano del Toni es una hoguera de calamidades, de frustraciones, de noches en vela, algún instante de alegría, horas de penas compartidas y sortilegios para no llegar a casa. El piano del Toni es negro y a esta hora, las tres, las tres y cuarto, ya suena mal afinado. Pero las distorsiones acompañan esta sinfonía de vidas encalladas. Yo al Toni voy como aparte, de fisgón, no me logro meter en ambiente. Nunca me he sentado al piano. No quiero ensuciar con belleza tanta infelicidad. El piano del Toni ha debido salvar muchas vidas y demasiados abismos. Es un consultorio, un confesionario. El día en que hable, podrá contar muchos secretos. Al piano del Toni está sentado ahora un hombre rubio. Con el cigarrillo en la boca, una corbata imposible de ésas que

alguien le ha debido de recomendar como moderna, camisa de rayas finas, varias arrugas y su chaqueta azul cruzada, casi discreta, pero estropeada por unos botones dorados, trata de buscar los acordes de *Fumando espero*. Al lado, le escolta la de la voz de cazalla, la de la voz de nicotina, la loba que no se resigna, ya a sus cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años, quién sabe, solo ella, solo ella y su madre. Es rubia. Lleva un bodi marrón ajustado a las arrugas y a los golpes, pitillo en mano, humo desafiante, mirada de salvaje resignación. Tiene más talento que Sara Montiel, más dignidad y menos años. Canta, la comparsa ríe y algunos hasta acompañan. Otros perfilan su noche de romance. El hombre sentado al piano le sonrío y ella se conforma con sus intentos al buscar las notas a veces improvisadas de ese cuplé legendario. Pero es que bastante hace con acertar alguna y no salirse de madre. La comparsa lo tolera. Incluso le encuentra gusto a la creatividad forzada de este pobre hombre sentado al piano, con su inseparable colilla en la boca. La estampa le hace parecer una fotografía. Termina el cuplé y la rubia madura, maleada, agradece los aplausos en su instante de felicidad rasgado por una armonía ética de coplilla. Va a tomarse un respiro, va a charlar con quien la quiera escuchar. Tiene ya la copa caliente, aprisionada en el agrio sudor de sus manos, pero no lo suficiente como para apurarla con algo de gusto. ¿O sí? Yo no soporto las copas recalentadas, diluidas en hielo y saliva. Yo no trago con las edulcoraciones. Estás por pedirle una bebida recién preparada a la rubia, pero temes no saber pararle los pies más tarde. Te reprimes y sueltas el radar en busca de esa veinteañera que va a salvarte la vida hoy por la noche, pero no está o no ha llegado, o se ha encerrado en el baño a meterse unas rayas. Quizás no exista. Lo único real en este Toni Bar es el piano y el metacrilato. Los paisajes pasteles de mil pesetas y las paredes verdes. La gente parece salida de una alucinación pertinente, son fantasmas de carne y hueso, vidas sin alma, cuerpos con necesidad de ser amados, penetrados, secados de tanto jugo que acumulan. El piano del Toni acoge otra voz solitaria. Un hombre, ahora, con el mismo pianista. El cantante sugiere un título. El otro consiente con los ojos cerrados. Parece recién salido de un mal trago, recién arreglado de fábrica: con su chaqueta a cuadros, una barba restaurada quizás hace dos días en el peluquero de enfrente de su casa. Del piano parecen brotar los acordes de *Let it be*. Los Beatles, una y otra vez: los Beatles, siempre ganando. Quizás, este buen hombre llegara tarde en su época, quizás se ha enganchado a ellos en cualquiera de sus relanzamientos y nunca después se haya alejado de su mensaje. Da igual, el hombre parece haber cumplido los cuarenta, no muchos más. «When I find myself in times of trouble/ Mother Mary comes to

me./ Speaking words of wisdom, let it be...». No sé por qué, pero el hecho es que McCartney desentona en el Toni Bar. Es así, al local le viene al pelo la canción suramericana, la copla, la zarzuela, el cuplé, el bolero, los corridos, el repertorio latino. Cuando en el Toni Bar suena algo que no entra bien, la gente se desentiende del que canta, huye la magia hacia otra parte y la tristeza invita a una ronda para los que todavía no han encontrado su plan. Por eso resulta mejor acabar cuanto antes, pero el que canta queda dentro de algún tipo de trance, atrapado entre el desafinamiento y el alcohol, con mucho peligro. La vasca puede volverse agresiva o sentirse derrotada, más derrotada, y largarse para casa. El hombre recién salido de fábrica apura las últimas letras. Acaba y recibe tímidos aplausos. Nadie lo nota, pero se ha emocionado al cantar: ha llorado lo suyo por dentro y un poquito por fuera. Ha cantado como el culo, pero no se le ha quebrado la voz. Ha mantenido el tipo y ahora va a esconderse en un costado con un nuevo *gin-tonic* en la mano. Le ha venido bien, ha expulsado fantasmas y se siente mejor. Al menos para él, sí ha servido. La morena sonriente y bajita agarra el micrófono y se echa la melena para atrás. La morena sonriente y bajita tiene pinta de flamenca, puede que acabe de divorciarse y lo único que le quede en esta vida sean sus recuerdos de noviazgo algo felices. Esos que ni por asomo quiere mezclar con la memoria de cualquier hombre que a su lado haya perdido la paciencia o no se haya sabido entender con ella y su aburrido trabajo en una mercería del distrito centro, o no, del extrarradio sur... No sé, me imagino. La morena sonriente y bajita canta *Ojos verdes*. Quizás su hombre los tiene, quizás algún hombre con el que llegó a aparearse los tuvo. La morena sonriente y bajita, que algún día llegó a Madrid a rastras, apurada por el hambre de su pueblo olivarero y cantaor de Córdoba o de Jaén, a servir en la casa refinada de alguna señoritinga de la capital, canta con el convencimiento de que podía haber llegado a ser una gran heredera de Concha Piquer sencillamente porque su madre un día se lo dijo. En buena hora abocó a su hija por ese barranco de frustración. En buena hora la marcó con un sueño exagerado y le destrozó la vida empujándola a conseguirlo. Sin embargo, a la morenita de risa generosa y poca talla, no se le escapa un mal gallo y con su tono alto, mucho más alto de lo que sería deseable, arranca olés sinceros del público y una ración de rechufla por parte del grupito de jovencitos aburridos de mi derecha, la *pandi* de pijos inútiles, que necesitan reírse de los demás para huir por algún instante de su vacío. Y puede que sea mejor que anden por ahí riéndose de cualquier bicho viviente antes de que cojan el coche y nos pongan a todos en peligro, con sus *fangios*, sus carreras estúpidas y sus juegos suicidas. Les daba de bofetadas. La morenilla pequeña acaba su

copla y yo estoy por aconsejarle que cante más bajo, que así ganará muchos más adeptos. Casi estás por hacerlo más que para instruírla, para saciar tu curiosidad y que te desvele la película de su vida, a ver si coincide con la que tú te acabas de fabricar. Pero no, no; lo vas a dejar así en espera de tu veinteañera de carne tersa. El camarero del Toni Bar, puede que sea el mismísimo Toni, el dueño, no puede soportar las cuchufletas y las faltas de respeto de los putos pijos sin media hostia, que se han carcajeado indisimuladamente de la morena. Pero ella, pese a la humillación, sigue sonriendo, y él va a echarles del bar, del Toni Bar, templo de la falta de vergüenza, en el que no hay sitio para bobos con dientes de leche y sin tímpanos ya por culpa del volumen al que escuchan el bakalao y los *maxmixes*. Aunque sobre todo, para quien no hay sitio en el Toni, en el Toni Bar, es para la gente sin sensibilidad y estos mierdas andarán bien de pasta sin haber madrugado en su vida, pero carecen de un gramo de sensibilidad. Son tres, una chica, la más peleona, la jefa de la banda, y dos niñatos, dos babosos de melena lisa y sin un pelo fuera del sitio pese a las pastillas. La chica pudiera ser la veinteañera que iba a salvarme la vida esta noche, pero no lo sabes porque va a salir por la puerta de atrás. Tiene tono castaño, lleva minifalda roja al límite, parece de tez morena y resalta hasta en la oscuridad del Toni Bar. Esboza una sonrisa blanca y luce poco maquillaje. Debe llamarse Loreto o Jimena, por la pinta. El caso es que se van sin pagar y ni falta que le hace al Toni, que prefiere verlos muertos antes que aceptar un duro por sus copas. Aunque, por otra parte, los licores llevan la venganza dentro, porque van a ver mañana cuando se levanten a la una o las dos, para comer ya, a mesa puesta, y la cabeza les estalle por el garrafón. Van a ver, digo. Yo tiro la toalla, pago por el veneno y me largo detrás de ellos. Está visto que tu niña no aparece y no existe alma desgraciada, solitaria y gemela que vaya a salvarte la vida esta noche.

MOLTO AGITATO

En la esquina de la calle Almirante con Conde de Xiquena te mira un chapero que no levanta dos palmos del suelo. Estás por cambiar el apetito sexual. Andas desesperado. El ambientador del Toni, del Toni Bar, te ha sacado de tus casillas, los pijos de mierda y su boba mandona te han puesto a cien. Los mandobles que no les has dado podrías cambiarlos por una buena mamada. Pero este pobre diablo, ¿cómo quieres que se la chupe si, aparte de no levantar un palmo del suelo, no se tiene en pie? A saber qué se ha metido, qué lleva dentro; a saber cuántos litros de semen bastardo, blanquecino, envenenado, de ése que huele a lejía más de lo normal, se ha tragado en esos coches anónimos, esos coches sin matrícula, sin dirección fija. Estás desesperado, pero no tan desesperado. A éste no, pero a cualquier otro que me demuestre un poco de escaso riesgo, de encanto, de limpieza, en una palabra, me lo cepillo, me lo tiro, me lo como en cualquier pensión de aquí abajo, de la calle Barquillo. ¿Y por qué pagar? ¿Por qué? Si a dos pasos me planto en Chueca y me ventilo cualquier loca con un poco de labia, invitándola a dos copas. Si no sale, me gasto lo de las dos copas y luego tengo que meterme en cualquier cueva a gastármelo en cualquier chaval para que me la coma bien, en condiciones. El caso es que estás salido, fuera de ti. Coges al primero que te la empine aquí mismo y así ahorras tiempo y pasta. ¿Será por dinero? Es más por necesidad. Ahí viene uno con el cigarro en la boca. Uno que por lo menos anda, que por lo menos se tiene en pie, que sabe donde está parado. Es guapo, interesante, escudriña cierta maldad en esa cara que le queda todavía de niño, de niño vapuleado, de niño que ha sufrido, que es niño pero no ha sido niño nunca, al que la mierda, la droga, el vicio le han quitado años de encima. Los hay que viven dos vidas y los hay que sólo viven media. Éste no ha vivido ni un cuarto. Pero me pone. Te excita. Te tiembla un poco el pulso y si fumaras ya te habrías ventilado un cigarro, pero no fumas y te tienes que aguantar porque no va a haber dios que te quite este tembleque de encima. «Hola». Él ha abierto la veda. «¿Qué tal?». Respondo y sonrío, creo que sonrío, pero no sé. Lo que sí sé es que me tiembla todo el cuerpo porque hacía años que no me sentía tan desesperado como para atrapar a un chapero en la calle

Almirante o en cualquier otra calle de éstas en las que mueren los sueños, puros tanatorios de esperanza, escuelas de vida perra. Te tiembla la ceja derecha. No, la izquierda. El labio por abajo, la mano, pero no se va a notar porque no va a pedirte fuego y tú no vas a hacer el ridículo con el mechero. No fumas, pero siempre llevas encendedores o cerillas que te regalan. Hoy no, tampoco podría hacer el memo porque no acertaría a darle fuego. No tengo. «Veo que estás un poco nervioso. ¿Quieres relajarte un rato?», me pregunta. Lo ha notado con creces. Estoy haciendo el ridículo. Bueno, todas las noches pasarán por aquí batallones de pobres desgraciados como yo que también les pase. Sonríes tímidamente y quieres preguntar las tarifas, pero no te atreves porque te da lo mismo. Deberías hacerlo porque así no te timará y, de paso, disimulas tu necesidad y las ganas de follar con el primero que encuentres más o menos decente. «Si buscas compañía masculina, te advierto que lo vas a pasar bien», me dice. No atinas a construir una frase completa. Sujeto, verbo y predicado. Una frase comprensible. Lo más que salen son risitas tontas, palabritas de colegiala. Y se va a reír de ti. Tampoco me he traído condones y a saber lo que lleva él. Nada, no va a ser más que una simple y dulce mamada, no espero otra cosa más que me la chupe bien, una o dos veces, depende de lo que me guste o del respeto que te tengas a ti mismo después de correrte en su boca, seguramente picada por alguna caries mal curada desde sus tiempos de chicles, piruletas, donuts y chucherías en el colegio, donde las malas compañías, seguro, le metieron en las drogas, los problemas en la calle y le arrancaron la dignidad a golpes, algo a lo que tú vas a contribuir a remediar esta noche. Pero ¿a qué viene ahora este ataque de moralina y prejuicios? ¿Entiendes que ando desesperado en busca de carne fresca, de vicio? Nunca le habrá llegado un duro para dentistas, eso seguro. Tendrá en la boca yo no sé qué y me lo va a pegar, pero me convence, me está convenciendo con la forma de darle al cigarro y esos ojos que, ya he dicho, encierran una perversión justa, bien controlada. «¿Te animas?». Tiene voz de hombre y no le adivino ramalazos femeninos de loca suelta. No sé siquiera si es maricón. Lo dudo. Su labia no es muy original, creo que es como la de todas las putas del mundo. «¿Te animas?»... «¿Quieres relajarte?». Ese rollo. Anuncios por palabras de una sección de relax fina, *light*, poco imaginativa, de periódico de gran tirada. «Es posible», le digo. Acierto a dar sentido a dos palabras. Acierto a entrar en conversación. Ahora soltará los detalles, pero prefiero meterme debajo de ese andamio de la derecha por si nos cruzamos con alguien conocido. Algún crítico pervertido con ganas de buscarme las vueltas y chantajearme. Nunca se sabe. Te puedes llevar muchas sorpresas. «¿Te importa

que nos metamos ahí abajo y me explicas?», le indico ya con soltura. Él me hace un gesto como de afirmación, como que por él vale, que no le importa, así, torciendo la cara, tirando el cigarro mientras empieza a andar. Nos metemos debajo del andamio y me cuenta las condiciones. «Tres mil el francés y cinco el completo». «¿Dónde?», me pregunto yo. En cualquier parque, en una pensión mal oliente. ¿Y si le invitas a casa? No, eso ni loco, que luego me puedo llevar un disgusto. Na, no, nada, qué va. En un coche. ¿En qué coche? Yo no he traído coche. «¿Dónde?», le pregunto ahora a él. Que te saque de dudas, que te proponga y luego, si te viene bien, allá os lanzáis. El dinero te da igual. Te parece bien, es más, hasta puede que le dejes propina. «¿Tienes coche?». «No, no tengo», respondo con un gesto de primerizo. «Pues entonces podemos ir a mi apartamento, que está por aquí; o a un hotel, eso tú lo decides». ¿Y si te atracan? ¿Y si te metes en un escándalo? ¿Y si no sales de ésta bien parado por no tener cuidado? Y si, Y si... Nada, ya es muy tarde, estoy muy caliente y quiero desentrañar los misterios de este pobre chapero, que en realidad sí que tiene un polvo. Además, a estas alturas, ya me han cambiado los apetitos sexuales, ya no me hago ilusiones con la veinteañera que iba a caer así como así presa de mis encantos en el Toni, Toni Bar, antro de miserias enjuagadas en las teclas de su piano mágico. «Prefiero que nos metamos en un hotel de por aquí», elijo. «Pues venga, vamos. ¿Vamos? ¿No?». Ya está hecho, ya no hay marcha atrás, ya estás decidido. «Vamos», asiento yo. El chapero te lleva no sabes dónde. Seguro que a una fonda en la que le dan comisión. Una fonda con olor a madera carcomida y a desinfectante: a lejía y semen, a semen y a lejía sin secar. No sé. Tú déjate llevar. Tú entrégate. El chapero camina con las manos en los bolsillos y estoy por preguntarle cómo se llama. Es moreno, tiene el pelo desordenado, como asaltado por una vida que a sus veinte, veintidós años ha recibido ya muchas cornadas. Ya no fuma, sus labios son generosos, de un rojo pálido, y su sonrisa, amplia y de alguna forma natural, no de pose, blanca: casi no temo que padezca ninguna caries. Es alto, a veces esconde la cabeza caótica entre los hombros y para ello se ayuda metiendo las manos en su pantalón vaquero clásico y descolorido. El chapero dirías que no es un chapero si te lo encuentras en la cola de un cine. ¿Cómo son los chaperos? ¿Cómo tienen que ser los chaperos? Tú qué sabrás. ¡Qué chorradas piensas! «¿Cómo te llamas?». Él ha roto el hielo de nuestro paseo nocturno. Yo balbuceo: «Eeeh, Juan». Pero no se lo cree, no se lo traga ni con los picos que debe llevar a estas alturas de la noche. «Así que Juan. Juan, eh». Se calla, sonrío y poco más. «Yo me llamo Mario». No sabes si darle la mano, callarte, decirle que qué nombre más bonito... «¿Mario? ¿Mario qué?».

sueñas como un imbécil, como si estuvieras en un auditorio, donde todo el mundo pregunta el apellido y cuando te presentan, te especifican el cargo y te dicen quién es la madre, el padre y la tía del que acabas de conocer. Tú, en plan imbécil, vamos. «Mario *el picha brava*. ¿No te jode? Si quieres te doy también el carnet de identidad y la fecha de nacimiento». El chaperero ha pasado al ataque. Ha dejado su discreción en la acera tirada, al lado del cubo de basura maloliente que acabamos de pasar, y está dispuesto a reírse de mí un rato. Pocas veces me había sentido tan despreciado. Uno se codea con la *crème de la crème* y no escucha más que buenas palabras y elogios diez veces al día, si exceptuamos las broncas que me suelta Daniel, mi agente o María, mi interina, que no son moco de pavo. Me da que esta noche, o dejo de decir memeces, o me va a tocar tres cuartos de lo mismo. El chaperero tiene carácter. El chaperero ha sacado las manos del pantalón, ha colocado la cabeza en su sitio y va a llevar la voz cantante. Tú eres un espectro anónimo, tú eres Juan, ¿Juan qué? ¡Qué más te da, imbécil!, Juan *el picha floja*, Juan *el vaina*, Juan, un pobre Juan cualquiera. ¿Crees que te va a preguntar el apellido? La mano derecha siempre tan lúcida. «Tienes razón. Ha sido una tontería. Mario. Bien vale, Mario». Llegamos al hotel, al hostel, a la pensión de madera carcomida, rancia y olor a desinfectante, casi tal como la imaginé. Mario actúa como si no conociera al sereno, al recepcionista, al que está de guardia, al que nos atiende, vamos, que es un viejo gordo y calvo, con algún que otro pelo gris y pinta de pederasta. Fuma un pitillo liado y respira de una forma ruidosa, descorazonadora, maligna. Nos lleva a la habitación que he tenido que pagar por adelantado y seguimos el rastro que dejan sus pasos lentos y sus zapatillas marrones de cuadros. Abre, pulsa el interruptor de la luz y se enciende una bombilla cansada, que apenas ilumina el mobiliario de madera plastificada, la mesa desvencijada que acoge un jarrón de porcelana blanca y bordes dorados donde descansan unas flores marchitas de plástico sobre un mínimo paño de ganchillo. Allí también está la cama ancha, con cabecero muy pasado de moda, pero que cualquier director de cine hortera incluiría en un decorado *kitsch*, es decir, de mal gusto elevado a la categoría de moderno. La cama está cubierta por una colcha beis con flecos que caen a una altura media. Me juego el cuello a que algo cruje en su estructura o el colchón, que perfectamente puede ser de muelles, o la madera, que por algún sitio estará descolada. También nos acompañan un lavabo con dos toallas y un armario de dos cuerpos adornado probablemente por un ebanista trasnochado de Talavera de la Reina, de los que acaban en pico rebuscado y unos tiradores dorados que se me asemejan a las campanillas que hacíamos sonar en misa al consagrar el pan y

el vino. Quedamos los dos solos. Vas a esconderte en un bosque anónimo y en este mundo sórdido y desconocido para ti. Que nadie pueda encontrarte, al menos, hasta mañana.

LARGO

Es este Madrid pegajoso el que me tuerce el ánimo. Es este Madrid churrigueresco de aceite seco en las calles el que no me pone en el lugar que merezco. Debo huir. Todavía puedo convertirme en un grande. Es esta ciudad, capital de las calamidades, erectora de violeteras en las calles, con alcaldes de ínfulas despreciables, la que tiene la culpa de todo cuando afrontamos este fin de siglo. Deberías perderte en un país frío, junto a un lago gélido, congelarte allí para reconcentrar tu talento y para hacer que todo lo que eres capaz de decir en la música se te descongele del alma en forma de chispas. Sólo así reaparecerás en las crónicas. Sólo así te tratarán en serio estos mamarrachos aduladores del *belcasticismo* que arrincona esta cloaca. *Belcasticismo* es el término que un amigo mío flamenco ha creado para la posteridad preso de una borrachera genial y que yo debo honrar dándole un significado que quede en los anales. *Belcasticismo...* Dícese de la actitud que mezcla casticismo oloriento con apariencias de belcanto sin que quede nada de lo segundo y mucho de lo primero. Musicalmente, eso es Madrid. Una ciudad *belcasticista*. Madrid apesta a *belcasticismo* en sus foros. Quisieran adorar el arte de primera mano, pero los aficionados llegan a él después de revolcarse en zarzuelas chulapas, que huelen a emigración del campo a la ciudad, que apestan a los efluvios ováricos y resecos del chocho de Agustina de Aragón. El género nuestro, el género con el que nosotros les vamos a dar en las narices a los italianos, a los alemanes, a los franceses, a los rusos, a los ingleses, a los centroeuropeos descendientes de Mozart, que es un músico sin patria, que es un músico del mundo, no como Chapí, ni como Barbieri, ni como Benavente, ni como el *Romancero gitano*, de tanto poeta despreciado por el machismo ibérico pero deseando ser querido por él, ni como Cela y Delibes, ni como toda esta mierda casticista del hecho diferencial español, del mundo visto desde la meseta, esa nube de mierda que tan sólo a setecientos metros de altura sobre el mar se cree capaz de cristianizar el mundo. Como odio España, lo mismo que ella me desprecia a mí. Como odio la *Iberia* de Albéniz, ese traidor que abandonó la patria para homenajearla. Si desertas de la cuna es porque ella te echa de casa a ti primero, luego no la lloras.

Cuánto noventa y ocho, cuánto daño, cuántas barreras a la felicidad, cuánto desastre de Cuba mal digerido. Que se mueran Ortega y Unamuno, que se hundan en el fango sus libros, su moralina barata. Y con ellos el *belcasticismo* que forjaron y en el que entran todas las especies que hoy se dejan ver en un teatro de ópera español. Nunca hemos respetado la música. ¿Por qué teníamos que respetarla? ¿Por qué? Ahora hemos entrado en la modernidad como nuevos ricos y los *belcasticistas* del demonio no saben aplaudir en los teatros. Si un aria, si un dúo emociona y a algún letrado musical de incógnito en el gallinero le da por entusiasmarse batiendo palmas, enseguida el grupo de mamones de turno con corbatas de colorines de Hermés, el de la oreja con poca cera y el oído maleducado al que cree que va a sensibilizar a base de abonos caros, le recrimina sin saber que la emoción en un teatro de ópera se puede exteriorizar al final de las piezas, que la ópera no es un concierto sinfónico, ni un recital de piano en el que, por otra parte, también se debería aplaudir. Pero el *belcasticista* nuevo rico y nuevo culto con el culo no va a la ópera a disfrutar de lo que en la vida ha escuchado. Bosteza cuando se apaga la luz porque a lo que va este espécimen que da asco es a lucir el modelo que le ha regalado a la señora junto a él del brazo, enjoyelada y recién salida del secador de la peluquería, con la que después sabe que se va a poner como el kiko en el restaurante de la esquina. Que miedo me dan. Comen música y la cagan. No la integran en el organismo, nunca llega a formar parte de la sangre que los riega. Ojalá se les desplome la lámpara de arriba encima del patio y las bolitas de cristal se les incrusten en la cabeza, a ver si así se les mete materia dentro de ese cerebro que tienen diseñado con cifras e informes, ellos, y con restos de Prozac y meriendas aburridas con vecinas y primas, ellas, pobres desgraciadas, que pasan por la vida sin pena ni gloria. El *belcasticismo* es un chocolate con churros mal digerido, un mal endémico castellano, que no de la periferia, donde sí se entiende la música de otra manera. No tiene una razón aparente para ser aniquilado, borrado del mapa. Es un elemento transgénico, un híbrido, ante el que no sé por qué me sale de tan adentro el desprecio. No sé por qué se me despiertan instintos asesinos hacia su contemplación. Lo provocará esa certidumbre tuya sobre lo que lo origina, sobre lo que le trajo al mundo, que es ese quiero y no puedo que llevamos arrastrando los españoles por adentrarnos en Occidente sin que se nos permita debido a nuestros propios errores. Será esa rabia que te invade el pecho cuando piensas en que no nos hemos librado del yugo de nosotros mismos, ése que nos ha hecho serviles con la monarquía, con el clero, con la aristocracia, ése que no nos ha dejado acabar con nuestros males porque eran males, pero, al fin y al cabo, eran

nuestros. Toda esa pocilga tradicional se sienta ahora en los patios de butacas de nuestros teatros a aplaudir. Pero ¿seríamos más felices si no existiera? ¿Nos valdría más un peine si todos esos coños perfumados con Chanel y esos badulaques de la caverna apretujados en trajes caros no se gastaran el presupuesto en abonos? Debemos tenerlos ahí expuestos para que no se reproduzcan más, pero cuando veo a jóvenes con ese mismo aspecto se me hiela la sangre y me aterra el futuro a finales de este siglo xx. Estiran el cuello y llevan los nudos de corbata mal atados, pero un día aprenderán de sus estirpes y se convertirán en un eslabón más de la cadena, otro paso atrás. Míralos todo engominados sin el más mínimo atisbo de rebeldía en sus ojos, en sus modales, engatusando a las señoronas amigas de sus madres o de sus tías solteras, que sobreviven sin haber sido atravesadas por dentro, con los jugos de su vida fermentados. Ellos representan a los vástagos del dinero, el seguro de vida de una clase. Los conoces y por eso los aborreces más. Porque sabes cómo son y de dónde vienen y hacia dónde no quieren ir. Has aprendido en sus mismos colegios. Tú también has sido un niño bien que salió raro. Pero sin estos monigotes que pagan religiosamente los abonos y siembran en sus hijos la afición, cerrarían los teatros, sospechas. Y con ellos abiertos, al menos algunos sacan provecho. Son parte nada desdeñable de tu público, imbécil. Para éstos merece la pena el estudio de las obras. Para que las disfruten. Ellos también nos hacen ganar nuestro dinerillo. Si algún día desaparezco y alguien quiere saber qué pensaba en realidad de estas cosas, se va a quedar con las ganas porque si Daniel cuenta lo que verdaderamente pienso... Cuando palme, alguno planteará reeditar mis discos, algo de lo que mi fiel agente y consejero sacará tajada. Pero mis opiniones de loco no se encuentran en ningún sitio, no pueden cargarse el gusto del público, de mi posible cuota de mercado. Ya se vende poca música clásica para que encima yo lo tire todo por la borda. Lo dicen esos promotores de la compañía que siempre están echando la lagrimita del demonio o de la virgen: no sé qué es peor. Se comportan como ganaderos, o como sembradores de patatas, mal, muy mal, siempre todo está muy mal. Si llueve porque llueve, si hace sol porque hace sol. ¿Acaso no se dan cuenta de que no me trago sus artimañas, las que sólo pretenden venderme para estrujar más la ubre de mi talento? Ahora deberías grabar esto, ahora tendrías que meterte con lo otro. Me tienen harta. Estás cansado. Cualquiera día te quitas de en medio y montas una tienda, retirado en un pueblecito marinero, tranquilo, con el leve sonido de las olas del mar como acompañamiento de la banda sonora de tu vida. Necesitas ver al analista.

ALLEGRO MOLTO

Mi analista me recibe cada vez que paso por Madrid. Arreglamos la agenda a salto de mata. Si un día se me cruzan los cables y veo una ventana abierta lo suficientemente atractiva como para que me tire por ella, le llamo y me suelta el rollo por teléfono. Todo lo que me dice lo sé, pero consuela oírlo de sus labios porque te hace pensar que no soy un único caso perdido. Que conoce más o que él está peor que yo y por eso te entiende. Mi analista Beltrán no se pone la bata en la consulta, viste jerseicos de punto largos y con colorines vivos, estila barba mal cuidada y no es argentino, pero es *fan* de Atagualpa Yupanqui, de Carlos Gardel, de Mercedes Sosa, de Silvio Rodríguez y de Víctor Jara. Es un *hippy* reciclado que se atusa los pelos de la cara, su melena todavía poblada y canosa, cuando le cuento mis penas. Beltrán me está aguantando mucho y mira que le advertí que yo era un peligro, que lo que más me divertía de los loqueros hijos de Freud era darle la vuelta a la tortilla y acabar analizándolos yo. Jerónimo Minchavila, el primero que me trató, acabó haciéndome proposiciones y, aunque no estaba nada mal y usaba un perfume que me ponía cachondo, a mí nunca me ha gustado que las cosas se confundan más de lo que ya están genéticamente confundidas, por lo que le dije: «Adiós, muy buenas». La segunda, Marielita Brusotti, era un callo con unas piernas bien puestas que te hacían olvidar su cara y que me hartó cuando cada vez que entraba por la puerta empezaba a soltarme a la cara el desastre que le parecía este país. Yo lo que le pido a un analista es que me relaje y no me venga con tensiones que me provoquen una úlcera de estómago, porque aquello acababa siendo un programa de radio rancia y guerracivilista. Luego he tenido más, pero en vez de analistas parecían echadores de cartas. Mi amigo Beltrán es callado y eso me gusta porque, para mí, así resulta más fácil imaginar su probable gusto por la corrupción, o que, pese a su divorcio amigable, no pasa la pensión para los hijos. Aquí todos estamos pringados en la vida y todos estos hippiosos sin reciclar tienen un precio. Si no, pasarían de cobrar a diez mil pesetas la sesión por aguantar que les escupas tus problemas a la cara. Estos confesores de cepillo y de bote son unos agarrados al final, pero qué le vas a hacer. De no ser por ellos, que tienen el recetario por el

mango, y por los pianos, estarías muerto. Hoy, Beltrán me ha puesto en un brete y me ha hecho confundir muchas cosas: que siento el mismo placer con los hombres que debería sentir con las mujeres y viceversa, que odio el sonido del instrumento a que dedico la vida, que me gustaría que sonase como un violín. Puede ser. Pero eso va por temporadas. Confundes, confundes y confundes. Eso es lo que me gusta y aterra de Beltrán. Anda metiéndote el dedo en la llaga, ya le he empezado a hablar de mi padre en serio, no como les hablabas a los demás. Mi padre no murió prematuramente en un accidente desafortunado, como en el cuento al que nunca te has podido enfrentar. Mi padre sí fue ese hombre al que yo siempre me quise parecer, más cuanto más lejos le siento, cuanto más difícil se te hace recordar su rostro y tengo que acudir a las fotografías de familia. Unas fotos que no te interesan sino para lavar la memoria. Porque las que de verdad necesitas son las que le podrías haber hecho ayer. Lo hubieses dado todo por adivinar la forma en que envejecería, por verle la cara hoy. Pero no puedes. Decía que nos quería a todos, pero nos traicionó quitándose la vida aquella tarde bochornosa de julio en la que se derritieron sus ganas de seguir, supongo.

VIVACE

Me había inventado un magnífico cuento sobre el accidente de mi padre. Incluso me lo había creído a pies juntillas e imagino que eso me ha ayudado muchas veces a no ahogarme. Pero cuanto más pasa el tiempo, cuanto más aclaras las zonas de tu vida que me aterran, menos calman las mentiras. Nunca he juzgado estrictamente a los troleros porque me apiado de mis defectos. Les comprendo bien, pero ahora que he lavado la cara gris de mi conciencia en muchos aspectos, aconsejaría al mentiroso que se sincerara, que viera sus cartas boca arriba, porque, a la larga, las verdades musitadas a la vela encendida de la almohada de cada uno proporcionan más felicidad. Lo único que temes es que las dichas redunden en el estilo a la hora de tocar el piano. Siempre he sostenido que las vidas atormentadas, la infelicidad perenne, la insatisfacción con lo que uno hace y lo que uno es, lleva a las más altas cimas del arte del piano. Pero el hecho de ser más feliz por ser más sincero no me hace dichoso del todo. Aunque sí más preclaro. Mi padre se quitó la vida en el transcurso de unas vacaciones que hasta ese día habían sido dignas de envidia. Lo que no sé es por qué. Nadie lo ha sabido. Si mi madre me alumbrara con alguna pista estoy seguro de que contaríamos con ella, porque no se concibe que nos mantenga intacto el dolor, y, como he dicho antes, la verdad, por muy terrible que resulte, aliviaría, aunque sólo fuera por aportar algo de razón, el episodio más negro de la familia. Como nadie sabe, como no se ven los motivos, no existen. Por eso nunca he logrado afrontar el hecho de que la infelicidad pueda ser genética, interior, ni mucho menos injustificada. Tú, al menos, tienes tus causas, tus excusas. Una de ellas, precisamente, la que te proporcionó él quitándose de en medio. Sin embargo, tu padre no: él era un hombre brillante, culto, rico y, en apariencia fatal, feliz. Nos atendía, nos sacaba de nuestras lagunas, nunca perdió la razón ni nos tocó un pelo, no dijo una palabra más alta que la otra. Aplacaba mi rebeldía para bien de la comunidad, a base de palabras, de diálogo, de lección moral, jamás por la fuerza. Él moldeó tu alma creativa en cuanto vio las posibilidades, tu talento, tu rabia expresiva. Con mi hermano Justo, todavía tenía que emplearse menos. Yo era la oveja negra de la familia. Justín ha acabado en un banco. Nos vemos poco,

acaso en Navidades, si no me ocupan fechas en mi agenda nómada. Entraste al despacho, chorreabas sudor porque habías jugado al balón en vez de aprovechar tu horario de estudio. Le viste sentado, pálido, con los ojos abiertos, con su cabello rubio y aplacado por los peines más clareado, la barba impecable, algo más desordenada de lo normal. No había perdido su porte de caballero de los salones y las tertulias, ni siquiera se le había arrugado la camisa veraniega, de tonos fríos y estampada. La boca abierta, seca, una fotografía de su último suspiro. No sabías lo que era la muerte, tenías doce años y sólo habías visto caer a hombres en el cine a tiro limpio. Creíste que dormía. Pero el tubo de pastillas naranja, con cápsulas bicolors, que reposaba como un hacha sobre la mesilla de su estudio, te abrió los ojos. Lo escondiste, lo hiciste desaparecer porque pretendiste que todo el mundo viviera en la ignorancia de su acto fatal, imperdonable, cruel, egoísta y lleno de avaricia para con sus seres queridos. ¿Qué le hubiese costado aguantar o matarse en otro lado, otro día? Pero el destino no se elige al azar. El destino está bien organizado y a unos les toca blanco, pero a otros nos toca negro como el velo opaco de la muerte.

PRESTO

A todos mis loqueros les he hablado de mi primera experiencia homosexual. Quizás porque vino en el tiempo junto al comienzo de todas mis frustraciones. No equiparo una cosa a la otra, porque si no me acusarán de retrógrado. Coincidieron y punto. Yo ya sabía cuidar de mí mismo. Sabía de la vida, del mundo, de mi soledad, de mi enfrentamiento radical con los que me rodean, que comenzó a enconarse a raíz de la muerte de mi padre, de lo que sólo me salvó el piano. El piano me ha liberado y me ha condenado toda mi vida. Es mi amor/odio, el hombre y la mujer que más he adorado, mi paradoja y mi pan amante. Por eso siempre he idolatrado a Buñuel, un hombre que aceptó sus contradicciones como parte de sí y nunca tuvo el mal gusto de querer deshacerse de ellas. Lo mismo que Ernesto Sábato, por ejemplo, o Chesterton, que inventó un método creativo a partir de afirmaciones contrarias, y no como Unamuno o como Cioran, que las escribían como si se enfrentaran a un exorcismo, para expulsarlas como si habitara el demonio en ellos. La paradoja es el ángel de todos nuestros enigmas. Debemos cuidarla, alimentarla, verla crecer. Por eso adoro a quienes las comparten festivamente con sus lectores. ¿Te gusta o no te gusta? ¿Los desprecias o los admiras? Has caído en su trampa ciega. Eres de los nuestros. De los que caminamos con nuestras cuestiones irresolubles, con las ambivalencias por ahí, tan panchos, tan pepes. Con veintidós años, la ambición de comerte el mundo, aquejado de varios desengaños de amor repentinos entre las manos que atacaban las teclas de tus piezas entonces, no te habías hecho todavía al cinismo presente. Aún mantenías esperanzas de mejorarte. Llegaste a aquella ciudad húmeda de mar, calma y complacencia burguesa, incluso aristocrática, de la que no hay que dar el nombre, a ganar un concurso de piano y dejarte llevar por una vorágine de conciertos y elogios. Lo ganaste con el *Número dos* de Brahms. Padre me susurraba las notas al oído. Yo jugaba con ventaja porque los contrincantes, poco arriesgados, habían elegido el Beethoven y Rachmaninov –no recuerdo bien cuáles– para la final. Atrás habían quedado diecisiete participantes más. Diecisiete ilusiones partidas en lágrimas por los pasillos de aquella residencia de monjas con olor a desinfectante y a leche

hervida en la que nos alojaron y que no tenía nada que ver con el hotelazo de cinco estrellas donde el jurado y los críticos descansaban. Reginald era uno de aquellos aspirantes. El del alma de hierro, el que no se tomó ni bien ni mal no pasar de las primeras cribas, aparentemente. El que por único estimulante utilizaba vodka, cocaína y yerbajos para seguir en competición, no medicinas ni brebajes de los que recomendaban aquellos profesores y profesoras tiranos del Este todavía comunista que anulaban las voluntades de sus pupilos. Reginald Wormsmouth era todo un pincel, educado en los mejores colegios de Inglaterra, tuvo como capricho en aquel viaje, sin importancia para él, seducirte. Tú, como ya has contado, entonces buscabas, querías experimentar. Reginald fue tu inspiración también en aquel concurso. Su ironía, sobre todo. Su ironía iba bien acompañada con su flequillo negro, un tanto grasiento, con su altura desgarbada de jirafa salida del zoo y su proyecto de papada que a estas alturas ya será realidad si no ha muerto ahogado en sus sarcasmos. Elevaba las cejas como nadie, a cinco centímetros de sus ojos azules, al hablar con su impecable acento de universidad elitista, de veladas poéticas en su mansión de Yorkshire. Provocaba carcajadas, pero él nunca reía. Qué suplicio debe ser ése, siempre me he dicho. Dejar de reír. Estás a punto. Últimamente, quien va conmigo ríe más que yo. Vas perdiendo la capacidad de sorpresa. Quizás andes acercándote a la hora del suicidio. Yo sentí un amor piadoso por Reginald. Estoy seguro de que él también, aunque su empeño en darme por el culo no tuviera una vertiente sentimental, sino teórica, según me dijo entre las sábanas y nuestros sudores. Apenas le había confesado como un adolescente colegial que le quería. Te llevó a la cama para incluirte en su lista fatídica de seducciones y salidas del armario, para poder defender ante sus amigos de la hora del té con pastas que todos somos maricones y que lo que pasa es que gana más la cobardía a la hora de enfrentarnos a ello. Una creencia muy común entre todos los gais que conozco, empeñados en librarse no sé de qué complejo, que los hace tener que equipararse con todos los demás, sea como sea, haciendo responsable al mundo de lo que ellos son incapaces de asumir, porque el mundo tampoco los acepta, probablemente. Yo vivo con la esperanza de que su conquista no fuera en vano y le dejara alguna huella. Al menos de frustración, por haber sido yo quien humillara su futuro profesionalmente. Pero se mostraba incorregible. Muy probablemente le traía al fresco. Admiraba en él su falta de ambición, que le hacía observar con una lucidez implacable el ambiente de aquel concurso plagado de jurados acosadores, profesores peores que padres de hijos únicos, banqueros en vacaciones y críticos musicales en competición también por ver

quién era capaz de articular un elogio más cursi. Pero Reginald no admitiría nunca sus flaquezas. Te hizo daño no porque se largara, sino porque te dejó desnudo ante otra de tus paradojas, quizás la más dolorosa de todas. Ésa que pocas veces terminas asumiendo, porque los amores homosexuales que has mantenido han sido muy inconstantes, muy esquivos, nada fieles, tormentosos, siempre sinónimos de sufrimiento y te han hecho preguntarte, una y otra vez, si no hubiese sido mejor no haberme topado nunca con ese ser sacado en formol de una película de James Ivory o una obra de Oscar Wilde. Al menos, colocó los pilares en ti de esa bendita fobia antianglosajona.

LENTO

Sigo de cabo a rabo con este Chopin insolente en la soledad de mi cuarto junto a la partitura de los *Preludios*... Los repaso cada noche, como una *Biblia* manoseada y arrugada por las humedades y las huellas táctiles de los fieles ignorantes y amantes del orden: éstos que me recuerdan quien soy. Dicen que tenía un mentón redondo, labios finos y estatura mediana, como yo. Dicen que domaba el piano como aquellos granjeros de Texas arrancan a latigazos cualquier atisbo de insolencia en los caballos salvajes. Yo no, yo reconozco que me dejo llevar muchas veces y así lo prefiero. El otro día, un crítico de los que entiende escribió que jamás iba a ser capaz de entrometerme en lo más profundo de su obra. Mejor, temes que no te guste lo que vaya a descubrir. No reconocerás esto nunca ante nadie. Son palabras y pensamientos que guardas para ti. Estás harto de defender la verdad del intérprete frente a la dictadura del compositor. Entonces, ¿por qué ya casi has logrado alcanzar los cincuenta kilos que él pesaba? ¿Por qué te has torturado con esta ilusión anoréxica sino es porque quisieras transmutarte en él? A los críticos no les entra en la mente lo de la verdad del intérprete. Les parece sacrilegio. Se aprenden la partitura y se envenenan con bibliografía previa de otros colegas en la que sostienen cómo debe ejecutarse todo. Nos quieren convertir en autómatas, fotocopias. No permiten que nos llevemos las creaciones a nuestro huerto. Resulta muy poco agradecido ser intérprete. Siento, además, un hartazgo que me amilana, y eso no debería ser así con los cuarenta y tres años que luzco y una carrera prometedora todavía por delante. León de Vega, pianista del siglo xx y a las puertas del xxi, referente en Chopin. Ha dado la medida de las *Baladas*, los *Nocturnos*, los *Estudios*, las *Mazurcas*, los *Valses*, las *Polonesas*... De sus sonatas, sus conciertos y, ahora, demuestra lo mismo con los *Preludios*, para que el espíritu del romántico íntimo y expresionista viva eternamente, amén. Eso no habrá crítico que lo refleje dos veces seguidas. Prefieren guardarse sus miserias entre ellos mismos. No llevarse mucho la contraria antes que reconocer arte donde lo perciban realmente. A veces coincide que sus sobornadores aportan grandes medidas en el escenario. Lo cuentan y parecen acostarse con la conciencia más

tranquila que cuando deben echar flores a la evidente mediocridad. A ti, nunca. A ti sólo los principiantes y los despistados te alaban. Has maldecido a demasiadas madres de críticos como para que te traten como mereces, como el Chopin redivivo que eres, como el hijo de Rubinstein y de Horowitz que te consideras al tiempo. A la mierda todos. Al carajo ellos y los suyos. Me han querido destruir siempre, por eso el reconocimiento de mi público les revienta los tímpanos y sienten los aplausos como puñales. De todos me río. Me causan una mezcla vomitiva de espanto y de esperpento: con sus énfasis, con su estilo literario muerto hace dos siglos y copiado unos de otros como si se tratara de recetas o diagnósticos médicos hechos a posta para que la gente no los entienda, para que sólo los disfruten los estudiantes listillos de conservatorio en cursos avanzados. Especial ojeriza tengo por ese Gustavo Magallanes, siniestro yapestoso. Escribió de mí: «Las versiones chopinianas que nos ofrece De Vega, pianista de talento probado para otros compositores menores en el repertorio del teclado, pero no por ello escasos de mérito, son, cuando menos, discutibles. Se aparta peligrosamente este artista del camino en el que reina la técnica para profundizar en los más negros vericuetos de este genio polaco. Apuesta De Vega por el dramatismo exacerbado como única opción para acercarse a Chopin y no consigue otra cosa que dejarnos fríos. Abusa en los pianísimos, alarga sus pisadas en los pedales en demasía y el resultado nos aleja de un mínimo denominador común que haga saltar las lágrimas, como por otra parte consigue con creces el gran Maurizio Pollini, cuya objetividad y perfección en su concepción chopiniana no tienen hoy competidor posible. Con su ejecución, León de Vega, entra en el club de otros manipuladores renombrados de este arte, que a costa de acercarse a sus terrenos presuntamente brillantes las notas del más grande autor pianístico de todos los tiempos, no hacen más que desvirtuar su legado». ¡A eso llamo yo tolerancia! Y qué engolado, qué enrevesado, qué pedante es el tío. Hasta para ofender se mete en florituras con lo sencillo que es ir al grano en esto: inútil, impotente, miserable. Así, sin más. ¿Ves? Aprende. Magallanes no pretende más que imponer el reino de la sagrada objetividad gris para todos, donde nadie destaque. Mediocridad. Franquismo sociológico instalado en las plumas de estos mequetrefes que pueden crearnos y destruirnos según les venga o según se les invite a los festivales y a los conciertos y se les trate a cuerpo de rey. Asco me dan. Lo que denota el comentario que me hizo esta bazofia, además, es ignorancia. Todos los que hemos leído algunas líneas sobre Chopin conocemos algo fundamental: dominaba el teclado como he empezado diciendo. Pero ése no era su fin como intérprete. Además, para

virtuoso, había ido a caer en la época de Liszt, el gran prestidigitador del piano, el de la mano rápida. No podía competir con él en eso ni en su *glamour* con el público, en su atractivo mefistofélico, su gancho sensual, que le convertían en un *sex symbol* también. Chopin no, Chopin no tenía presencia, más bien un aspecto enfermizo, consumido, que le daba aureola de atormentado sin remisión y no de sufriente con pose, caso de Liszt. Por eso, aunque sus composiciones llevan la marca del virtuosismo y la dificultad, van impregnadas, sobre todo, de la delicadeza, del sentimiento trágico de su existencia. Y eso fue lo que estiló en sus interpretaciones a lo largo de los salones de París, sobre todo. Si Polonia se convirtió en un referente revolucionario y nacionalista frente a la opresión rusa y prusiana que atenazaba a sus gentes, en París surgió como el gran compilador de los estados de ánimo universal que es ahora. Un gran curandero musical. Pues bien, a un hombre así no cabe interpretarle según veamos cada cual, debe ser mostrado con objetividad y perfección, según este tarado de Magallanes. Lo habrá pensado por efecto de la caspa que le queda en la calva peinada desde las orejas, sin ningún sentido de la dignidad ni del ridículo. ¿Qué representaba la perfección para Chopin? Nunca lo supo porque no llegó a dar la medida técnica de las piezas visionarias que escribía. Les confería sentimiento. Pero no dogma de fe en la técnica para su ejecución porque su capacidad interpretativa no llegaba a tanto como la compositiva. Aunque eso sí, se bastaba para arrancar lágrimas de aquellos rostros femeninos empolvados que iban a verle, lágrimas de cristal caro que se deslizaban entre los escotes de una floreciente burguesía crecida y los misteriosos canalillos de las hijas de una aristocracia pocha: aquel fruto maduro de un árbol recio antes de que los picaran las avispas del nuevo orden. Era perfectamente posible en él aquello porque conocía como nadie, con su habilidad de chiquillo mimado por su madre y sus hermanas mayores, el alma de las mujeres. Liszt no, Liszt sólo quería impresionarlas. Complacerlas a base de un extraño *aquelarre* urdido con música y sensualidad absolutamente satánica. La demostración de todo un Fausto amante y engatusador, a quien le gustaba colocarse entre las fronteras de la condenación, con esa, a veces, falsa solemnidad que despedían algunas de sus obras. Y a eso, en el caso de Chopin, a la honradez de eterno insatisfecho, de loco ajeno a la realidad, sobreprotegido y muy maltratado por sus amores, no conviene darle una visión personal, sostiene Magallanes. Y yo respondo: ¿dónde quedamos los intérpretes? ¿No podemos sentirnos libres? No vale la visión propia. Debemos acogernos a la santa objetividad. El pensamiento único también ha metido sus manazas en la crítica musical. Huyamos. Anda por todas partes, ya casi no vamos a poder morir en

paz, porque la vida se nos va escurriendo por los poros de este próximo siglo XXI que nacerá bastardo de ideologías, de hambre de luchas y de compromiso. En la era de adoración de la infamia, ya no digo mediocridad, porque hasta la mediocridad puede ser honrada. Digo infamia. Afirmo que la infamia, ese cóctel siniestro de grisura y sinvergonzonería, es el signo podrido de nuestro tiempo. Y contra la infamia, arte. Arte y algo de ironía fina. Eso es quizás lo que te ha conducido a obrar como has obrado con este hombrezuelo de inteligencia castrada y escasas luces, al que hay que oír hablar como un Castelar vacío de contenido, con su eterno traje gris revenido y ese tic nervioso en el ojo izquierdo que dan ganas de tapárselo con una mano para que no cause tanta repugnancia. Le acentúa ese barroquismo que no puedes soportar, plagado de defectos, de vericuetos. Recorté su crítica enterita y la guardé como oro en paño para que me la psicoanalizara mi querido Beltrán, el hombre callado, el guardián actual de mis secretos. No me ha sorprendido nada la conclusión que ha extraído de sus líneas. Dice que está enamorado de mí, algo a lo que yo, ni en el más corrupto de mis sueños, llegaría a aspirar. Ya he dicho que me repugna. Siento no poder corresponderle, por eso le he mandado un retrato mío en el que me he inmortalizado yo sólo con cámara automática, sentado al piano y desnudo, para que hurgue junto a la repipi de su mujer en sus territorios menos explorados. Que se la machaque a gusto. ¿Por qué no? Si saliera del armario no iría jodiendo por ahí al prójimo. Se folla poco y muchas veces metemos la peonza en el agujero equivocado. Le mandé la foto en un sobre, con unas pesetas como calderilla para agradecerle los favores prestados. Incluía una nota en la que le explicaba mi, a sus luces, extraño proceder. «No tengo precio como proxeneta de la bisexualidad. Mi analista y yo hemos llegado a la conclusión de que, por tus textos, no precisamente cervantinos y más en la onda de lo que han aportado a las letras españolas Corín Tellado o Benavente, sufres ciertos desórdenes sexuales. Así que, ahí va mi retrato para que te alivies, a no ser que quieras probar carne fresca. En ese caso, ante la imposibilidad de que yo pueda acceder a tus asquerosas pretensiones por razones físicas evidentes, no tendría inconveniente en proporcionarte varias direcciones donde encontrar lo que buscas. Siempre a tu servicio, León de Vega». Me dicen que su mujer le ha puesto de patitas en la calle. Algo que no me extrañaría nada. No me cuesta imaginármelo toqueteando jovencitos en los parques o a la salida de los institutos. Cerdo. Sabes que llevas encima su odio eterno y que puede perjudicarte mucho en tu carrera. Pero es el precio que debes pagar por ser fiel a la lucha ésta que llevas contra la infamia, en pro de un mundo más justo donde

habiten felices, por lo menos, los hijos de tus amigos. Cualquier día este fanfarrón, que ahora debe deambular por la capital con la cabeza gacha y alejado de los favores y las consultas de los ministros de Cultura de turno, te la devuelve. Aunque deben haberle dado la espalda: en los gobiernos no está bien visto eso de pedir consejo a los depravados y los pervertidos descubiertos, ya que impera el que cada uno se desfogue como le venga en gana pero en lo oscuro, ni siquiera en su casa. Cualquier día se presenta en el camerino y te abofetea o te asesina por una esquina tenebrosa. Da igual. Si hay que morir, más vale que sea por una buena causa. Ahora arrastrará sus abrigos oscuros y roídos por las redacciones en las que se presentará con el nudo suelto de sus corbatas estampadas de tonos chillones y su barba mal afeitada. Con su aspecto cochambroso de pobre de solemnidad, que engaña por la percha encorvada y sus camisas tomadas por el sudor de los sobacos, para que le den migajas a costa de infamias con que ganarse las lentejas. Así que, luciendo esa pinta de alcohólico o de ludópata, sorprende verle en los mejores restaurantes de la ciudad poniéndose como un sultán. Aunque eso te crees tú. Ya no. Aquello se va a acabar como norma porque ya no podrá vivir de su mujercita rica y más sosa que un portavoz del gobierno, como hasta ahora. Ella le ha dado con la puerta en las narices. Ya sólo le veremos por Horcher y a la caza de los potajes de Lardhy o de las migas de Jockey, Viridiana y Zalacaín cuando le inviten. Siempre de gorra o atento al compromiso de alguna discográfica importante que le compre unas líneas por el precio de un vino de reserva y un pescado fresco al horno. Tacaño. Comilón. Basurero. Es preferible la discreta contundencia de tu Baltasar del alma. Él sí que afina el juicio. Sólo he conocido tres críticos honrados y he debido toparme con tropecientos, en quince años que llevo ganándome la vida dentro de esta carrera de fondo y de saltos, este maratón sin ley ni pies ni cabeza, salvo la de uno mismo y la de alguno más. Uno fue Salvador Rodríguez Basauri, literario, otro, José Subiela Marcos, de cine y, por último, Sergio Cadalso, taurino. Tiene narices. Ninguno de los tres tenía nada que ver con mi negociado. Un trío ajeno a la música. Supongo que no habrá escritor, pintor o cineasta que los nombre, los recuerde en sus memorias con líneas amables o los tenga en sus oraciones porque habrán repartido leña a diestro y siniestro. Lo han hecho, lo sé, pero nunca a gastos pagados, nunca a mantel puesto como todos estos farsantes del mundo de la música, que no tienen vergüenza, decoro, ni temor a nada porque se erigen en popes y nos tienen a todos agarrados por donde más duele. Hay que morirse para que te santifiquen. Cuando yo la espiche, no quiero que hablen bien de mí porque será el remate y el colmo de la hipocresía. Porque para hablar bien

de mí, cuando me metan en el hoyo –no en el hoyo, no, quiero que me quemem para que me lancen al aire y así me lo pueda follar, para que de una vez por todas pueda atinar a chingarme algo carente de género–, cuando ande por el otro barrio, decía, no me sale de los cojones que estos maulas me cuelguen medallas y canten alabanzas a mi arte porque para eso tienen que cobrar y yo no quiero que mi memoria sea la factura de fin de mes menos impuestos de todos estos hijos sarnosos de la gran puta. Que no. Tampoco crean que esa *boutade* de la foto que le mandé al cabrón amoral de Magallanes viene a ser mi estilo. A mí me gusta también tenerlos contentos. A mí me gusta el «jijiji» «jajaja» de puertas para fuera para luego masacrarlos con los del gremio y hundirlos cuando alguien me pregunta si me parece bien o mal que los propongan como patronos de no sé qué teatros o no sé qué fundaciones. Esas alimañas deben quedar fuera de este mundo. ¿No dicen que son independientes...? ¿Qué van a hacer? ¿Coger del cazo como cualquier otro hijo de vecino de los que roban sin hacer daño a nadie? Ni hablar. Para eso, que caigan de rodillas antes de llevárselo. ¿Qué pretendes? ¿Dejar que te pongan verde en esos cónclaves de brujos negros organizados en los festivales alrededor de langostas que no les cuestan un duro de su sueldo? ¿Qué se te calienten los oídos mientras se jalean entre sí a ver con quién te cabreaste más por tal o cual reseña? Eso lo aprendí después de una conversación con esos tres amigos que salvé antes de la quema. Lo hice de una manera totalmente arbitraria, claro, porque inciden en todos los defectos de sus colegas: la soberbia, el egocentrismo, la papanatería, la chulería, la falta de medida y humildad. Cualquiera diría que los artistas son ellos. Un día fanfarroneaban entre los tres de los enfrentamientos con figuras en sus respectivos gremios ante las risas, los asombros y los elogios de los presentes. Uno, ya ni me acuerdo cuál, comentaba como fulanita de tal, llorando tras la presentación de su libro o su película, le rugió ya con muchos whiskies encima, que algún día, no sabía cómo, le pagaría el haber sido la causa de su ruina sentimental. Al parecer, rompió con su mujer y dejó de vivir con ella y sus hijas después de no poder soportar por más tiempo discusiones que siempre partían de tesis basadas en sus críticas. Ella le decía que sus peros y sus palos llevaban cierto punto de razón, mientras que él se obstinaba en seguir buscando caminos propios. Un director de cine era, ahora ya me acuerdo. Porque nunca se me olvidará la cara de cínico de mi amigo José Subiela cuando, tras la ruptura, elogió la primera película de aquel pobre diablo. Producto decía, de un viaje por las simas del alma que le alejaba de los manierismos *kitsch* y vacíos con los que solía alegrarles la vida antes y que tan rico le habían hecho al socaire de esa moda asquerosa impuesta en España por

algunos cineastas. «Curiosamente, su vida ha tenido que ser un verdadero infierno para que se convirtiera por fin en un director interesante», contaba Subiela, con el hilo musical que le proporcionábamos nosotros con nuestras carcajadas de amigotes en pleno compadreo cruel de la desgracia ajena... Pero aparte de estas demostraciones de frialdad en el alma que todo crítico debe cultivar –si no, sería incapaz de sobrevivir en su propio mundo–, no puedo ver en ellos, en mis tres amigos, ese rasgo de superioridad tan común a los demás. Esa serpiente de su anatomía psíquica que les hace arrastrarse ante nosotros con la obsesión de escalar a nuestras alturas, la de los artistas. O a nuestras bajuras, a nuestras simas, ésas en las que verdaderamente escarbamos durante muchas horas de sufrimiento, oscuras siempre, aunque luzca el sol, para que florezca, estalle, escupa y eyacule nuestro talento. Ese egocentrismo cerril que sólo les hace hablar de ellos mismos como si sus textos insignificantes, paridos a destiempo, tarde, mal y nunca, fuesen mejores que la lucha y el diálogo que nosotros, los artistas, mantenemos con la creación. No hay cosa más patética que verlos y oírlos escuchándose a sí mismos y recitando ante colegas las críticas propias como si aquellas fueran cimas más altas en sí que la obra de arte que deben juzgar. E intercambiándose como agendas nombres pomposos de gente que les había leído en tal y cual ocasión y que, claro, los había felicitado, no faltaba más, o, mejor, los había querido apuñalar, que aporta casi más brillo y más lustre. Porque no hay triunfo mayor entre esos miserables que el agravio, ese sustantivo infame que debería desaparecer de los diccionarios y que ellos celebran con los juegos florales de sus babas, como el premio máximo de su inmundicia. Pobres desgraciados, nunca nos llegarán a la punta de la uña del pie.

ALLEGRO

Allegro, allegro en mi bemol menor, envuélvete en el piano, enrólate en el piano, déjate llevar, pero mejor con alguna sustancia, bajo el manto creativo de la marihuana, a caballo de las cuádrigas benhurianas de las rayas de cocaína, no, no te gusta la cocaína, pero ¿quién piensa que las drogas son sólo parte del circo de los rocanroleros? ¿Qué pasa? El hecho de que nos vayan a ver vejestorios abonados y niñitos bien no quiere decir que nuestra soledad y nuestra ansia no necesite atenuarse con drogas. Mierda. Hipócritas. Te envuelves en el allegro, alto, piano, bajo, sube, vete. Ya mi mano izquierda no sabe lo que toca y tu mano derecha debe tomar las notas de mi mano izquierda y viceversa. Sería un hito hacerlo delante del público. ¿Cómo suena? El mundo al revés, un trabalenguas dadá, trabadedos, trabaoidos, una broma expresionista. A Chopin le gustaría. Magallanes no pararía hasta verte debajo de un puente. Tienes brío con las dos manos, eres ambidiestro, ambisiniestro, bisexual, anecdótico, malo: odias y por eso puedes crear, pero eres un cobarde porque te asustan tus propias invenciones. Si viviéramos en los años veinte, lo que te asustaría es no enseñarlas, pero ahora ya hemos enlatado la provocación. La provocación es un signo distintivo, nos hemos acostumbrado a ella, la vendemos bien. No podemos presumir de drogadictos, de alcohólicos, de adictos al bullicio, a la orgía de amor, de arte, de sexo por sexo. Nos miran mal mientras disfrutan y comentan con los amigos esos estudios de las vanguardias que los hacen admirar con la boquilla a aquellos astros provocadores que hoy echarían de sus casas si los vieran entrar en sus guaridas con sus hijas de porcelana, de mírame y no me toques y haz un máster con los jesuitas, con el Opus, con la Massachusetts University o el Institute of Technology, para que se convierta en una puta liberal. Allegro. ¡Qué asco! ¡Qué ruina! ¡Qué mundo! No enloquezcas más con el allegro, alégrate. Allegro de alegría, no de sarcasmo cruel. Lárgate si no puedes con él, si te vence, si te desvanece, si te come y te carcome la moral.

SOSTENUTO

No sé si fueron los críticos los que me alejaron de la música contemporánea definitivamente o si fui yo en un acto soberano conmigo mismo, por respeto a mi dignidad artística. La música contemporánea: esa antigualla. Nuestros sucesores no nos recordarán por Stockhausen, Pierre Boulez, Luciano Berio o John Cage. No. Y los anales tendrán que homenajearnos a cuantos huimos de ellos. Nuestros sucesores nos rendirán honores por haber contribuido a desenmascararlos, por haber hecho cuanto estaba en nuestra mano para borrarles de la faz de la Tierra, por limpiar con lejía su insidiosa obstrucción en el arte. Fueron los sicarios de Magallanes quienes no dejaron de recordarme durante años al principio de mi carrera que debía atreverme con el siglo xx: desde la segunda escuela de Viena, con Schönberg, Berg y Webern a la cabeza, a estos discípulos suyos sin alma, que no voy a volver a nombrar. Los odio desde que mi madre me los definió así: «León, no te aficiones a estos compositores modernos si quieres que alguien se lleve un recuerdo tuyo cuando te vayan a oír tocar. Esa música se olvida, se va, no queda, no sirve para recordar, ni para amar». Me llegó tanto esa observación que desde entonces no he podido con ellos. No sé si su influencia me ha cerrado caminos de experimentación. Puede. Aunque creo que no. Hoy en día resulta más experimental explorar a los grandes que poder con esos monstruos malignos, esas pesadillas de la razón. Escojan a cualquier contemporáneo, se puede improvisar constantemente: nadie se dará cuenta. Todo es destrucción, todo son agresiones al público; se destroza la sacrosanta comunicación, los receptores de nuestro arte se ven huérfanos de expectativas y pierden la atención. Se aburren. Logran, por tanto, lo más retrógrado que te puede ocurrir en una sala de conciertos. Porque el aburrimiento causa, a veces, indiferencia; otras, ganas de huir. Precisamente, lo que no necesita el arte. Lo apunta de manera brillante Alessandro Baricco en *El alma de Hegel y las vacas de Wisconsin*. Casi sobra todo lo que yo aporte. Su valentía me pasma. Su honestidad al dejar claros varios puntos de vista: al recuperar a Puccini y a Mahler como auténticos innovadores del siglo xx, como corrientes de transmisión de emociones o arquitectos de la espectacularidad en la música, por ejemplo. En estos tiempos de tendencias

marcadas en nuestro pequeño, antiguo mundo musical, queda mal visto el eclecticismo. Resulta al contrario que en el resto de las artes, donde precisamente es ese rasgo el que manda. Y quienes nos negamos a seguir reivindicando como nuevo algo inventado hace décadas agradecemos que se dé. Por los caminos y las agitaciones de ese revuelto aparecerán nuestros genios futuros. De dicha variedad aceptada, tolerada, de esa guerra a contracorriente. De ahí salió un Picasso, que irrumpió en el arte más o menos con el siglo. ¿Qué equivalente vendrá a salvarnos en el XXI? Te contradices y gozas con que sea así. Picasso rompió un lenguaje. Schönberg y sus secuaces a principios de siglo también. A Schönberg, al fin y al cabo, lo respeto, pero no quiero interpretarlo. A Schönberg y a toda la escuela de Viena, pioneros en eso de organizar la armonía como una alambrada retorcida que no puedan traspasar los pobres mortales. Pero todos los que siguen después de él esas corrientes destructivas que surgieron en Darmstadt o con el salvaje y altivo Boulez tras el apocalipsis de la Segunda Guerra mueren ahí. Eligen un callejón sin salida. Si en algo resulta bueno que se haya construido, es que tiene un final y se alcanza pronto. Lo más sano: volver atrás y buscar otro. Volver a Bach. Aunque no como esas momias dogmáticas de la corriente auténtica, la que reivindica tocar el barroco y la música antigua como se hacía en su época, con instrumentos y maneras de entonces. En esa ilusión de la vuelta al pasado se fraguó el fascismo, con esas fantasías de grandezas de antaño se han pisoteado pueblos y culturas. El invento del señor Nikolaus Harnoncourt y otros en los años cincuenta y sesenta, hoy, apesta a sectarismo y muchos de ellos lo saben. También es normal que se parapeten en sí mismos, como los primeros cristianos, que se hicieron secta para protegerse de la Roma imperante, porque igualmente han sido perseguidos. Y mucho. Sobre todo en los primeros tiempos, cuando Herbert von Karajan, otro fascista relamido, les declaró la guerra y los vetó en Salzburgo. Lógico, reconozco, es que los pianistas concretamente nos movilizemos contra un movimiento reivindicador de una música nacida antes de que se inventara y desarrollara a fondo nuestro instrumento. Supone implícitamente su ninguneo, su desprecio. Lo sé. Pero es que mi guerra, mi visión, va más allá de los corsés y las modas impuestas aunque no veas más allá de un romanticismo recalitrante. ¿No llevó el romanticismo a Hitler, como dice Rüdiger? Da igual. No. No. No da igual. Lo cierto es que la música prevalece sobre todas las cosas, incluso sobre los instrumentos para los que fue escrita. Si Bach emociona más a estas alturas con la caricia elegante y cristalina de las teclas del piano que con la confusión de los clavicémbalos –esas piezas de museo de sonido hosco, agudo y atropellado, de

anciana beata, de vampiro ocioso en mitad de la noche de los tiempos—, yo no tengo la culpa. Como tampoco la tengo porque la gente prefiera casas con calefacción a hogueras para calentarse las manos. Es el progreso. Yo, por otra parte, siempre vuelvo a Bach. Pero en clave contemporánea: para públicos de hoy, no para audiencias con peluquines de Luis XIV, maquillajes blanquecinos, conspiraciones en la corte y kilos de rapé por las narices. Aunque, obviamente, lo de las conspiraciones en la corte continúa y lo de los estimulantes por vía nasal también resulta algo muy de hoy. En fin, digamos que no hemos cambiado tanto. Más a mi favor: que nuestra responsabilidad es precisamente no anclarnos en el pasado, sino reivindicar el futuro con ellos, cambiar y romper barreras. Reivindico a Bach como mi guía. Quiero recorrer con él todos los caminos que conducen a algo. Los *Preludios* de Chopin, por ejemplo. Hijos y dignos herederos de Bach. Los transito, aunque me vayan a volver loco, aunque me hagan perder la razón. En cuanto a los más cercanos, llego hasta Prokófiev, Shostakóvich —Stravinski, incluso— y, desde luego, Rachmaninov. Rusos, fíjate tú que mala pata. Ahí me apeo. Ahí regreso a casa. Sé que soy un bicho raro y una especie de náufrago a la deriva en este mundo de verdades tiradas por el barranco y mentiras elevadas a la categoría de hechos indiscutibles. En este mundo de pensamiento único, insisto, yo rememoro aquello de mi madre sobre los contemporáneos: «Esa música se olvida, con ella no se puede recordar ni amar». ¿Cómo cojones vas a tararear a Stockhausen? Al menos, en defensa de los cruzados de la raíz antigua admito que su música sí se puede recordar y resulta propicia para el amor y el juego. Mi madre es una persona sabia. Posee sexto, séptimo, octavo sentido. Si de algo me arrepiento en esta vida es de sentirme tan alejado de ella. Pero sigo a Freud, a Dalí, ese farsante tan lúcido, tan brillante: para liberarnos debemos matar al padre. Y yo digo, al padre, a la madre, a los hermanos. La libertad total está en la ausencia de cadenas afectivas. Recuerdo *Azul*, la película de Kieslowski, tan elocuente en dicho sentido. En ella reina la música, qué curioso. Lina, mujer que lo pierde todo —y a todo me refiero por su familia—, busca sentirse libre de su dolor. Quizá la metáfora represente la ruptura de cadenas más utópica. Al venir de un polaco —recuerden, esencialmente católicos, aunque no necesariamente crean— como Kieslowski, no me extraña que eso se convierta en una quimera. La libertad es el mundo sin dolor. El paraíso con la música como trasfondo. ¿Por qué se empeñan en romperla? Porque vivimos en un mundo de sufrimiento que la propia música refleja. ¿Por qué debe ser así? Niego la mayor. Nos tiene que servir para acompañarlo, no mostrarlo. Nos tiene que servir para superarlo. Es el salvavidas,

pero no el ruido que nos lo desmenuza y nos causa más dolor si cabe. Por eso detesto la música que llaman *contemporánea*. Porque es dolor. Porque no nos ayuda a escapar. Porque es una trampa infernal, hija de un egocentrismo que sirve para despreciar a quienes no la entienden, a los que no se identifican con ella. Casi todo el mundo. Y porque es caduca. Puro dolor sin regocijo, sin consuelo. No nos lleva a ningún sitio, no nos satisface, no nos hace mejores: nos exaspera y consigue que te entren ganas de machacar al prójimo, más si le ha gustado. Mueran los contemporáneos insolidarios y revestidos de artificio. Abajo su música intelectual. Qué horror. Su música intelectual que sirve para construir una torre de marfil para sus urdidores. Una torre de marfil desde la que nos predicán su profecía: «Estamos cincuenta años adelantados, por eso no nos entienden». Y cuando se han pasado de largo esos cincuenta años y seguimos sin entender, ¿qué? Eh, ¿qué? Patrañas. A Beethoven tampoco le comprendieron. La primera vez. La segunda ya fue otra cosa. Inmediatamente se intuyó su genio. Lo explica muy bien Héctor Berlioz, ese hijo artístico suyo francés, tan insignificante en comparación al alemán. Dice, cuando analiza su obra, que en Francia costó hacerla entrar, pero rápidamente se le incluyó en el club. No tardó setenta años en conectar. Y eso pese a que muchos proclaman que fue el inventor del ruido. Bestias insensibles. Viva la *boutade*. Vivimos en la época de la *boutade*, del eslogan. Cuantos más eslóganes y más *boutades*, más prestigio social e intelectual. ¿Beethoven, inventor del ruido? Ni a tiros. Más bien inventor del silencio musical. Sordo, imaginar todo eso y sordo. Eso sí que es acompañar el dolor, no renunciar a él porque resulta físicamente imposible. ¿Alguien conoce castigo mayor para un músico que quedar sordo? Yo no. Mi madre me presentó a Beethoven y aunque sólo sea por eso debo estarle eternamente agradecido. Decía de mi madre que tiene sexto, séptimo y octavo sentido. No he desvelado mucho más hasta el momento porque ella es uno de los recuerdos más sublimes y dolorosos de mi vida. Salí del seno materno para quedar aprisionado en él a distancia mientras no tuve uso de razón ni conciencia de mi libertad. La amo y la odio más que a nada en el mundo. Lo de mi padre nos separó, nos hundió. Nunca quisiste entenderlo. Ella sí y tú, en cambio, decidiste huir de buscar explicaciones, razones. Porque eso te arrastra. De ahí que hayas recurrido a esa película, *Azul*, porque precisamente encuentras ahí lo que buscaste al descubrir que de la vida se puede escapar voluntariamente con la muerte en primer grado. La muerte soberana, no sujeta a las reglas de Dios, de la madre naturaleza y de los demás. Por eso también, quizás, nunca has mantenido una relación amorosa estable. Porque no estás dispuesto a pagar con dolor su

continuación. Huyes de él. No quieres que te lo expliquen: deseas que desaparezca. Mi madre mantiene esa apariencia de serenidad hoy, más que nunca, pero dentro sigue siendo un torbellino. No encuentra tabla de salvación en lo religioso como otras mujeres de su edad, ya superados los setenta, aunque guarda con maestría de bruja las formas. No encuentra razones válidas a la desgracia y se subleva contra la decisión más consciente, más coherente, quizás –ahora que lo he visto también con el paso de los años–, más insobornable que tomó mi padre en vida: la de su propia muerte. Yo lo acepto porque lo quería. Lo acepto hoy. Ayer, no. Mañana... No lo sé. Si las cosas hubieran quedado claras... Ella se siente también culpable. Más que nadie. Más que él mismo. Sé que se levanta cada mañana con ello en la cabeza y que se acuesta también dándole vueltas. Es su último y su primer pensamiento. Su trauma. Ningún psiquiatra ha conseguido ayudarla: todo ha sido tiempo perdido, tiempo negro, que no ha hecho más que confundirla hasta el límite. Porque no es la desgracia y el vacío lo que cuenta, sino la culpa. Me pasma, sin embargo, su aspecto de dama distante, la extrañeza y el asombro que causa en su entorno de porcelana, pieles y señoras viudas, con cartas y juegos de mesa en las tardes de invierno, cafeterías de tertulia mañanera y vespertina. Reviste su dolor con tintes, anillos y esmaltes. Ya, como un pincel, sabe todavía resaltar sus rasgos marcados por las arrugas asumidas –nunca ha querido hacerlas desaparecer con cirugías– como la más coqueta. Usa el mejor perfume. Luce los relojes más caros y esos bolsos de importación que tanto le gusta que le traigas de China o de la India, con pelajes dignos que no son los suyos. Ella es un vertedero por dentro, aunque sus ojos verdes y el moño dorado la adornen y espanten el olor por fuera. Un vertedero regado de ginebra, whisky y coñac. Aunque no se haya convertido en alcohólica. No. Sólo que en la familia siempre ha sido tradición que las mujeres más mayores se tomaran una copita después de comer. De algo fuerte. Nada de licores edulcorados como ésos que están tan de moda ahora en los restaurantes cursis. Hay que verla por la mañana, al levantarse. Y hay que fijarse después cuando sale de casa. Se esculpe cada día, es un milagro digno de Miguel Ángel. Pero lo hace con naturalidad, sencillamente, lo que todavía le aporta más mérito. Unos polvitos, un cepillo bien manejado, un pintalabios discreto, su buena ropa perfectamente conjuntada, sus zapatos de tacón mediano, el bolso a la altura del codo, el pañuelo de marca entre la garganta y el pecho en invierno, y a la calle. Me pasma cuando ando metido en su casa. Pocas veces... Algún día, cuando se me olvidan las llaves y no puedo entrar a la mía: bastante a menudo, por cierto. Pero no siempre acabas allí. Te emborracha el olor a madera noble y a alcanfor

de los armarios. Te tropiezas siempre, irremediablemente, con alguna mesita donde tiene enmarcadas en parafernalias de plata esas fotos espantosas en las que sales vestido de primera comunión, dándole la mano al Rey en alguna recepción o después de algún concierto. No puedes soportar los fogonazos de tu vida en imágenes. Te gusta recordar con música. Por ejemplo: la niñez con nanas; el colegio con esas canciones religiosas y el órgano, la única aproximación a lo divino que has experimentado en tu vida; la juventud como un bicho raro peleándote en el piano con Mozart, Bach, Beethoven y Liszt en los últimos años del conservatorio... Unos autores que luego te quitabas de la cabeza en las discotecas con un poco de *heavy metal*, con los Rolling Stones, la hierba, tantas chicas monas que querían follarte contigo por el hecho de tocar el piano en las fiestas. Este último año te gustaría recordarlo con Chopin en la cabeza y en las manos. La vida de uno resulta demasiado dura como para que quede fosilizada en objetos. Se debe llevar por dentro, en la memoria, ese marco que no es de oro, ni de plata, ni de caoba; ese marco fundido con la sangre que bombea al cerebro, el dolor, el esfuerzo, el sacrificio solitario, el placer y el semen. Otra noche sin llaves das con tus huesos en cualquier hotel de mala muerte, con lo que agarres por la calle. Un hotel de éstos con recepcionista tullido y mal encarado, con sereno de camisa de algodón y cuadros, bigote y paquete de cigarrillos negros que deja su atento repaso minucioso al periódico del día, que muere para atenderte en la cueva fría, adonde acudes acompañado de los espectros que encuentras de oferta en la calle. Un día te van a dar un susto. Deberías ser consciente. Pero piensas: ¿hay mejor muerte para un músico devoto de Chopin que una rápida, joven y por enfermedad? Sabes que puedes encontrarte con alguna desgracia de nuestro tiempo en cualquier esquina de las que frecuentas, pero no te importa y no piensas evitarla si algún día se presenta antes de lo esperado. Porque los músicos sobrevivís en las memorias más que los pegasellos. No temes una muerte rápida. A veces la anhelas. A veces sabes que anda en una de esas caras de las que saltan los pómulos como escudos, que la muerte se esconde tras los pantalones anchos, rellenos de hueso y aire que te esperan en un cruce. Y en el placer suave y firme que penetras en la habitación de esos hoteles donde te escondes de lo que eres o de lo que han querido hacer de ti. La muerte, según crees, no debe limitarnos la vida. La muerte o el miedo a la muerte, da igual. El miedo a la muerte es la muerte misma, porque ese verbo definitivo, una vez se alcanza, deja de parecer siniestro. La muerte vivida es lo que asusta; la conciencia de la muerte, lo que no deja vivir. Tu miedo a la muerte se pierde precisamente en la seguridad de que ella misma en sí no es nada, sino

vacío. Lo he sentido. He padecido miedo a la muerte y he vivido ese terror, esa angustia. En la música, sobre todo, en los réquiems que tanto me sobrecogen pero tanto me reconfortan: el de Mozart, el de Verdi, Brahms, Fauré... Esos cuatro más que ningún otro. Me proporcionan paz, sosiego, porque son obras hechas por el dolor de los hombres, no como plegaria divina, al menos así los siento. Las intenciones de sus autores pueden ser otras. Pero ésa es la verdad que yo adivino tras ellos. O en esas marchas fúnebres de Chopin, en la *sonata segunda*, en el *preludio sostenuto*, número 15, largo, siniestro, pavoroso y reconfortante al tiempo. Música de alma aterrada. Él temía más a la muerte que yo. Y si algo me asusta es no temer demasiado. No sufrir tanto como él y no comprender, por tanto. No profundizar. Aun así, denuncio el miedo a morir. Prefiero la vida, aunque entiendo a los que viven sin vivir con la presencia de la dama negra detrás. Yo no creo en nada que nos pueda salvar, y superar el miedo a desaparecer me ha costado muchos sudores. Para perderlo lo he sufrido, pero quizás ahora ha desaparecido en mí porque temo más a la vida, a esta soledad errante de la que sólo me salva la música. Me pregunto si mi padre, antes de irse, llegó a esta misma conclusión. Si te lo preguntas, ahí lo ves: sigues teniendo miedo a la muerte. Quizás. La inconsciencia no nos hace libres. Al contrario, nos convierte en desconfiados. Yo recuerdo haber hablado mucho del asunto. Ahora prefiero otros temas. Aunque resulta sano saber lo que creen otros. Me impresiona sobre todo el terror a la fragilidad. El ser consciente de que puedes caer en cualquier esquina. Sin presentimiento. Ir por la calle y fuera, ya. El accidente, la desaparición súbita, traidora, la que te destruye y destroza más a quienes aquí dejas. Si a algún miedo temo es al del sufrimiento de los demás. Por eso, también me quiero sentir libre de ataduras. Dejar que mi madre se vaya antes, para ahorrarle más padecimientos. Sería imperdonable por mi parte hacerla morir en vida lamentando también mi ausencia. Pero eso no lo puede remediar una caída traidora, de esas frías y estúpidas que te convierten en víctima de la propia fragilidad. Como el terror que parece se apodera de uno cuando tiene hijos. Otra de las razones de mi soledad. Dicen quienes son padres que crecen de golpe al ver por primera vez a sus hijos. A partir de ese momento, atisban el peligro en cada esquina y quieren ahorrar esa inseguridad a los suyos: protegerlos. También porque resguardándolos a ellos de todo peligro se guardan del dolor que les ocasionaría su pérdida. La muerte del hijo es la más dolorosa en vida porque resulta una venganza atroz de la madre naturaleza. Nada de un favor de Dios, sino un signo de su retorcimiento y una prueba de que el azar puede resultar cruel, sádico. No tengo derecho a dejar que nadie sufra por mí de la

misma manera que temo sufrir por los otros. Y eso que a veces el dolor rige como norma y sentido en la voluntad soberana de los demás. Una elección. Los hay que desean llorar por ti. Somos presidiarios de ese masoquismo cristiano. No lo podemos remediar. Dos mil años de cultura del sufrimiento, de valle de lágrimas al precio de una vida eterna. Menuda estafa. Cuando merodeas el hoyo no puedes pedir cuentas: por eso detesto más que nada la religión. Porque es un chanchullo que juega, que extrae mercancía del dolor. Porque me parece un analgésico del alma que no cura realmente las enfermedades, las posterga para la eternidad. Y porque lo saben y, aun así, lo ocultan. Detesto incluso a los *Santos Manueles, buenos y mártires*, conscientes del engaño, de la patraña, pero que consienten y avivan las creencias sobrenaturales para que los tontos se sientan felices creyendo que existe algo intangible, indemostrable, sólo medido por el precio de la fuerza de la fe, esa que mueve montañas y lagos y pasiones y también produce matanzas y desgracias y aberraciones en nombre de Dios. Dios, esa farsa. La muerte no es propiedad suya, sino de los hombres. No capricho de un ser inasible —¿he dicho *ser*? Un ente, más bien—, inapelable, cruel, mezquino, bárbaro, violento y misericordioso en la derrota de sus enemigos, en nombre del cual los hombres han cometido, cometen y perpetuarán grandes desmanes, guerras. Suscribo como nadie al gran Fernando Vallejo, ese iracundo autor colombiano, cargado de razones precisamente fruto de la sinrazón, cuando blasfema. Pero te estás yendo por las ramas de tu rabia, de tu propio infierno, y en ellas habita la música de Chopin, de Bach, de Beethoven, de Brahms, de Schubert. No las de la pirueta intelectual, aparentemente brillante y verdaderamente patética de esos pagados de sí mismos que continuaron el destrozo, el asesinato lento del arte. Me acuerdo ahora de Jean Paul y nuestras disquisiciones. Acabaron de nuevo en soledad, en vida rota. Me da igual. No estoy dispuesto, ni lo estaba entonces, a convivir con un asesino de armonías, porque destrozan el sentido del arte y la vida. Y eso que durante muchas horas, con Jean Paul, fui feliz. Sí, horas. La felicidad sólo podemos medirla por horas, no dentro de otros parámetros. Si no, se torna insignificante, ridícula y digna de tirar la toalla. Me viene a la memoria también el maestro Müller, a quien le debes el cincuenta por cien de mi vida artística. La otra mitad me la debo a mí. El maestro Müller me enseñó la técnica de la escuela centroeuropea o me abrió a los grandes compositores alemanes, sin parangón en el mundo, según él. Me implantó la vida férrea del artista, la disciplina, que yo luego he aprendido a compaginar con placer por lo que hago y que, por tanto, así me ha salvado. Si hubiera seguido sus pasos, me habría convertido en un monje guerrero del piano,

como él, a quien machacó la vida por creer demasiado en sus ideales nazis. Lo descubrí después, nunca hablábamos de política. Cuando yo era un adolescente fascinado por los primeros cincuenta años de la historia europea, que se van pareciendo dramáticamente mucho a estos principios de nueva era –vaya por delante esto, o por detrás, da lo mismo–, le preguntaba a menudo al maestro Müller sobre su país y la Segunda Guerra Mundial: acerca de aquella paranoia nacional de sangre, violencia, luto, destrucción y rito diabólico. De aquel verdadero apocalipsis. Siempre me contestaba lo mismo: «Cuando a un país se le humilla puede sacar lo peor de sí mismo». No decía más. Luego se sentaba al piano y generalmente entonaba con las manos algún movimiento triste de una sonata de Beethoven: «Su salvación», decía. Supe más tarde de su pasado nazi convencido y su búsqueda de refugio en la España franquista, como el de tantos otros. Aquí se le aprovechó como el gran maestro de piano que fue, lo mismo que vamos adoptando talento de los países del Este ahora. Los resquicios del totalitarismo perviven: ¿se multiplicarán? Qué miedo. Lo de Müller, me lo confesó un compañero de colegio que comulgaba con esas atrocidades. Recurrí a mí para ver si lograba convencer al maestro de que los ayudara a organizar su grupo ultraderechista en plenos años setenta. Yo, que entonces ya destacaba por mi brío, le partí la cara, para usar sus propias armas, digamos, y le advertí: «Asesino de mierda, no se te ocurra volver a dirigirme la palabra y apártate del maestro». Le recuerdo bien... Sus dedos escudados contra la artritis, el pulso firme cuando marcaba los compases, el cuello estirado, protegido por un pañuelo estampado de seda o de cachemira. Fue un correcto fumador al que se le adivinaban las canas de un pasado rubio entre los ojos azules y aguados por el llanto de las equivocaciones perpetradas por tanto fanatismo. Vivía sus años de arrepentimiento profundo, refugiado radicalmente en la música alemana. Su estudio le susurraba al oído piedades y sentimientos de integridad humanista, no como en aquellos años treinta y cuarenta, cuando el nazismo la ensució utilizándola para sus más abyectos fines. Su ideología, sus errores de entonces me siguen produciendo arcadas; sin embargo, él representaba la esencia, el magma de mi alma de intérprete, mientras que Jean Paul, mi amado Jean Paul, francés, refinado, inteligente, curtido con sus clásicos literarios universales, amante como yo de la ópera, fascinante en su conversación rica, lúcida, llena de matices, con análisis y visiones originalísimos, me sacaba de mis casillas con su arte vil y sus composiciones sin sentido. Llegamos a convivir dos años, cuando yo tenía muy centrada mi carrera en Francia. Se mudó a mi casa parisina, que ya no conservo, aunque, para mí, París es el pulmón adonde acudo periódicamente

para respirar cordura y alimentar mi fe en el hombre. Poco a poco fue invadiendo mis armarios con su ropa excéntrica, comprada a partes iguales en el rastro de Las Pulgas y en Versace. Lo mismo que la adquiría sin ton ni son, la mezclaba con idéntica filosofía: la del desorden, la de la falta de armonía. También fue llenando las estanterías con sus partituras infames. Quedamos en que utilizara mi piano cuando yo no estuviera en casa, para no tener que sufrirlo. Por el contrario, él soportaba muy bien mis interpretaciones y mi repertorio clásico, barroco y romántico. Fue la época en que yo la tenía tomada con los *Estudios* y los *Nocturnos*. Estos últimos nos proporcionaban pulsiones sexuales muy placenteras, por otra parte. Yo ahondaba en Chopin y él, en Berio. Mi vena chopiniana representa gran parte de mi capital artístico. En cambio, era una especie de monstruo de feria para el maestro Müller, por resucitar un compositor tan afrancesado, tan emperifollado, tan manierista, según él, plagado de adornos que despreciaba debido a su obsesión por descubrir la esencia, por ir al grano... De la misma manera, pensaba yo, que sus inspiradores intelectuales en su exterminio del pueblo judío: sin rodeos. Ahí está la prueba de que a veces es bueno gustarse, adornar, dar vueltas porque eso proporciona tiempo para pensar, para meditar, para disfrutar más. Así se mata menos. Nada sobra. Está visto. Pero lo que decía, que habíamos pactado Jean Paul y yo no cruzarnos en casa mientras cada uno anduviera con lo suyo. Y a mí, poco a poco, me fue entrando una angustia que manaba de mis pulsiones irracionales. Pensaba que si había tomado posesión de mis librerías, de mis armarios, malo. Mientras él buscaba sus inconformismos yo me mostraba cada vez más clásico. No me gusta nada llamar la atención, ni vestir como un vagabundo, como son muy dados a hacer los pianistas rusos, los pobres. Yo prefiero no dar la nota. Pensé que si todo eso ocurría, mi piano también iba a caer carcomido por sus garras, desafinado irremediablemente por culpa expresa de sus recursos atonales, antiarmónicos, presuntamente rompedores. Por tanto, en su ausencia, durante mi horario creativo, invertía yo más tiempo en limpiar el instrumento con trapos y sustancias antiparasitarias y en afinamientos minuciosos que en el estudio de las piezas. Sí, desde que se apoderó de mí aquella sensación, Chopin no me sonaba igual, Beethoven tampoco, Brahms menos. Schubert había perdido su melancolía envolvente y Mozart, la alegría de vivir. Lo consulté con mi psicoanalista. Me escuchó atentamente, pero no me aportó soluciones. Dijo que probablemente anduviera envuelto en una crisis creativa. Pero de aquello nació una de mis exigencias más excéntricas, dicen, y es que viajo con mis pianos para dar recitales. La cosa surgió después de que cada vez me obsesionara más con la

pureza de los instrumentos con que me relacionaba. Tenía la sensación en cada esquina, en cada ciudad, de que los pianos que me proporcionaban andaban contaminados por compositores contemporáneos, vibraciones negativas. Mis programas daban igual porque todos me sonaban distorsionados y yo no conseguía concentrarme en las notas, sino en la diatriba por adivinar qué cochino compositor ultramoderno y qué rastrero intérprete seguidista me había precedido en sus teclas. ¿Habría sonado allí antes cualquier delirio estratosférico de Stockhausen? ¿Habría sido víctima aquel pobre instrumento, antaño inocente, puro, sin mancha, de las torturas infames de Boulez o de Luigi Nono? No podía soportar la incertidumbre por más que luego, en mis interpretaciones fuera del ámbito del compositor a quien daba vida en ese momento, me ganara buenas críticas; por más que al día siguiente, los Magallanes de turno, elogiaran mi visión radicalmente actual, según llegaron a escribir algunos, de Chopin, de Bach, de Mozart, de quien fuera. Tú sabías de dónde salía aquella amalgama impropia de tu visión de las cosas, infiel a su espíritu, traidora del arte. Salía de los pianos más que de ti mismo y no lo podías controlar. Aquello casi te destruye, casi acaba contigo porque, si bien vivías los momentos más dulces de tu carrera, cada vez te costaba más quedar en paz con tu obra. Entonces supiste dos cosas y sacaste sus respectivas conclusiones: una, que debías afinar y viajar con tus pianos. Dos, que Jean Paul y tú tendríais que romper. No cabía lugar a dudas. Fueron decisiones salidas de madre, desde luego, porque con la primera condición, los contratos que has conseguido han sido menores, para espanto del pobre Daniel, dulce sacaentrañas, y mucho menos cuantiosos económicamente. En el precio incluyen el transporte del piano y te quedan las migajas. La segunda se produjo violentamente y, aunque luego me he arrepentido porque no he logrado encontrar un alma gemela parecida desde entonces, así debía ser. Reconozco que pude pasarme de la raya en las formas. Pero él me dio pie. No se le ocurrió otra cosa que dedicarme una obra: la *Sonata León*, se titula. La compuso en mi piano. Me la interpretó y yo no pude soportarlo. Me veía cruel, antipático, excesivo, irracional, contradictorio, delirante, incapaz para el afecto, para el amor, para el recuerdo, como bien definía mi madre la esencia de esos inventos. La tomé como obra del diablo. Ruido del diablo, un desvío de Adrian Leverkühn, el maléfico compositor del *Doktor Faustus*, aquel engendro genial de Thomas Mann. Nada de música. ¡Qué coño música! Me hizo perder los nervios, porque uno es así y lo sabe, pero no le gusta que se lo recuerden y menos pasar a la historia inmortalizado como tal, como un objeto digno del periodismo amarillo. Le expulsé al instante. Él no entendía nada. Su tinte platino

en el pelo se había vuelto rojo. Lloraba desconsoladamente, del iris de sus ojos grisáceos brotaban lagrimones en cascada mientras yo le sacaba sus ropajes coloridos y chillones del armario. Le dije: «¡Agarra tus mierdas de partituras y lárgate!». Le entró ese tic nervioso que le hacía sorber los mocos tres y cuatro veces consecutivas mientras guiñaba los párpados al tiempo, desacompasadamente, sin orden ni control, como sus putas creaciones. Yo opté por largarme a la calle mientras él hacía la maleta. Regresé a las dos horas. No le he vuelto a ver. Me dejó escritas unas líneas crueles: «Esta sonata te delatará por los siglos de los siglos. Tus interpretaciones se las lleva el viento. Mis notas quedan escritas. Te odio. Jean Paul».

PRESTO CON FUOCO

Tu vida, tu triste vida intensa, rodeada de gente pero solitaria, no ha sido nunca preludio de nada. Tu vida se ha vuelto un castigo de tu propia soberbia. La música, ya lo has dicho, te salva y te condena. Tu vida no ha tenido esperanza más allá de los diez segundos siguientes a cualquier sonrisa. Ése es tu más allá. Ni tu enfermiza obsesión perfeccionista te sorprende o te vuelve consistente: se trata de una aleación química, genética, que habita en ti, como tus ojos verdes. Ahora, con estas llagas en la boca que te saben a pus, a redoble de veneno fresco y líquido, puede que sí estés asistiendo al preludio de algo. Por eso debes aprovecharlas, para entender bien el significado de lo que Chopin quiso plasmar con esta obra que te mata. Los suyos son preludios frustrados, pero siempre de algo. De un mínimo proyecto que quizá no llega a nada, pero, al menos, se puede empezar. Estas llagas que no quieres confirmar ante el espejo, por lo pronto, no te dejan comer y te andan empequeñeciendo, como al pobre Federico: cincuenta kilos de talento, manos pequeñas pero poderosas, inventoras de sonidos que no has logrado todavía encontrar, un alma tan perdida como inmensurable. Ya te han recomendado que debes visitar al médico. ¿Qué creen? ¿Que no lo has hecho? Me dijo lo que no quería oír. Recogió mi sangre y la examinó con minucia. Tras su bata blanca de pulcro funcionario para las cuitas ajenas, se escondía un melómano. Me comentó que había atisbo esperanza, medicamentos y posibles salidas en ciernes, aunque quedará el estigma dentro de tu cuerpo, para recordarte que eres un esclavo de tus excesos y de tu libertad. Yo he elegido dejarme contaminar. Prefiero acabar pronto en un suicidio que me parezca ajeno, distante y que me llevará en silencio. Me conocía, lo cual fue suficiente para que yo me mostrara receptivo con él. No he querido acudir a ningún hospital privado. He preferido perderme en el anonimato de los que sufren sin nombre. Aunque el médico me tenga aprecio, sé que respetará mi deseo de no hacérmelo saber ni a mí mismo. Me ha proporcionado algunos consejos para bien de quien conmigo vaya, pero le he prohibido hablar de tiempo. Ahora, estas llagas me obligan a volver a su despacho de plástico helado y mesas de metal polar. Allí me espera el último preludio de algo que sí va a cumplirse sin remedio. No

quiero saberlo. Antes tengo que acabar lo que he decidido se convierta en mi legado. Redondear mi última obra. Pero he de saber si contaré con fuerzas suficientes. Cuando vea a la última persona que quiero conocer a fondo para que mantenga mi secreto, el doctor, tendrá que indicarme las palabras justas: podrás o no podrás. Él también ama a Chopin. Él también sabrá ayudarte. Se mostrará solidario o simplemente profesional. Harás lo necesario, seguirás todos sus consejos. Será un padre, un hermano mayor, pero debes acabar lo empezado. La cosa marcha, pero no está todo dicho, ni todo hecho. Sabes que eres demasiado joven, pero si nos fijamos en Mozart o Schubert y Chopin, no tenemos opción. He vivido dos veces. ¿Qué esperaba la gente? Los que dan tanto se desgastan y es lógico que mueran antes porque viven también en virtud de los demás. Porque su creación pertenece a todos: lo salido del alma, no lo cerebral. Como en Haydn, ese reconocido comisionista que recomendaba pianos Schanz a sus alumnos y alumnas por los que cobraba un treinta por ciento a la casa en concepto de servicios. O como Wagner, parte de un entramado de poder. Pueden ser las tuyas obras bellas, sublimes incluso –escuchen a Verdi–, pero están llenas de segundas, terceras, cuartas intenciones. Ya no sabes lo que dices. Sólo quieres ventilar lo empezado. Eres ahora un títere del azar. Un muñeco patético que no quiere dejarse llevar a expensas de los avances de la ciencia. Ni de tu propio aguante tampoco, que, a veces uno no sabe de dónde saca las fuerzas para lo que se pone por delante. Sabes que hoy puedes detenerlo. Me alegro por quienes así lo eligen, pero tú prefieres seguir los pasos de un sino natural. Te encuentras demasiado solo como para perseverar pese a los avances de la ciencia o la pericia de otros. Como en un concierto, en el tramo final, vuelves a tocar con orquesta y ni siquiera diriges tú, ni siquiera tienes tiempo para ensayar, ni ganas de estrechar las manos de los músicos que pueden condenarte eternamente al fuego.

ALLEGRETTO

No me hacen falta disgustos innecesarios. No quiero volver a ver a todos aquellos susceptibles de sufrir daño. Da igual. No deseo zanjar cuentas pendientes. Estoy a favor del remordimiento. El remordimiento mantiene la rabia. Por tanto, es un cóctel creativo. Puede que no confíes en eso como mejor receta para tu legado. Pero no lo creo porque mi testamento será la consecución de un sueño, la culminación de la utopía del piano, justo lo que pretendía el buen Bartolomeo Cristofori cuando construyó nuestro primer instrumento en 1698. Detrás de cada quimera se esconde un odio, una rabia, múltiples insatisfacciones. Hasta Cristo odiaba, si no, cómo es posible que su mensaje fuera amaos los unos a los otros. ¿Quién explica que Gandhi se alzara como el apóstol de la no violencia en la India si no se tratara de un país en que existe una tendencia genética a la masacre del vecino? Para llegar a tamañas conclusiones se ha tenido que repartir sufrimiento más de lo que uno se imagina. En el caso del primero, contaba con los cuatro evangelistas: el mejor gabinete de prensa posible para un profeta. Sus hazañas nos han llegado sesgadas, bien manipuladas. Te sales de lo tuyo. Tú también persigues la utopía a medida. Debes creer ahora más que nunca en lo que has sido. Si no, todo habrá resultado una pantomima. Has de mantenerte fiel a los que buscaron el sueño en el instrumento. Cristofori ideó un artefacto que se asemejara a una orquesta, que lo resumiera todo. Los sueños de la razón se plasman en la música con el piano mejor que en ningún otro medio. Es la ilustración, la persecución constante del ideal al alcance de la mano. Poco a poco se fue perfilando, así, un instrumento que fuera cuerda presionada a golpes y, por tanto, también percusión, con unos mecanismos que inyectan aire para conseguir ciertos sonidos, es decir, viento. Un artefacto caprichoso que Bach despreció y sus hijos comprendieron. Un juguete cuyo significado y reglas empezó a transcribir mejor que nadie el genio alegre y profundo de Mozart de forma cristalina, directa, sentando las bases de su belleza. Junto a Haydn, también. No hay que olvidar a Muzio Clementi, padre de la técnica del piano. Pero fue sólo eso, padre de la técnica del piano. Aunque tú prefieres a los que, con esa pericia o sin ella, parieron arte. Inventaron los caminos para adentrarse

en las cuevas del sentimiento, del alma. A quienes pulsan en nosotros las teclas de la risa, el llanto, la tristeza, la melancolía, la felicidad. Después de Mozart, reconocemos la huella de Beethoven, que tensó las cuerdas hasta casi el paroxismo –incluso hasta el total paroxismo al que se podía llegar en sus tiempos–; reivindicamos a Schubert, otro genio de la sencillez, injustamente despreciado por la historia escrita a manos de éstos a los que no les gustaba verse sorprendidos por una extraña emoción cuando escuchaban las notas que él compuso. Gracias a Dios, hemos caído de pie en una época más mestiza, donde podemos apreciar lo aparatoso y lo esencial a la vez. Sólo digo que quiero escuchar las notas del segundo movimiento de la *Sonata 960* hasta el día de mi muerte. Sólo deseo comprender la pureza del mensaje que nos legó el gran músico austriaco. Aquel enamoradizo, regordete, trastabillado, que la tomó contra quienes ejercían lo que llegó a llamar el martilleo del piano, el malabarismo por el malabarismo, la exhibición por la exhibición. Tras estos tres arquitectos de la emoción y el sentimiento, llegaron los demás románticos: Schumann –no me gusta– y mi querido Chopin, ese gran mago con dedos de goma y manos de serpiente, según le describieron algunos. El auténtico creador de cierto virtuosismo de los sentimientos a partir del instrumento. Para ello, exploró como pocos la sonoridad tímbrica. Hasta el gran Brahms, otro dominador de los artificios en su *Concierto número 2*, templado al tiempo por la sencillez de sus *Intermezzi*. O el discreto Mendelssohn, libre, legendario improvisador, aunque creador más mediocre. Debemos contribuir a enriquecer su mundo, su legado. Lo mismo que han hecho Vladimir Horowitz, Rubinstein, Sviatoslav Richter, Pollini, mi admirado Pollini, a pesar de su objetividad chopiniana, que diría el sucio de Magallanes. O ahora Krystian Zimerman, el futuro insobornable y cristalino del piano a la par con el gran enigma de Sokolov. Y antes que ambos, Alfred Brendel. Una vez me dijo que admira sobre toda la literatura pianística una obra: los *Preludios* de Chopin. Jamás se ha atrevido a tocarlos por respeto reverencial. Desde aquí nos proclamamos hijos respetuosos de su tradición en la heterodoxia. Desde aquí rendimos homenaje también a Debussy, el último gran descifrador de las posibilidades de sonido que dan las teclas sin adherentes, sin trampas. Sin añadir gomas ni preparar pianos. Sin tocar con los muñones, ni los antebrazos, ni los cojones: como John Cage, instigador de esa aberración que se llama el *piano preparado*. Así pretendió este trilero que nuestro instrumento dejara de ser reino de los intérpretes y se convirtiera en república de los afinadores. Les daba así la ocasión de volverse auténticos poderes fácticos porque podrían hundirte en el fango al prepararte mal

el artefacto cuando eres tú quien da la cara. Los estadounidenses como él han venido a meter las apestosas manos de la espectacularidad en el negocio. Mejor andan dedicados al cine que a estas cosas cuyo alcance, aun, no son capaces de entender. A ellos les va más el circo del rocanrol y el humo del jazz que el resto de la música. Con esa mierda se acabó la utopía que yo pretendo recuperar. Con eso se ha desvanecido para siempre el sueño de Cristofori, se ha ultrajado la memoria de aquellos ingenieros del humanismo. Con eso y con la destrucción sistemática de la belleza sagrada y la magia de la combinación de notas para crear emociones. Desde que la música en manos de estos espíritus de guerra y confrontación dejó de ser una ciencia artística para reducirse sólo a una mera disciplina, una cueva de experimentos, todo terminó. El anhelo fue enterrado. Las ansias de superación tiradas por los suelos. Muerte es la única palabra que viene como rayo al conocimiento para describir la situación. Por eso debemos encomendarnos en justicia a restablecer el camino utópico. Lo has comprendido ahora mejor que nunca ante la perspectiva del fin irremediable. Ante tu debilidad galopante por causa de la pérdida de peso. No puedes comer. Todo te sabe a pus amargo, a sopa de muerte, hasta que no te desaparezcan esas llagas de tu boca sellada. Te estás convirtiendo en un enclenque que va a causar risa en cuanto aparezca en escena. Has tenido que cancelar varias paradas de la gira de *Preludios*. Ya el mero hecho de salir a la calle te asusta. Pero tienes que seguir adelante. Perfeccionar, sobre todo, los *Allegros*, que te traen por la calle de la amargura. Ahora te propones no sufrir más con el piano, disfrutar hasta de los esfuerzos, mantener una relación sadomasoquista con él. Ya no quieres volver a pensar en el sentido de tu música. Para qué el esfuerzo, si no, no lo van a apreciar como se merece. ¿Sufrir por el gozo ajeno? No volveré a plantearme esas cuestiones porque sé que alguien lo valora, porque sé que alguien ha podido cambiar su vida justo después de haber experimentado la emoción de mi trabajo. Muchos dicen que soy un excéntrico, un loco de atar, pero no han tenido que dejarse el alma a jirones entre partituras, teclas, estudio, bombillas aprisionadas en un flexo que da la suficiente luz como para aislarte del mundo. Muchas veces, cuando he dudado de que mi perseverancia tuviera valor, vuelvo a insistir. Desde ahora ya no. Desde ahora sé que ha merecido la pena. En el recorrido de este túnel por el que pasas a una velocidad que no produce vértigo, sino tranquilidad, vas encontrando razones para salvarte cuando sueltes el último suspiro un día de éstos. Pocas, pero fuertes. Suficientes para seguir. ¿Recuerdas aquel muchacho joven que una vez traspasó todas las barreras hasta tu camerino cuando habías dado orden de que no se te molestara? Vino a decirte que le habías librado del

suicidio. Sí, sí que lo recuerdo, claro que lo recuerdo. Tenía los ojos azules, enramados, y no hay sensación para mí más desconcertante que la que me producen ambos colores mezclados. Azul y rojo. Sangre en la mar. Algo va mal cuando esa visión nos sorprende. Apareció empapado. Su abrigo verde chorreaba. Como su pelo negro vuelto de goma, de caucho. El agua le separaba los mechones en ramilletes que se podían contar, pero daba no sé qué tocarle. Parecía llevar inoculado el virus de una locura contagiosa. Me resultó desolador. No sé si exagero. Soy de los que creen que los suicidas no nos inquietan con amenazas: que se quitan la vida y punto. Pero él podía ser alguno de aquellos casos raros, exhibicionistas del sufrimiento, pero cumplidores tenebrosos de sus anuncios, para el que verdaderamente mi música sirviera de salvavidas. Me dijo: «Gracias, antes de venir aquí, he estado a punto de matarme. Ahora sé que no volveré a intentarlo». El encargado de la sala le demandaba que saliese sin ni siquiera escuchar lo que me contaba. Tan sólo atento y cumplidor de las indicaciones que yo había dado antes de entrar al cuarto. «Venga, deje al señor De Vega, que ha pedido que no le molesten». Yo, al oír sus palabras, quedé en silencio. Casi no atiné a decir que no importaba. Finalmente pude hacerlo, más con un gesto salido de la mano que por mis propias palabras. Aquel guardián de mi intimidad, hasta que yo no dije que no importaba, no paró de zarandearle, como esos perros pastores alemanes a los que hay que indicarles las palabras precisas para que se sienten o para que muerdan la yugular. Nunca sabré con certeza si sigue vivo, pero sí puedo decir que, al menos, a mí me salva ahora de cometer locuras y de tirarlo todo por la borda. Me vale con eso. Por ellos merece la pena levantar los pilares de la utopía. Por María también, mi fiel sirvienta, polaca, católica, amante de Chopin, urdidora de las mejores historias que he oído sobre el músico, alimentadas por el mito, por la leyenda popular de los que se sienten agradecidos al autor de una música que expresa el alma de su pueblo. María llegó a España con una mano delante y otra detrás. En la fría y humillada Polonia, un país que para muchos no es más que una pista de tanques por la que circulan rusos y alemanes, dejó a su marido y tres hijos en edades conflictivas para acabar en un cuchitril de Alcalá de Henares a compartir con seis paisanos. María, qué gracia de coincidencia, llegó de Zelazowa Wola, el pueblo en el que nació Chopin, cercano a Varsovia, así que oírme estudiar para ella se convertía en una tristeza reconfortante, un llanto feliz, sobre todo cuando escuchaba las polonesas y las mazurcas. Los ojos de Chopin, según María, eran de un azul grisáceo, también melancólico. Nada de marrones, como otros han creído con bastante firmeza. Me extrañaba que fueran de ese color. El marrón se me revela

como un tono estable, los ojos que cambian de luz son más propios de los genios aterrados, de la gente insegura, dubitativa y, por tanto, rica. No sé, digo, es algo que se me ocurre. No podrías hacer un censo de genios por el color de sus miradas, cierto. María me ayudó lo suyo a comprender a Chopin. Mucho más que los estudios sesudos de todos los pedantes que en el mundo han sido, con ojos uniformes, imagino. Me ayudó a adentrarme en esa sensación de deseo y vacío, de desarraigo errante, de tristeza irremediable, irracional, inexplicable, de fuego rabioso. Me recitó uno por uno todos los cuentos que sobre él circulaban en el pueblo. Los buenos y los malos. Su relación enfermiza con su madre y sus tres hermanas, fundamental por otra parte para acunar el genio fascinante del niño de la casa. El prodigio que con seis años ya dominaba las teclas dicen que interpretaba obras de Bach, nada más y nada menos. Se hacía difícil escuchar a Bach en cualquier parte del mundo allá por 1816, pero más en aquel pueblo perdido y gélido de Polonia. El caso es que no podría haber empezado mejor. Y nunca renunció ni renegó del genio alemán. Fue el pilar de su experimentación futura, como ya he dicho. A los ocho años vio impresa su primera obra: una polonesa, claro. Resultaba ser un Mozart superdotado, otro de los músicos que más admiró, pero en su caso, expresamente para el piano. Chopin representa quizás el culmen del instrumento, la pasión radical por esa forma de expresión, la fidelidad, la fe absoluta en el mismo. De él vivía con clases a los vástagos y las damiselas de las mejores familias de París. Le dejaban entrar en sus casas por la puerta principal y no por las cocinas o las despensas como hacían con otros sirvientes. También con recitales ocasionales en salas acompañado de poco público porque no le agradaba el exhibicionismo. Por él y para él derramó sus fuerzas y su inspiración inagotable desde el comienzo. Su padre le echaba en cara que fuera más creador que dominador de la técnica. A muchos padres la historia debería someterlos a juicio sumarísimo. Si por ellos fuera, este mudo resultaría mucho más sucio. Una vez le escribió: «Sabes que la mecánica del piano ocupa poca parte de tu tiempo y que tu mente está más entretenida que tus dedos. Si muchos pasan los días sobre el teclado, tú raramente gastas una hora con la música de otros». Menudo delirio en forma de burdo reproche. Algunos soportan mal que los hijos salgan más brillantes, carne de la historia, mientras, en cambio, uno no llega a nada. Cuentan en Zelazowa Wola que el padre de Chopin era un francés arisco e inadaptado. Al parecer llegó a Polonia huyendo de historias turbias y extrañas que sus hijos jamás conocieron. Según los habitantes, el triunfo de su vástago en París acabó con él. Puede que sean habladurías sin fundamento pero, cuando el río suena... María lo cuenta con el

misterio, el énfasis y la reverencia con que se comparten las verdades trascendentales. Al fin y al cabo, esas historias son el único orgullo que le resta a ella en la jungla de esta Europa que nos estamos construyendo.

ALLEGRO MOLTO

Montones de seres pasean por las calles anchas y mareadas entre los ruidos de la gran ciudad. Llevan auestas vidas diversas y verdades que sólo ellos conocen. Seguro que son causa de sus desgracias, pero no llegan a tanto porque caminan ocultas junto a ellos, tras ellos, encima de ellos, sin que penetren con toda virulencia su existencia cotidiana. Tú, qué sabes. Sé que, en caso de que lo sean, dejarían de esconderse y se convertirían en parte de sus vidas de manera esencial, no circunstancial. Esos seres, esos hombres, esas mujeres que gravitan por la calle despacio, aprisa, con rumbo fijo, sin tiempo para mirar los escaparates, encarnan a todos los que no volverás a ver jamás, ni a adivinar. Te gusta pasear por las aceras con tiempo para fijarte en el jugo de la vida, el que desborda el recinto de sus vasos en gotas que buscan la libertad a cualquier precio. Pero ahora te cansas rápido, ahora ya no tienes fuerzas para imaginar qué suelo y diatribas pisan, en qué mejunje se les hunden los zapatos. Tampoco serías capaz de espiar por las rendijas del escenario las apariencias de tu público, como has tratado de hacer siempre. Ahora tampoco tienes ganas, es cierto, pero lo echas de menos. Echas de menos el cruce de las miradas, ese reto que te cargaban sobre los hombros los más tímidos, los más celosos de su intimidad, de sus secretos, que no por eso tenían por qué ser más horribles que los del vecino. Ese reto de observaciones te obligaba, sin embargo, a mostrarte más exigente con la imaginación. Así recuerdo también que conocí a Jean Paul: catalogándole en la calle. Él también era un vicioso *voyeur* y nuestras miradas se cruzaron por un callejón estrecho de Saint Michel, en París. Yo curioseaba libros antiguos, fotografías y pósteres en un chiringuito en el que el blanco imperaba entre la luz y la decoración. Iba abrigado convenientemente. Lo que me llamó la atención fue que ni siquiera llevaba puesto un jersey. Más tarde, con el tiempo, pude fijarme en otras cosas. El mundo anda por las veredas, por las aceras, encerrado en los coches, ensimismado en los vagones. Si queremos comprenderlo tenemos que salir a verlo, a absorber su variedad, sus buenos y sus peores aromas, a tocar sus contornos de aire. Los malos olores no tienen por qué ser necesariamente nocivos. La mierda abona, la mierda se recicla, calienta, es energética si se sabe

utilizar como Dios manda. La mierda puede llegar a despedir aromas decentes si uno se acostumbra. No puedes evitar pensar así. Esa forma de ver el mundo te ha salvado de muchas penas. Por lo pronto, y sin ir muy allá, de encerrarte en ti mismo. También es verdad que te ha matado. Da igual a estas alturas. Debes ser consecuente hasta en la inconsecuencia, en la contradicción, en la paradoja: ¿hay algo más rico, más verdadero que negarse constantemente a uno mismo? Esas gentes que malgastan su vida borrando el alquitrán negro, oscuro y las piedras grises de las calles deberían caer en eso. No buscar sin aliento respuestas a todo lo que se preguntan. Debe ser que vas sintiendo a la dama cerca porque empiezas a aceptar tus propias incongruencias. En tu caso no es cuestión de edad, te lo ha dicho Daniel tantas veces que ha llegado a marearte: «León, cuando crezcas, te darás cuenta». Y ahora le tendrás que explicar: «Daniel, ahora que me muero, sé cómo soy y me acepto».

VIVACE

Me vienen a la memoria y a las sensaciones Glenn Gould. Nunca me he identificado con él en nada. No soy un asceta, ni un monje de mi instrumento. No soy un sacrificio. Pero siento cercana su muerte prematura. Tampoco me considero un ser asexuado, lírico, incapaz para el amor. Concibo el piano como un compañero y un instrumento para la utopía –joder, cómo te repites–, pero en comunidad. No como un medio de salvación egoísta, cartujo, encerrado en sí mismo. Yo también lo he buscado constantemente, pero en distintos lugares, en el espacio que resta frente a los desgraciados, con la ilusión de que podía regalarles algún momento de placer. Me convertí en un recluta de la música, no paso por un aristócrata. Lo he sido, pero un día comprendí que no sólo puedes vivir para ti mismo, que eso se agota rápido, porque cada uno de nosotros, en nuestro encierro, somos demasiado pobres. No puedes salvar al mundo, pero puedes hacer feliz a alguien cercano que se lo merezca, a alguien que esté pagando los desmanes de nuestra avaricia. Debes devolvérsela con creces. Buscar. Pero antes necesitas perfeccionar estos *Preludios* que serán tu testamento. Con ellos le enmiendas la plana a Gould y a su ansia de despegarse de este mundo. Cierto que su Bach es inmenso, glorioso, humano y divino, un cohete en plena estratosfera. A través de estos *Preludios*, por ejemplo, de la obra chopiniana devota descendiente del gran arquitecto musical alemán, reivindicamos que Dios somos todos los hombres. Nos pegamos a la Tierra. Es nuestra declaración de principios frente a los que secuestran la música para su mayor gloria. En pocas cosas estoy de acuerdo con Gould. «La música viene de abajo», decía. Cierto. En eso sí. La música viene del suelo, de los pies de la gente, del camino, hay que introducirla en un vehículo, dirigirla, portarla a algún lugar, hacia las almas de quienes no saben conducirla. Nosotros, los chóferes de la música, instrumentistas, intérpretes, compositores, debemos cumplir esa misión. Gould conocía tal verdad absoluta. Pero la utilizaba mal. Para su propio provecho. Su ansia de soledad se había convertido en lujuria de aislamiento. Al final, no tocaba en público. Nos regalaba su arte con discos que trucaba continuamente. Eso no parece valiente, ni de recibo. El resultado era casi

perfecto, pero frío. Humano en su frialdad (yo me entiendo). «Los dedos no piensan y si piensan tienen ideas nauseabundas». Lo proclamaba también Gould. Y lo recoge Michel Schneider en su curiosa biografía: *Glenn Gould, piano solo*. Poseía esa manía de despreciar lo físico. Sentía hasta repulsión por esa parte sagrada del cuerpo para un pianista. Si no tienes manos, de poco te vale el cerebro, el alma, la conexión divina para lo que estás llamado a abordar. Yo cuido mis manos con mimo y las permito que me lleven donde quieran. A veces me he alegrado mucho por ello. Ahí tampoco estábamos de acuerdo. Pero sí coincidimos en que, como aseguraba él, hay que entrar en la soledad del instrumento. Para eso necesitas ser un alguien abandonado a tu suerte, conocerte solo. Él lo llevó hasta sus últimas consecuencias. Yo casi también. Pero quiero remediarlo. La búsqueda de la soledad del instrumento en Gould era el sacramento de la confesión. No paraba hasta que le exponía sus pecados y él absolvía. Mi búsqueda la vivo como una seducción. Yo quiero hacer gozar al piano: penetrarlo. Gould murió solo. Lo buscó. Muy joven. Yo no. Pero si se me presenta así, no voy a poderlo esquivar, porque si me empeño en luchar para sobrevivir, me arrepentiré. Quizá ahora no quieras morir joven ni solo. Sin embargo, en ello estamos. Lo de morir no tiene remedio, me da la sensación. Ahora, a la soledad te entran ganas de arrestarla. Te lo han dicho muchas veces: «Déjate querer más». Razón tenían. Busca una solución, pero no en mis entornos, no con la gente que conozco. Busca a alguien que realmente lo necesite. Que sea tu compromiso con la salvación, pero no con la vida eterna. No esperes nada del más allá. No esperes el más allá. Soy engreído, narcisista, pero no llego a tal extremo de soberbia. Soy humano, conozco mis limitaciones. Moriré y me convertiré en polvo, por eso necesito alargar mi vida haciéndosela fácil a alguien cuando no esté. Lo considero el precio a pagar. Pero lo voy a hacer a gusto.

LARGO

París se me antoja el lugar adecuado para terminar mi carrera. Chopin no merece otra cosa. Daniel me ha conseguido tres recitales aquí y me los he preparado a fondo. No existe otra ciudad como París. Ojalá me quede lo que me resta aquí. No va a ser posible, pero ojalá. Unos planean dónde casarse, otros se pelean acerca del lugar en que deben nacer sus hijos. Tú escribes en la agenda de tu despedida. A los cuarenta y tres años. Podrías haber dejado todo pasar sin pena ni gloria. Pero en los últimos tiempos has dormido poco, así que cuando te vayas, habrás desaparecido con el equivalente a sesenta vividos. Te has bebido la vida. No ha estado mal, después de todo. Hemos llegado ya a París. Daniel me ha encajado de chiripa en unas sustituciones. Bien. Verán y escucharán algo único. Mi psiquiatra ha querido recomendarme curas de sueño antes de los recitales. Me niego. Deseo ver amanecer y anochecer cada día. Robaré horas a la vida en los viajes. No quiero cerrar los ojos a propósito. Estaré despierto hasta que se me vayan las fuerzas. Tu analgésico será la música. La morfina, ver desgañitarse el mundo delante de ti. Harás como Beethoven: te medicarás con trabajo, aunque te consuma el sufrimiento. Reposo en la habitación del hotel repasando una vez más las partituras. Entra la camarera a cambiar las sábanas. Me mira con un sonrojo de timidez. Le he dicho que pase sin ponerme bravo, amablemente. Se disculpa en un francés primario que me permite adivinar su acento eslavo. Lleva el pelo largo, castaño, recogido en una coleta. Las cejas finas, cierta sonrisa de niña traviesa. ¿Qué tendrá? ¿Veinte, diecinueve años, veintiuno? No más. Inmediatamente pienso en María, en que esta joven tan hacendosa y ella han tenido la suerte de encontrar un trabajo más digno en la opulencia de la tierra prometida. No acabar tiradas en la calle, prostituyéndose. ¿Por qué piensas eso? Al fin y al cabo, hasta las decisiones más drásticas, toda forma de supervivencia, se toma personalmente, en plena libertad. No digas memeces, hombre. No todo. La muerte acecha. Mi soledad pesa como una losa de cemento mal empastado. Sobre todo después de los recitales, cuando todo lo haya dejado dicho y ya sólo me dedico a la contemplación. Le pregunto su nombre. Me contesta: «Moi, Katia». Yo le respondo: «Moi, je sui León». Es

curioso. Pocas veces había prestado un segundo de mi tiempo para observar a la gente que trabaja alrededor y trata de procurarme una existencia más limpia, más cómoda. Para mí, no han representado más que aire. Ando sentado en la butaca de la habitación y observo como Katia da vuelta a la cama, escucho cómo utiliza los grifos del baño y pasa los trapos mientras y yo abandono las partituras. Me cuenta de dónde es. Ucrania. Encuentro que es un lugar misterioso, vapuleado en su orgullo de país acogotado al que se le ha consumido ya el futuro sin conocerlo. He paseado por Kiev y la bella y decadente Lvov. Allí he llevado mi música y no recuerdo casi haber prestado la más mínima atención a sus mujeres. En Rusia, sí, en Rusia fue otra cosa. Me pregunto qué les hace emigrar a este infierno hipócrita, siempre preparado para el desprecio. Pienso que deben ser razones muy poderosas. He observado la miseria del Este de Europa. Su capitalismo vital resulta más crudo que el nuestro: al fin y al cabo, el occidental queda regulado mientras el suyo prende, recién caído el muro, sobre una especie de jungla, la de los hierbajos que asoman entre las ruinas del zafio y deshumanizado comunismo. Katia me llena el minibar de chocolatinas y botellas de agua mineral con gas. Sólo las tomo cuando ando fuera de España. Es lo único que consumo en el hotel. Le ofrezco un Kitkat. Me lo acepta. Las normas de los superiores con esta pobre gente deben ser atroces, leoninas, insoportables. Me pregunta de dónde soy, qué clase de música interpreto. Sabe a lo que me dedico porque los pentagramas me delatan. Ella habla de algún familiar pianista. En seguida me da a entender que podía haberse convertido en un Rubinstein, pero que el comunismo lo mandó todo a paseo y que también se vio obligado a emigrar para acabar de taxista o camarero por Alemania. Yo la observo y contemplo restos de felicidad, de alegría. Un deseo de agrandar en su forma de comportarse. No lo comprendo. Nunca he comprendido que en la miseria pueda caber la resignación. Pero quizá sea ésa su forma de rebeldía: la huida. Así es como funciona el mundo, no a fuerza de las heroicidades que leemos en los libros y nos nublan la perspectiva. Disfruto de sus pechos altivos, de una sonrisa que me enmaraña y su culo respingón. De esto no estoy seguro, lo adivino detrás del delantal a rayas. La deseas. Así, de pronto. Y es algo que celebras porque no te pasaba desde hacía mucho tiempo. Sobre todo con una mujer. Dejas que hable entre gestos y palabras medidas en su francés rudimentario. Se va. Te da las gracias por todo y te insiste en que, si necesitas algo, la llames. Cierra la puerta. Te quedas solo en la habitación. Piensas que si Katia aceptara, se lo darías todo. A veces, comportándonos a lo loco, logramos la felicidad absoluta. Estás convencido. Katia puede dejarte la conciencia tranquila. No han pasado diez

minutos desde que se fue y ya la echas de menos. No sabes qué has descubierto en ella. Quizás una llamada de socorro. Me visto, veo que tengo fuerzas para tomar la Bastilla y salgo en busca del carrito de la limpieza para que me dé una pista. Lo veo. Voy. Allí se le oye ventilando sábanas ajenas. Toco con los nudillos. Se vuelve, me mira, sonrío y se la iluminan los ojos pequeños y pardos, sin rasgos que dejen adivinar claramente su procedencia. Reacciona como si María Magdalena hubiese visto a El Mesías. Le pido que me acompañe a la habitación. Lo hace, detrás de mí. Una vez dentro, le pregunto si quiere venir esta noche a cenar a alguna parte conmigo. Estoy dispuesto a tratarla como una reina. Me responde que por supuesto, pero que da por hecho que sabe que tendré que pagar por su tiempo. Yo sonrío como un imbécil, pero aun así, le respondo: lo que desees. Quedamos a las nueve en la habitación. No hemos acordado ningún precio. Son las once de la mañana y ya cuento los minutos. Se gana la vida con extras en la cama de quienes se lo piden. Pero a mí me da igual. Resulta incluso mejor para lo que pretendo. ¿Cómo has podido mostrarte tan inocente? ¿Cómo antes no se te había ocurrido que probablemente se trate de una puta de tres al cuarto? Eso basta para que te convenzas todavía más acerca de algo: no conoces a las gentes que te rodean. Andas fuera del mundo. No quiero expirar sin estudiarlo a fondo. Katia será mi salvación. Se va. Parece contenta. Yo también salgo de la habitación. No quiero perder más tiempo. Observo las partituras sobre la mesa con desprecio. Sé perfectamente que son culpables de mi completa ignorancia. En la calle, las miradas de los desconocidos parecen pedirte explicaciones. París luce como la misma ciudad de siempre. Salta por las avenidas la sensualidad, la alta cultura, el orgullo de sentirse un foco. Los parisinos cuidan su forma de andar porque reverencian su ciudad. Hasta el humo de los cigarros que se lleva el viento en las terrazas de los cafés cumple su cometido estético. Se eleva con respeto. Los turistas pasean atónitos y un tanto deprimidos porque aquí comprueban que viven en lugares tristes. Las creperías miman al paseante con olores de galleta cálida y los carteles de bebidas alcohólicas te tientan a cometer locuras. Los escaparates de las tiendas de perfumes no conocen el desorden, tampoco el polvo. Los quioscos abarrotados de periódicos y revistas recuerdan que buena parte de sus gentes no pierden la conciencia. Los parques, los bulevares te invitan a que los descubras bajo la lluvia, entre la niebla de esta humedad otoñal. Pero tú hoy no sientes el frío, sólo el ansia de que pasen pronto las horas para poder volver a verla. Tienes los carrillos calientes, las manos sudorosas, temes que los nervios te despierten la fiebre. Voy a pedir un aperitivo digno de un caballero ocioso a cualquier

camarero con bigote y delantal de los que aquí abundan. Necesito una esencia que me quite el hambre de vida. O que me la despierte más. Desde hace días te sentías incapaz de pensar en otra cosa que no fueran los *Preludios*. Katia te ha liberado de ellos. Tienes miedo. Eres feliz porque también te fluye la esperanza, esa materia inasible tan cara que ya habías abandonado para siempre. Al recuperarla, te das cuenta de que resulta lícito pedir una ración de anhelo concentrado hasta para los pocos meses, años o días que te restan de vida. Sí, de vida, porque hasta esta mañana tenías la certeza de que te quedaban días de muerte, que tras cumplir con lo que debes, te dispondrías a morir en paz, a dejar todo pasar lento, sin dolor. Pero ahora has recuperado la ilusión del vencido, la pirueta máxima que se te ocurre acometer en tu estado, con todo tu cuerpo envenenado.

CANTABILE

Ha pasado un siglo desde que nos citamos. Son las nueve y tres minutos. Espero sentado en la habitación mirando la moqueta, con las partituras en la mano y dirijo los ojos hacia esa rendija que separa la puerta del suelo por la que se cuelan las luces y las sombras que anuncian los pasos inaudibles. Oigo dos golpes de nudillos discretos en la puerta. Me levanto y abro con la mejor de mis sonrisas: la medio tímida, la patosa, la de comedia previsible. Katia se ha soltado el pelo. Lo trae limpio y le cae sobre todo su cuerpo hasta apoyársele junto a las caderas prietas, recias, macizas, en las que todavía se adivinan los pilares de su dignidad. Ella también sonrío y se sienta donde yo estaba. Nos hemos dicho nada más que hola. He dedicado mucho tiempo esta tarde a pensar en qué nos entretendríamos primero: si en salir a cenar o en hacer el amor. Creo que me dejaré llevar. Ella toma la iniciativa. Huelo un perfume en cierta forma masculino, agrio en su dulzura, que no llega a empalagar, pero carga el ambiente. Lleva un pantalón negro, un bodi ajustado debajo del abrigo malva. Confieso que su gusto para vestir no me seduce. Pero yo voy a hacer de ella la mujer más elegante de París. Me pregunta cuánto tiempo quiero pasar a su lado. Le contesto que todo el que sea posible. Katia sonrío. No adivino en su cara repulsión ante mi aspecto enfermizo. Me he arreglado bien. No me he puesto ningún traje porque ya me baila el cuello en las camisas. Además, la distancia entre los botones de las americanas y la tripa me hace parecer una marioneta. Llevo un jersey negro de cuello alto y unos pantalones negros también, de tela gorda. ¿Por qué a los pianistas nos gustarán tanto los tonos oscuros? Debemos inclinarnos por un gusto sacerdotal, una manía por la esencia y el perfeccionismo que sólo hallamos en ciertos colores. Le pregunto si quiere cenar en algún lugar especial. Me dice que donde yo elija. Entre plato y plato nos confesaremos. Pero antes le ofrezco algo de beber en la habitación porque creo que primero deseo probar sus dotes. Me contesta que agua mineral. Le invito a quitarse el abrigo y acomodarse. Abro la botella de agua mineral con gas. Una de las que ella ha repuesto por la mañana. Al tiempo que se la doy, busco un beso. Para mí asombro, no me lo niega. No conozco muchas prostitutas que besen de

buenas a primeras. Sorbe el agua y vuelve a besarme. Yo me entrego y ella me mete las manos entre la ropa. Me acaricia y lame mis pezones. El cuerpo –lo que queda de él, más bien– se me encoge y se revuelve. Las costillas resaltan. Tengo los ojos cerrados, pero las intuyo. Ella también ha pegado sus párpados, como dejándose llevar. Yo a veces la miro y noto mejor cómo sus labios hacen mella profunda en mí, como me absorben los males. No le palpo los contornos, se me olvida porque he quedado traspuesto por efecto de su boca mágica. Quiere bajarme la bragueta y comérmelo todo, pero yo le advierto que no busco eso. Me acaricia la polla, nada más. Arriba y abajo, restriega el primer semen a lo largo y a lo ancho. Le indico que siga besándome el cuerpo. Pierdo cierto control. Debo hacer auténticos esfuerzos para evitar que se meta en la boca mi pistola de muerte. Me sobresale más que nunca entre el pobre pellejo de cartón enclenque. Tira para arriba, hacia abajo. Le pido que me bese. Su lengua es la miga cálida de un pan recién salido del horno y sus labios, la mantequilla untada. Los besos, su mano estrujándome arriba y abajo, adelante y atrás, mi miembro resucitado, consiguen que salte al vacío desde mi cuerpo, como víctima de un exorcismo. Sin darme cuenta me he corrido con un grito discreto. Tras la neblina, vuelvo a mi ser. Estás sentado y la observas sonreír inocentemente, sin la lascivia afectada de aquellas prostitutas y esos chaperos que has pagado buena parte de tu vida. Comprendes que posee una boca de alquimia y que llevártela hasta el filo, pegártela al cuerpo, es a lo único que aspiras ya en el mundo. Se lo dices. Le coges los labios con una mano y le susurras: «Tienes una boca hechicera». Se limpia cuidadosamente, hace gárgaras, te trae papel. Te subes los pantalones, te colocas el jersey. Ignoras en qué momento de este viaje astral te los has podido quitar. Salís a cenar. La llevo a la Brasserie Lipp, mi restaurante favorito en París. Ella no lo conoce. Me confiesa que sólo ha pasado en Francia dos meses. Que el primero aguantó con su sueldo de camarera, las propinas y las palabras justas, pero que ya lleva treinta días ganándose la vida mejor de cama en cama. Su madre jamás lo entenderá, pero será la manera más rápida de volver a casa con el dinero que planeó ahorrar en algunos años. Mañana es el cumpleaños de su padre, cuarenta y seis o cuarenta y siete, no recuerda bien. Me dice que llamará por teléfono y preguntará por su hermano pequeño también. Tiene catorce añitos, pero suficiente seso como para haberse convertido en su mejor confidente. Entonces, aunque se le enrojecen un poco los ojos, aguanta como una fiera dignísima el llanto a fuerza de sorbos de vino. He pedido ostras, por su puesto; *foie*, claro, y *boeuf bourguignon*. Lo mismo para ella. Quiere echar agua al vino, pero por ahí no paso. Le cuento que lo de ese caldo aquí es sagrado. Para

ir iniciándola, que hay que olerlo, saborearlo y pensar en lo degustado cuando ya traspasó la boca. Me mira como si le hablara un extraterrestre. Tiene hambre y come todo con un placer extraño, como de descubrimiento constante. En algún momento quiere hablar más de lo que debe, abrirse. Como si yo fuera la primera persona en la que le merece la pena confiar desde que llegó de Ucrania. Pero no me hago ilusiones. Al fin y al cabo, se trata de una puta con sus artimañas para sablearme. Da igual, ya se sabe. Vas a morir y debes empezar a pergeñar un plan para quedártela. Le pregunto cuánto está dispuesta a ahorrar y en qué tiempo. Cincuenta mil francos en un año, me confiesa. Pero ahora ve que todo irá mucho más rápido. Quizás en seis o siete meses pueda volver. A su madre no le entrará en la cabeza de dónde habrá sacado tanto dinero, pero tampoco preguntarán nada. Con ese dinero, su hermano pequeño podrá seguir estudiando una carrera. Estás por firmar un cheque, pero no debes precipitarte. Le propongo que si se viene conmigo en poco tiempo tendrá eso y más. Se ríe. No me cree. ¿A quién se le ocurre que alguien le proporcione todo a una ramera ucraniana así, de buenas a primeras? Le digo que cada uno tenemos un precio en este mundo. Que mis manos, mi oído, mi habilidad para la música no tienen un valor concreto, pero que me gano la vida con ellas. Y que su boca, su boca mágica, representa lo mismo para mí. Que contrato sus dotes para que me haga feliz lo que me queda de vida. Como se habrá dado cuenta, es poco. Primero le lanzas una propuesta firme. Ahora te toca contarle quién eres. Eres promiscuo, eres egoísta, eres un pianista mediocre al que le han ido demasiado bien las cosas para sus salidas de madre. Eres un mal amigo, un mal hijo, un ser atormentado, en tratamiento psiquiátrico constante. Alguien que ha esquivado la felicidad por no estar dispuesto nunca a que nadie quedara por encima. Has vendido siempre tus oportunidades felices por una miaja de soberbia. Todo esto se lo dices a trancas y barrancas, entre gestos, un francés españolizado a base de erres enfáticas y resquicios de hígado de pato sobre las tostadas. No se te ocurre mejor diván que estas sillas de madera, esta mesa pequeña para dos. Ni mejor medicina que todo un banquete de exquisiteces. Katia te va entendiendo como puede, creo que sabe lo que le ofreces. No dirías que sus ojos son bonitos. Más bien, discretos. Pero cuando se emociona, como antes, al hablar de su familia, se le forma un pabellón de lágrimas de cristal alrededor que nunca llegan a caer y le iluminan una expresión de tierna luchadora a quien sientes el impulso de compensar. Le dices: «Katia, no me queda mucho tiempo, si estás dispuesta a venir conmigo podrás arreglar las cosas y cumplir los planes. Te daré lo que pueda darte. Mucho más de lo que tienes pensado ahorrar». Se ríe... No sabe qué decir, no sabe qué creer.

Pedimos *crêpes Suzette* de postre. Nos los cocinan delante de nuestras narices. La salsa de naranja y el licor se funden en un jugo que ahora sí consigue hacerla llorar. Se levanta y va al baño. Por un momento me aterrorizo pensando que huirá, pero no. Todo sigue en su sitio. Pasan diez minutos y regresa con el rostro encendido. Los *crêpes* se han enfriado. Se los ofrezco. Los rechaza. Ahí se quedan. Me pide que paguemos y que vayamos al hotel. Entra por la puerta de la habitación, ella primero. Hemos caminado y no ha soltado palabra. Sólo me ha cogido de la mano y ha llorado. No está convencida. Le das miedo, le produces desconfianza. Piensa que no vas en serio. Pasa al baño. Te dice que la esperes tumbado. No sabes qué hacer. Túmbate, entonces, o quédate ahí, levantado. No tiembles. Hagas lo que hagas, no tiembles. Agarras un periódico y lees los titulares, pero no sabes de qué van. Tan sólo aciertas a fijarte en palabras concretas que te son indiferentes. Espero, sale con una toalla enroscada al cuerpo. Ahora entro yo. Me levanto. Suelto el agua y me lavo con los ojos perdidos en el horizonte de los azulejos blancos y la grifería. Salgo desnudo. Katia ha apagado la luz. Ha dejado un reflejo tenue de sombras pesadas que pueden ocultar perfectamente mis ronchas, mi piel disecada. Me deslizo junto a ella y me recorre el cuerpo con la lengua, dejándome el rastro de su melena cosquilleante. Tampoco voy a poder resistir mucho esta vez. Sientes un chorro de jugo estéril ronroneando dentro de ti. Lo vas expulsando con suspiros entrecortados. Pídele una goma. No eres un asesino irresponsable. Sabes lo que tienes. Me planta el condón sin aparatosidades, limpiamente. Yo busco su sexo con la boca y lo aspiro, lo bebo al compás de sus caderas de atleta seguramente veloz. Noto la humedad. Me hago la ilusión de que no es mi saliva, sino mi arte el que provoca la humedad. Toco sus brazos, sus piernas, sus nalgas, su piel erizada. Creo que me siente y eso me hace feliz. Sale de mi boca y me restriega su agua con olor a esencia de mar desde el cuello hasta el sexo para llevar ella la iniciativa. Está encima. Sientes un fuego y unas olas bravas moviéndose y llamándote hacia fuera. Sube, baja, una, dos, tres, cuatro veces, pierdes la cuenta y cierras los ojos en un grito de plenitud y desgarró. Katia se ríe. Sabe que te ha hecho feliz. Pídele que no te abandone. No dice nada. Sabes que lo has perdido todo. No va a explicarte gran cosa. Está convencida de que quieres engañarla. Aprovechate de su desventaja, de su hambre, de su miedo al futuro. Le vale con cincuenta mil francos. Si no viene conmigo se los daré ahora mismo. Tengo ahí la chequera. Quiero dejar en esta Tierra algo limpio. ¿Cuánto vas a cobrar por los recitales en París? Dáselo todo. Que vuelva a Ucrania y encuentre allí a alguien que la merezca. No tienes derecho a hacerle daño. ¿Y si por estas cosas de la

vida y el estómago agradecido se enamora de ti...? No intentes convencerla más. Me pregunta si me ha gustado. Se me nubla la vista. No acierto a responder con un sí que no se me quiebre entre los dientes, en esta boca donde aún conservo el aroma de su carne de líquido salado, de su pelo aliñado con el aceite prohibido. Comprendo que no puedo ser más feliz, que esos pequeños instantes de fuego y esencia regalados por su cuerpo duro y su piel blanca me servirán para acabar con esperanza. Ella se irá y yo quedaré aún más confundido, aún más triste. Sólo me adormecerá su recuerdo. Empieza a despedirse y sonrío antes de hablar de dinero. Yo no dejo que lo intente. Me adelanto, tapo su boca embrujada y le firmo un cheque por cien mil francos. «Ahora puedes volver a Ucrania. Mañana no te quiero ver aquí». Cree que no debe aceptarlo. Pero sabe que de mi mano pende la oportunidad de su vida. He comprado su libertad a cambio de nada. Agarra el dinero. Me mira y se va.

MOLTO AGITATO

En el camerino te comen las paredes. La sala está llena. No has querido mirar por la rendija de la puerta. Será tu testamento. Esta ropa no te aprieta. Vas hecho un pingüino posmoderno. Una de tus liberaciones consistirá en no volvértelo a poner. Sales. Las ocho. Puntual. Te sientas al piano en la ceremonia de la confusión. Pulso las teclas. En desorden. Baltasar las ha limpiado con cuidado para que no resulten demasiado resbaladizas al tacto. Mi mano izquierda saca el sonido de las de tu mano derecha con una brusquedad y una gravedad que asustan al público, las de la mano derecha arrancan los acompañamientos de la izquierda con un tono agudo que provoca comentarios, toses, incomodidad. Primer preludio, segundo, tercero, cuarto. En éste, en el cuarto, la sencillez, la armonía, la emoción apaga la controversia. La música ablanda los caracteres. Sé que pasaré a la historia por lo que acabo de hacer. Que me recordarán y que algún día entenderán el mensaje. Mi mano izquierda sigue los pasos que debía transitar la derecha y viceversa. Y viceversa de viceversa. Sientes los primeros pitidos como aplausos en el décimo preludio. Muchos se van. Otros quedan sonrientes en sus asientos, expectantes ante la humillación pública, la violación calculada de estas partituras sacrosantas. Pero yo creo que ya ni el arte resulta sagrado. Deja que esto termine como lo has preparado. Siento ahora la tensión, mis dedos corren veloces, imparables, libres de toda culpa, de todo mal. Es música coherente, aunque suene al revés. Deben darse cuenta de que todo es mentira. Lo mismo que escribió Chopin, pero entrecortado, interpretado como a mí me da la gana, desenmascarado. He logrado traspasar su corsé agobiante. A cambio de destruir mi carrera. De acabar mal. Catorce, quince. El quince no sé si me lo tolerarán. Siete minutos y pico. Lo resisten. Vuela algún programa. La actitud del público no resulta indiferente, no están dispuestos a respetar la acción del pianista. Se produce una catarsis. Veinte, veintidós, veinticuatro. Doy el golpe final. Levantas la mano de las teclas. Sales de tu asiento. En pie, saludas retando los aplausos y los silbidos, no estás de acuerdo con los que aplauden – que son bastantes–, desprecias a quién te grita, a quien te tira lo que no está escrito. Una señora te estampa un tomate, ha llegado de la compra al concierto,

por lo visto, o lo traía exprofeso porque te detesta. Otros lanzan los programas hechos trizas. Quítate la chaqueta y lánzala al vuelo. Cae. La rompen, la destrozan, la pisan. Gritan: «¡Cerdo español». Ahí querías llegar. «¡No quiero que me plantéis encima vuestra puta Legión de honor!», les digo. «¡Meteos por el culo vuestra mierda de Legión de Honor!». Soy un afrancesado, pero me siento libre. Al carajo. Entro al camerino. Esta vez para no volver a salir nunca más... Hemos terminado.

MODERATO

París es el único lugar donde podía hacerlo. Algún día organizarán visitas guiadas a la sala donde León de Vega montó el escándalo. Buenos son, como para no sacarle rentabilidad a las barbaridades. Daniel me espera dentro del camerino, apoyado junto a la cómoda alta que queda junto al espejo. Con el codo encima del mueble y restregándose la mano en la boca. Tiene gesto de circunstancias. Normal, cree que ha perdido un dinero, pero no tiene por qué preocuparse. Le recompensaré. Por lo mío. No por lo que en un futuro pueda perder con otros de sus artistas. Le cerrarán las puertas a partir de hoy. No había calculado bien esa consecuencia, pero que se joda. Entro al baño para echarme agua a la cara. Salgo con una toalla blanca al cuello. Daniel sigue en la misma posición. Cambia la mano de la boca a la frente: es su única variación. Todavía no he dicho nada. Él se atreve a hablar primero: «¿Por qué lo has hecho?», pregunta. «¿Importa?», respondo yo. Claro que importa. No sabe si nos van a pagar. Se lo han medio insinuado y él no ha puesto objeción alguna. Pero lo que le preocupa a Daniel no es el nos, el nosotros, lo nuestro. Le preocupa lo suyo. No des pistas. Estámpale el dinero en la cara cuando te suelte todo lo que anda rumiando. Ahora tiene el puño metido entre los dientes. No sabe si largarse o soltarte un mamporro. «Esto lo recordarán. Hoy me retiro», le dices. Él sonríe. Le acabo de despedir sin previo aviso. Entonces salta: «No has dedicado un solo segundo de tu tiempo a pensar en los demás. Me tienes hartó. Me acabas de hundir a mí también». Dice que quien se retira es él, que no aguanta más mis salidas de tono, ni mis caprichos, ni mis pretensiones de genio de provincias, que la mediocridad rampante acabará conmigo. No le falta razón, pero se calla. Sabe que ha traspasado la línea. Recapacita un poco, se sienta, trata de moderar el tono. Yo le interrumpo y respondo con la contundencia que me otorga la realidad: «Cierro el chiringuito. Me estoy muriendo, Daniel. Gracias por no haberte dado cuenta, aunque salte a la vista por mi aspecto y mis toses. Por mi debilidad. No te preocupes. ¿Cuánto íbamos a sacar de aquí? Tendrás tu parte. Tómala». En este momento desearía enterrarse. Balbucea. Me trata de convencer de que no desea el dinero. Yo le extiende el cheque y se lo tiro a la cara. Le digo

que se vaya, que no me espere, que se pudra, que no le quiero volver a ver. Por supuesto, se traga el orgullo y se mete la pasta al bolsillo. Así son los *managers*, andan todos cortados por el mismo patrón. No quiero hablar con nadie. Me ducharé y saldré solo por la puerta. Ni siquiera me importa el juicio severo de Baltasar hoy. Sé que he desafinado el piano como nunca. Me daré un paseo entre las humedades de esta ciudad eterna. Dormiré y me largaré a casa en el primer avión. Al salir, todo está vacío. Hoy no he firmado programas. Entre la neblina, creo descubrir la melena caída de Katia. Pero seguro serán memeces mías. Quizás los fantasmas anden ya al acecho...

ALLEGRO APASSIONATO

En la habitación blanca debe oler a lejía. Pero no lo sabes porque llevas puesta una máscara de plástico que te tiene vetado respirar el mundo. Probablemente la luz que entra por la ventana se refleja en los suelos de mármol y quizás en los metales de las camas y en las batas claras y esterilizadas de quienes te atienden. Pero tú no lo ves porque apenas puedes aguantar los párpados. Por el hilo de aire que a veces se forma entre tu cara y el plástico, crees distinguir un aroma a pis pesado y a mierda dura que sale de los pañales. Hace días que no te levantas, quizá horas, quizá semanas. Has perdido la noción del tiempo. No puedes con los huesos de tus caderas. No has reparado en tus piernas, ni en tus brazos. Los ojos semicerrados y las lágrimas constantes no te dejan nunca seco el rostro y provocan sombras que agrandan tus miembros a la vista. Si no te puedes sostener en pie, probablemente no tengas buen aspecto. Más que nunca contamina tu boca todo ese pus espeso. Debe resultar igual al sabor de la muerte. Tú haces como que no te das cuenta y te bebes todos los líquidos que te obligan a tomar. No tienes opción de ponerte exquisito. Los metes para adentro aguantando la respiración, para que entren como en tromba, rozándote el gusto, pero sin quedar en él. Te palpas el cuerpo a veces en plena oscuridad, sin que nadie note que lo haces, clandestinamente. Sientes la dureza del calcio, la carne arrugada, algunas pozas molestas que deben ser ronchones de sangre con más pus. Lloras en secreto porque has podido superar el aspecto patético de Chopin, los cincuenta kilos escasos con los que recibió a su dama negra. Debes andar por ahí, en menos, quizá. Te pesa más el alma porque te sientes solo haciendo las cuentas de tu vida, los débitos, los cobros, las añoranzas. Sabes que viene a verte gente, pero desde que no eres consciente de las horas, del espacio, de la realidad, prefieres no dejar que se despidan de ti. A veces escuchas los llantos de quienes te visitan. Notas que por aquí han pasado Daniel, Jean Paul, tu psiquiatra Beltrán, a quien ya no necesitas porque, de tanto pensar, le encuentras lógica a la vida. Tu madre aparece a menudo, a veces con tu hermano Justo. Los médicos no hablan con ella delante de ti. No sabes cuánto te queda. El concepto de cantidad se ha borrado de tu pobre vocabulario. Resistes respirando sin tiempo,

no tienes conciencia de los días, de la luz y de la noche. Todo es húmedo, gris y en esta clarividencia, en esta pequeña porción de eternidad en vida, te vas reconciliando con el mundo. Siempre hemos temido a la muerte, quizá por eso y porque no creemos en que nada vaya a pasar cuando deje de entrar aire en los pulmones, la vida nos rinde cuentas a priori. Me ilumina con explicaciones que me permiten dilucidar la verdad con nitidez. No le voy a contar a nadie todo esto. Lo guardo como mi pacto secreto con el adiós. Quién quiera creer en el más allá, que crea. No voy a ser yo quién le destruya las esperanzas, las inversiones de caridad en el valle de lágrimas para ese plan de pensiones eterno en el paraíso. Me contento con ciertas respuestas. Aportan una pequeña satisfacción en el túnel de las dudas. Más que miedo a la muerte, en este trance, me he dado cuenta de que lo que tenía era terror a no ser consciente de su llegada, a que me cogiera desprevenido, desarmado en la reflexión. Sin tener claro adónde me llevaría, sin tiempo a que me dejara hacer los balances. Ahora que convivo con ella sin que nadie se interponga entre nosotros, en la mayor de las paradojas que he podido experimentar, todo queda claro. Adivino cada misterio cristalino, hasta el punto de que temo revivir, hallar una solución mágica, una pócima que me retire los males del cuerpo y encontrar energía suficiente para dudar más. Las dudas son el miedo, son lo que me aterra, lo que te ha costado tanto dinero. Me han ido consumiendo: eso y el horror a sufrir por los demás. Has preferido siempre caminar solo, romper el amor antes de que se convirtiera en riesgo de perder contra tu voluntad. No me arrepiento, no habría podido soportar en sufrimiento, el precio de la mala fortuna. Sé que por mi egoísmo he provocado auténticos desgarros, pero todo ha sido por el bien de ellos y de ellas. Mis padres, que decidieron traerme al mundo, son a los únicos a quienes se les pueden exigir cuentas. Pero, ya veis. Mi viejo se adelantó a los lutos, se quitó la vida y nos dejó cargando con ese trauma que jamás he podido superar. Mi madre no me ha prestado demasiada atención en la soledad del pozo, cuando más que nunca yo necesité respuestas que de alguna manera encontré en la música. Su terapia se reducía a reuniones con las amigas, viajes al extranjero y soltarme dinero para que no preguntara indiscreciones que ella nunca me habría sabido responder. Ahora, cuando me vaya, espero que se aplique la misma medicina. Sientes la presencia de alguien. Una enfermera de ésas que tiene la manía de hablar con los moribundos porque cree que se consuelan en compañía. Viene a cambiarte la gasa, seguro que trae una palangana verde y una esponja amarilla. Me da la vuelta en la cama, separa los cierres de plástico, me restriega el culo y mi sexo muerto, difunto, insensible como una piedra humillada por los

vientos de la inefable erosión. Hoy se queja del olor, más penetrante que el de otros días, más siniestro. Tú te comportas como un muñeco de trapo, cuando acaba la operación tratas de quedarte colocado de lado en la cama, pero vuelven a tumbarte boca arriba y te cambian el suero en vena. Se compadece de ti. Trata de poner plazos: «Le quedan dos días», intuyo que dice. Dos días pueden ser un mundo, una nueva existencia. En dos días puedo repasar la película de mi vida, como dicen que les ocurre a los moribundos en el suspiro final, que todo lo recorren en uno, en dos segundos, hasta quedar con los ojos en blanco. En dos días puedo escuchar dentro de mi cabeza las notas de algún réquiem: el de Brahms, el de Fauré, el de Verdi, el de Mozart. En dos días puedo mover los huesos de mi mano al ritmo de la *Sonata fúnebre* de Chopin, o de la 960 de Schubert, los sonidos que he elegido para desvanecer. No quieres funerales, eso está fuera de toda duda, pero sí te gustaría que te despidieran y te quemaran con cualquiera de esos compases, con el sonido limpio que salió de los temores a la hora final por parte de aquellos genios a los que has adorado y también faltado al respeto. El dolor reposa en mí, así debe ser, pero no resulta intenso. Los sedantes, la morfina, lo que sea que me proporcionen, hace efecto y agradezco que me regalen esta lucidez solitaria prescindiendo del vía crucis físico que corroe por dentro sin tregua. Noto una presencia negra que me señala la frente. Seguro que mi madre no ha descansado hasta encontrar un cura de confianza que te quiera salvar del fuego eterno. Si ella queda tranquila, que entre en paz, que te absuelva de todos los pecados. Yo blasfemo por dentro, al sentir la frialdad de su tacto profesional, porque alguna limosna se llevará en este empeño inútil. Me reafirmo en la ausencia de fe. Ni Dios ni el diablo. No reniego, ni siquiera de su existencia, porque si renegara admitiría que alguna vez creí en ambos con fe y no cómo lo que les reconoces: fastuosos inventos literarios. Estoy seguro de que, mientras he tenido conciencia, no he conocido sobre la Tierra más poder que el de los hombres. Por eso se pueden ir a tomar por el culo el cura, sus sacramentos y sus plegarias susurradas junto a mi lecho. Yo poso las manos sobre la sábana, a ambos lados de mi torso y me imbuyo en las notas de la *Marcha fúnebre*, de Chopin. Los pasos de la nada aprisionan mi cabeza en sus notas. Ya se debe haber largado mi salvador ocasional. Dejo libres mis manos y siento en los bancos de mi cerebro al coro y a la orquesta para el *Réquiem* de Mozart. Me sobrecoge y sé que me emociona, porque en alguno de los puntos y aparte de las conversaciones que mis visitantes mantienen alrededor de la cama, observo cómo alguien se ha dado cuenta de que las lágrimas me resbalan por el rostro. Lllaman al médico porque piensan que puede ser algo anormal. La toman como

mi primera señal hacia el mundo exterior. El primer guiño que le hago al tiempo y al espacio desde que abandoné todo contacto. Aparece la enfermera parlanchina. Me toma el pulso, mira el gotero, mide la fiebre. Es alta, más alta de lo normal. Deciden avisar al médico. Sienten que puede llegar el final. Pero yo sigo escuchando las notas de mi *Réquiem* sin que la tensión de la habitación pueda interrumpir este último placer. He sido capaz de terminar a tiempo. Amén. Antes de que entre el doctor. Me revisan de arriba abajo: no se explican esta salida de cuadro, de pronóstico. Tienen delante de ellos a un músico e ignoran el poder de emoción, de compañía, la capacidad salvadora de las obras de arte. La morfina y la música me lo ponen más fácil. Todos han salido ya. Queda mi madre, que aparece y desaparece como huyendo del último suspiro. Supongo que, a pesar de todo, no debe de ser trago de buen gusto para quien te ha sacado de las entrañas asistir al final de una de las vidas que has alumbrado. Yo me decido a seguir disfrutando lo poco que me queda con música. No voy a entonar más *requiems* y darles otro susto. Prefiero algo igual de profundo pero más discreto. Me gustaría abandonarlo todo con la sencillez de Schubert. El segundo movimiento de la *Sonata 960*, la más grandiosa que ha concebido alma humana. Me dejo llevar por el compás lento y largo de sus tonos preciosos, con la cadencia que imprime el no tener prisa. Esta música me envuelve clara y definitiva. Absolutamente. Noto las yemas de los dedos sobre el colchón. Ahora quedo solo. Sigo sin haber recuperado la noción del tiempo, ni siquiera con los ecos de este piano interior, que quiere apagarse conmigo. El color gris de las lágrimas se ha fundido en negro. Me siento cansado pero en paz. Ya no deseo volver a levantar los párpados. No percibo ruidos exteriores, ni llantos de nadie. Creo que me he enroscado en las notas de un sonido eterno.

FIN